

JOSE D. CALDERARO



ARGENTINA LITERARIA

—
Hecho el depósito
que marca la ley.
—

JOSE D. CALDERARO

31.241

ARGENTINA LITERARIA

TEXTO DE LECTURA
PARA 5° y 6° GRADOS

Con la historia completa de nuestra literatura

LO MAS ESPIRITUAL, PURO Y ALTO
DE LA ARGENTINIDAD

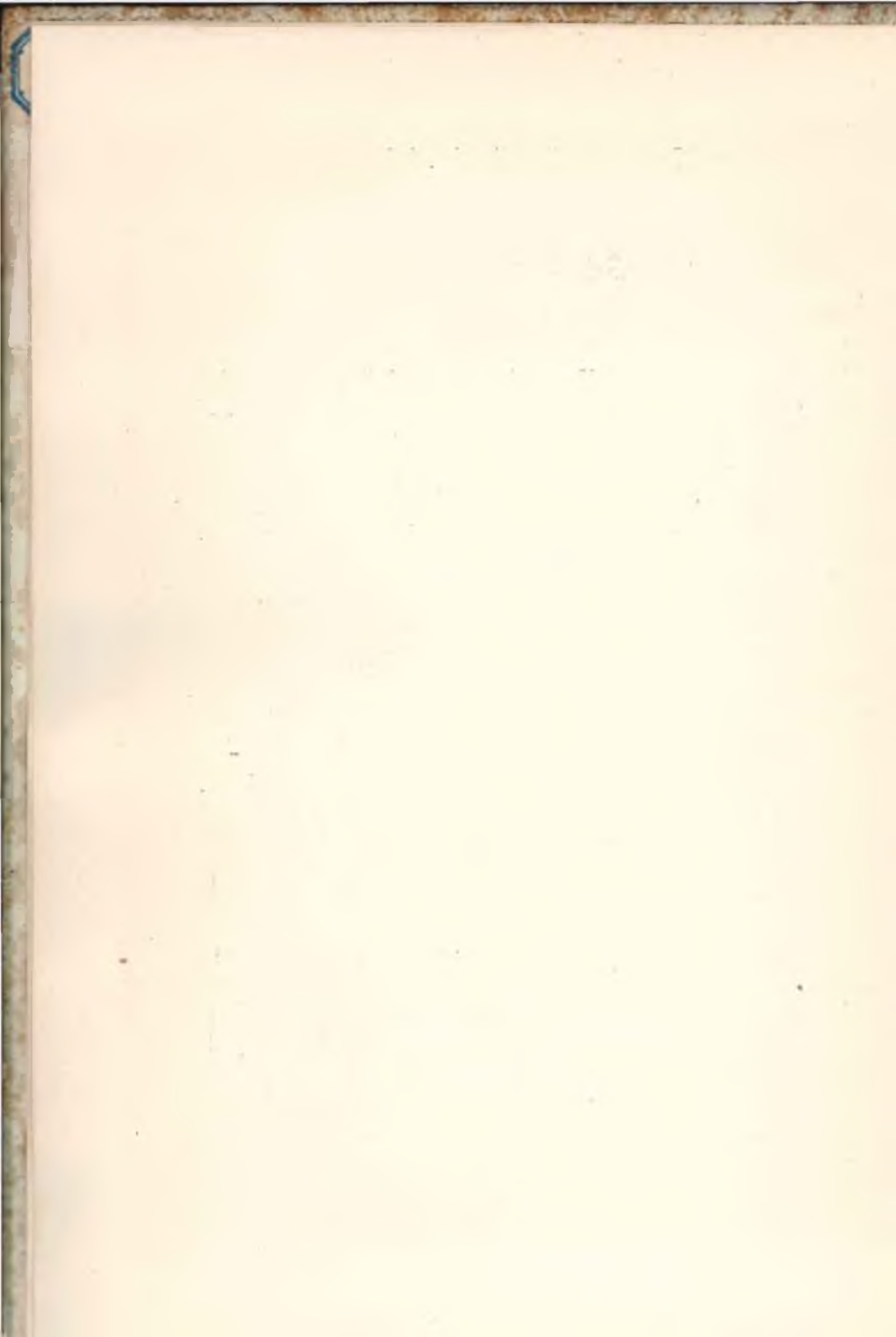


BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

BUENOS AIRES
IMPRENTA EDITORA LUIS L. GOTELLI

1937

1937 195



PROLOGO

EL conjunto de lecturas que forman esta antología, completada con la historia literaria de nuestro país, contiene a nuestro juicio, la esencia misma de la argentinidad.

La literatura y el arte de un pueblo, siempre son el alma de ese pueblo.

Si la epopeya militar argentina es grandiosa por su significado libertador y su contenido heroico, también es grandiosa su literatura, porque en parte se inspira en la gloria de sus héroes, reflejando al mismo tiempo los caracteres de su pueblo.

Innecesario es decir, que el título de este libro, indica claramente su categórico propósito de noble exaltación patriótica.

Los temas de sus lecturas, tanto en prosa como en verso, son de honda y arraigada argentinidad; lo mismo cuando se canta a la gloria de los capitanes de la independencia, como cuando se describe una escena típica de añejo sabor argentino, o una costumbre arcaica de los pasados tiempos, con los que revive el recuerdo de nuestros orígenes venerables.

Rememorar el pasado, rendir culto a la tradición, respetar las cosas idas, es la mejor manera de caminar seguro hacia el porvenir.

No debemos tener otra ambición como patriotas, que ir formando ante el mundo un espíritu, que desde hace más de un siglo viene anunciándose: la argentinidad.

Ese espíritu no puede formarse con improvisaciones, ni con la importación apresurada de exóticos modos extranjeros recubiertos por un oropel de superficial progreso.

La argentinidad será progreso también — sentimiento y pensa-

miento, creación espiritual y acción — pero progreso nacido de lo que hay de más puro en nuestro pasado heroico.

La historia de la literatura argentina que precede a esta antología, dará al libro, como lo espero, mayor firmeza y solidez; y estoy seguro que los maestros argentinos sacarán de este libro, todo el provecho posible, encendiendo en el espíritu del niño, intensa luz patriótica de argentinidad.

JOSÉ D. CALDERARO

PRIMERA PARTE

HISTORIA LITERARIA



LA LITERATURA ARGENTINA DESDE SUS ORIGENES

Epoca Colonial

Las primeras producciones literarias comienzan con las descripciones y relaciones del descubrimiento y la conquista.

Puede considerarse como la más antigua a la de *Ulrico Schmidel*, soldado alemán que vino en la expedición de Pedro de Mendoza.

En 1555 el adelantado *Alvar Núñez Cabeza de Vaca* publicó bajo el título de *Comentarios*, noticias sobre su gobierno.

Martín Barco de Centenera, dió a luz en 1572 un poema de carácter histórico, titulado "La Argentina".

La primer imprenta y el primer teatro se crearon en Buenos Aires, por iniciativa del Virrey Vértiz a fines del siglo XVIII.

Interesante es saber que una de las primeras impresiones fué una obra francesa traducida por *Belgrano* en 1796 y titulada "Principios de la ciencia económico-política".

Manuel Fernández Agüero es autor de unas "Poesías Fúnebres" a la memoria del Virrey Melo.

En el primer periódico que apareció en Buenos Aires, en abril de 1801, "El Telégrafo mercantil, rural, político, económico e historiógrafo del Río de la Plata" escribieron *Labardén*, *Cabello*, *Azcuénaga*, *Prego de Oliver*, *Portillo*, *Medrano*, etc.

Sobre el tema de las invasiones inglesas se escribieron inspiradas obras: *Prego de Oliver* es autor de "Cantos a las acciones de guerra con los ingleses".

Pantaleón Rivarola escribió el himno "A la gloriosa defensa de Buenos Aires".

Don Vicente López escribió una fogosa y brillante composición que tituló "El Triunfo Argentino".

Mariano Moreno, el alma de la Revolución de Mayo fué también un escritor vigoroso e insigne orador. Nació en 1778. Fundó "La Gaceta de Buenos Aires. Escribió la célebre "Representación de los Hacendados"; creó la Biblioteca Pública. Murió a bordo de una goleta inglesa en viaje a Europa, el 3 de marzo de 1811.

Manuel José de Labardén

Nació en Buenos Aires en 1754; murió en 1809. Puede considerarse como el primero de los poetas líricos argentinos, aunque vivió durante la Colonia.

Su primera oda "Al Paraná" está dedicada a describir las bellezas de nuestro suelo. Está escrita en versos *endecasílabos* (once sílabas).

Donde descolló Labardén fué en la poesía dramática, obteniendo un gran éxito en 1794 con su obra "Siripo" y para la cual le sirve de argumento la conocida leyenda de Lucía Miranda, que tuvo por escena el fuerte Sancti Spiritu fundado por Caboto.

Caboto dejó el fuerte a cargo del capitán Nuño de Lara; uno de los guerreros a sus órdenes era Sebastián Hurtado casado con Lucía Miranda mujer muy hermosa.

El cacique Mangoré jefe de una tribu de indios se había enamorado de Lucía Miranda y en combinación con su hermano Siripo proyectó raptarla.

Para eso se presentó en el fuerte con treinta hombres, ofreciendo a Lara víveres. Lara aceptó el ofrecimiento y en prueba de gratitud dió hospitalidad a Mangoré y sus indios. Pero llegada la noche éstos atacaron a los españoles ayudados por Siripo que con sus hombres atacarían a su vez desde afuera.

Mangoré cayó muerto por Lara; el fuerte fué destruído y Lucía Miranda tomada prisionera. Pero Hurtado su esposo no fué apresado porque se encontraba ausente; al regresar al fuerte tuvo la dolorosa noticia de que su esposa estaba cautiva de Siripo. Este condenó a muerte a Hurtado, pero por las súplicas de Lucía fué perdonado con la condición de que se separasen los esposos. Como tal exigencia no se cumplió, Lucía Miranda fué condenada a la hoguera y Hurtado muerto a flechazos.

De esta magnífica obra de Labardén, sólo se ha conseguido conservar una parte.

Los poetas de la época de la Independencia

El triunfal movimiento revolucionario de mayo de 1810 exaltó el entusiasmo patriótico, poniéndose especialmente de manifiesto ese sentimiento en los poetas y escritores de esa época, entre los que se destacan los siguientes:

Vicente López y Planes

Nació en 1784; murió en 1856.

Su obra "El Triunfo Argentino" escrita con motivo de la derrota de los ingleses durante las invasiones, le había creado fama de poeta inspirado.

Atendiendo al encargo que hizo el Congreso General Constituyente del año 1813 escribió el "Himno Nacional Argentino" versos vibrantes de entusiasmo patriótico y que se adoptaron definitivamente como letra del Himno Nacional.

Escribió también, entre otras cosas, una oda "A la batalla de Maipo".



Vicente López y Planes



Esteban De Luca

Esteban De Luca

Nació en 1786; pereció en un naufragio en el año 1824. Escribió varias obras sobre motivos patrióticos: "A la batalla de Chacabuco", "Canto lírico a la libertad de Lima".

Son sentidos y hermosos los versos que escribió destinados a ser la letra del Himno Nacional:

"Sudamericanos
Mirad ya lucir
De la dulce patria
La aurora feliz".

"La América toda
Se conmueve al fin,
Y a sus caros hijos
Convoca a la lid".

"A la lid tremenda
Que va a destruir
A cuantos tiranos
Osanla oprimir".

Fray Cayetano Rodríguez

Nació en 1761 y murió en 1823.

Es autor de poesías sencillas en las que se evidencia su amor a la patria y a la libertad.

Escribió odas "Al Paso de los Andes", "Al día agosto de la Patria", etc.

Algunos creen que redactó el acta de la Independencia, firmada en Tucumán el 9 de julio de 1816, aunque muchos opinan que esa prosa magnífica se debe a Paso.



Fray Cayetano Rodríguez

Juan Crisóstomo Lafinur

Nació en 1797; murió en 1824, muy joven, por lo que no pudo desenvolver ampliamente las brillantes condiciones literarias que poseía. Escribió un hermoso "Canto Fúnebre" a la memoria de Belgrano.



Juan Crisóstomo Lafinur

Juan Cruz Varela. Nació en 1794 en la ciudad de Buenos Aires; murió en el año 1839.

Se inició en los estudios de Teología que luego abandonó. Conocía profundamente el latín. Afiliado al partido unitario fundó varios periódicos para sostener sus ideas.

Después de la caída de Rivadavia se retiró a Montevideo.

Su estilo es algo frío y puramente clásico.

Compuso la tragedia "Dido" tomando el argumento de la *Eneida*, y además escribió varias traducciones de Horacio, Virgilio y Ovidio, poetas latinos.

También dió a publicidad composiciones sobre asuntos patrióticos: "A la batalla de Ituzaingó"; "A Mayo"; "A la muerte del general Belgrano".

Poco antes de morir escribió su última composición intitulada "El día 25 de mayo de 1838" que es un violento apóstrofe contra el tirano Rosas.

Florencio Varela

Nació en 1807; murió asesinado cobardemente en Montevideo en 1848, posiblemente por orden de Rosas, contra quien había escrito valientes obras. Fué un poeta clásico como su hermano Juan Cruz Varela.

Sus principales odas se titulan: "La Anarquía", "La Caridad", "Canto a la Concordia".



Florencio Varela

El Romanticismo - Su oposición al clasicismo

Se llamó romanticismo a una escuela literaria surgida en Francia por el año 1830. La escuela romántica era una reacción contra el *clasicismo*.

La escuela clásica respetaba los cánones, preceptos o reglas de la retórica; la forma debía ser pulcra, cuidada, los términos selectos; los asuntos debían ser nobles, casi todos tomados de la mitología griega y de la historia antigua. A esta limitación de los asuntos clásicos se debe el hecho de que sobre un mismo argumento se hayan escrito diversas obras.

En resumen, el clasicismo era una esclavitud de la forma y de los asuntos y una sujeción completa a los preceptos del arte literario.

Con la escuela romántica se inicia una reacción; se liberta la forma; gran cantidad de asuntos ricos en emoción tomados de la vida real penetran en el mundo literario; los términos populares comienzan a usarse. Víctor Hugo el gran poeta francés, dió los principios de esta escuela en el prefacio de una de sus obras.

El romanticismo fué introducido en la literatura argentina por uno de los más grandes poetas argentinos: José Esteban Echeverría.

José Esteban Echeverría

José Esteban Echeverría

Nació en Buenos Aires el 3 de septiembre de 1805. Hizo sus estudios en el Colegio de Ciencias Morales, del que salió para emplearse en un comercio. Pero su espíritu tenía otras preferencias: en sus ratos de ocio leía y estudiaba francés.

En 1825 pudo viajar y se dirigió a Francia, donde se entregó por completo al estudio, principalmente de la literatura, asistiendo a la gran lucha entre la escuela clásica y la romántica.

Su espíritu sentía la nostalgia de la patria; con la guitarra que de tanto en tanto tocaba, evocaba los recuerdos de su tierra natal. Lleno de ilusiones regresó a Buenos Aires; su gran talento le había permitido vincularse a muchos intelectuales y a la alta sociedad.

En una obra titulada "Ilusiones" habla de los ideales de la juventud.

Con motivo de su regreso escribió dos hermosas composiciones: "El Regreso" y "La Celebridad de Mayo".

Su enfermedad al corazón no le permitió actuar como deseaba; sin embargo fundó la *Asociación de Mayo* constituida por un grupo de intelectuales.

Su estilo como poeta era sonoro, musical e imaginativo; sus versos son hermosísimos.

Uno de sus más admirables poemas es "La Cautiva" donde pinta en forma magistral la belleza majestuosa de la Pampa y en el que refiere el ataque de una tribu de indios a una población. Los indígenas matan a los habitantes y los que se salvan son hechos prisioneros, contándose entre ellos uno llamado Brian. La protagonista del poema, es María la esposa de Brian; María va de noche a la toldería de los indios y uno a uno va dando muerte a los indios dormidos hasta que salva a Brian con el que huye. Pero Brian está mortalmente herido y fallece. María desesperada es encontrada por unos soldados que iban a su encuentro. María al tener noticia de que los indios habían asesinado a su pequeño hijo, cae muerta en forma fulminante.

Echeverría que no era adicto al gobierno del tirano Rosas se vio obligado a emigrar a Montevideo, donde murió el 20 de enero de 1851.

José Mármol

Nació en Buenos Aires el 4 de diciembre de 1818.

Estudió Derecho en la Universidad de Buenos Aires.

Una vez que salía de clase, sin causa alguna fué puesto preso por la policía rosista. En el calabozo, con carbón escribió en la pared estos versos contra Rosas:

Muestra a mis ojos espantosa muerte
Mis miembros todos en cadena pon.
¡Bárbaro! Nunca matarás el alma.
Ni pondrás grillos a mi mente. ¡No!



José Mármol

Era un temperamento lírico, apasionado; su estilo era vigoroso y valiente; sus versos son vibrantes.

Goyena le llamó "el poeta de los apóstrofes".

Son notables sus composiciones "A Rosas", "25 de Mayo".

Su gran obra es "El Peregrino" donde canta en versos musicales las bellezas de la tierra americana y donde se encuentra el hermoso "Canto a los Trópicos".

También escribió una novela que se hizo famosa "Amalia" donde se habla de la vida de Buenos Aires en la época de Rosas.

Falleció el 12 de agosto de 1871.

Florencio Balcarce

Nació en Buenos Aires en 1818; murió muy joven, en 1839.

Era hijo del general Balcarce, el vencedor en la batalla de Suipacha.

Era un poeta delicado. Es autor de una inspirada composición denominada "Adiós".

Juan María Gutiérrez

Nació en Buenos Aires el 6 de mayo de 1809. Sus primeros estudios los hizo en una escuela particular; sus estudios universitarios no los pudo terminar por causas políticas.



Juan María Gutiérrez

Por orden de Rosas fué encarcelado; después de su encierro pasó a Montevideo donde en un concurso literario fué laureado por su "Canto a Mayo".

En 1843 hizo un viaje a Europa y durante el camino escribió con Alberdi un poema en prosa y en verso, intitulado "Edén" que era el nombre del buque.

Después pasó a Chile, para finalmente regresar a la patria después de la caída de Rosas.

Se considera a Juan María Gutiérrez como el hombre de letras argentino más completo; su estilo era correcto y elegante. Escribió textos escolares: "El lector Americano", "Historia Argentina para los niños", etc. Murió en el año 1878.

Olegario V. Andrade

Nació en Entre Ríos en el año 1841. En la escuela de Gualaguaychú hizo sus primeros estudios, que luego siguió en el Colegio Nacional del Uruguay.

Desde joven se destacó por sus poesías y el General Urquiza le propuso enviarle a Europa, pero no aceptó.

Su estilo es grandioso; sus versos son grandilocuentes; deslumbra con sus imágenes y el alto vuelo de sus poesías.

Sus principales poemas son: "El nido de Cóndores", "Atlántida", "Prometeo", "A Víctor Hugo", "San Martín".

Tiene obras fantásticas como "El Astro Perdido", "La Creación", etc. Murió en el año 1886.



Olegario Víctor Andrade

Carlos Guido Spano

Nació en Buenos Aires en 1827. Es el delicado y exquisito poeta autor de esos hermosos versos que dicen:

"He nacido en Buenos Aires
Que me importan los desaires
Con que me trata la suerte
Argentino hasta la muerte
He nacido en Buenos Aires".
"Patria no hay como la mía", etc.

Poseía una gran cultura; era un versificador correcto. Son notables sus poemas "At Home", "Aurora", "Las Horas".

**Carlos Guido Spano****Ricardo Gutiérrez****Ricardo Gutiérrez**

Nació en Arrecifes (Pcia. de Bs. As.) el 10 de Noviembre de 1836 y murió el 25 de Septiembre de 1896. Fué médico y poeta. Fundó el hospital de niños.

En sus poesías sencillas se nota el amor a los desheredados. Entre sus obras merecen citarse: "El Misionero", "Lázaro", "El Poeta y el Soldado".

Entre otros poetas destacados merecen mencionarse: *Gervasio Méndez* que escribía hermosas poesías desde su lecho de enfermo de parálisis; *Martín Coronado* autor de obras dramáticas; y

Calixto Oyuela, figura literaria, elegante, correcto e inspirado, autor de "Cantos", "Nuevos Cantos", etc.



Gervasio Méndez



Martín Coronado



Calixto Oyuela

Luis L. Domínguez poeta destacado e historiador de nota. Una de sus obras más famosas es "El Ombú".

La poesía gauchesca

La poesía gauchesca es la espontánea y primitiva; nace de las entrañas mismas del pueblo.

Puede decirse que tuvo su origen en el sentimiento poético despertado por la vida del campo: la inmensidad de la pampa, los horizontes dilatados, la soledad, la vida aventurera, el silencio profundo y la belleza natural del desierto.

Además, la vida del gaucho, libre de toda sujeción a las normas de la sociedad, le obligaba a una existencia llena de emociones: asechanzas, huídas, ocultamiento, y esas emociones se traducían en música popular y en poesía primitiva.

Frecuentemente el gaucho era payador y guitarrero. Por eso decía Sarmiento que las palabras *argentino* y *músico* eran casi sinónimos, en Chile.

El gaucho cantor, era el *payador*; las payadas eran verdaderas contiendas entre cantores que realmente improvisaban sus canciones.

Muchos escritores cultos, han tomado como asuntos de sus composiciones, los motivos populares gauchescos y son ellos los que han creado esa literatura tan rica en imágenes y conceptos.

El metro y la rima de la poesía gauchesca no es siempre regular. Generalmente son versos *octosílabos* (ocho sílabas) dispuestos en quintillas, en octavas o en décimas a veces asonantadas.

Las palabras sufren deformaciones, siendo las más comunes, las siguientes:

eliminación de consonantes

dotor por doctor

inorante por ignorante

diptongación o transposición de vocales

naide por nadie

cambio de consonantes

güevo por huevo

agüela por abuela

modificación de los acentos

máistro por maestro

páís por país

eliminación de la *d* en los participios terminados en *ado*

cuñao por cuñado

finao por finado

En las narraciones gauchescas se exalta principalmente el *coraje*, la actitud pendenciera o de desafío; en los protagonistas se advierte el desprecio a la ley y al orden; el ambiente es el campo. El caballo y la guitarra son elementos esenciales.

A la poesía gauchesca pertenecen muchas *vidalitas*; el *triste*, característico por su acento melancólico y propio del norte argentino; el *cielito* canción que se acompaña con movimientos de los dedos. De las *payadas de contrapunto* en que dos cantores se improvisaban preguntas y respuestas, y que generalmente terminaban en duelo a facón, nada queda.

Los escritores que cultivaron la poesía gauchesca y que nos legaron sus obras, son principalmente, los siguientes: *Bartolomé Hidalgo*, *Hilario Ascasubi*, *Estanislao del Campo* y *José Hernández*.

Bartolomé Hidalgo

Había nacido en la Banda Oriental y residía en Buenos Aires. Fué el primero que cultivó la poesía gauchesca, escribiendo los "Diálogos" o sea una conversación entre el capataz de una estancia de las islas del Tordillo y un gaucho de la guardia del

monte llamado Ramón Contreras, acerca de lo que uno de ellos había visto en Buenos Aires con motivo de las fiestas mayas del año 1822.

Hilario Ascasubi

Nació en Fraile Muerto (1), provincia de Córdoba, el 14 de Enero de 1807. Murió en Buenos Aires el 19 de Septiembre de 1875. Prestó servicios en el ejército, llegando al grado de coronel. Dentro del género gauchesco escribió tres notables obras "Santos Vega", "Aniceto el Gallo" y "Paulino Lucero".

Relata en sus obras las costumbres y el carácter de los gauchos; pinta con maestría los diversos tipos. Hace también una descripción de ciertos episodios de la guerra de la independencia y de la tiranía de Rosas.



Hilario Ascasubi

Estanislao del Campo



Estanislao del Campo

Nació en Buenos Aires en el año 1834. murió en 1880.

Alcanzó una gran celebridad con su poema gaucho de carácter cómico, titulado "Fausto" o impresiones del gaucho Anas-tasio el Pollo. Este asistió en Buenos Aires a una función del viejo Teatro Colón, en el que se representaba la obra de Gounot *Fausto* y todo lo que allí vió, se lo relata a su aparcero y amigo Laguna.

La imaginación del gaucho convierte en realidad la ficción del teatro, al punto de que cree haber visto de verdad al diablo.

El poema "Fausto" está lleno de imágenes pintorescas y de un agradable humorismo.

(1) Ray Bell Ville.

Eduardo Gutiérrez

Fué autor de novelas populares sobre motivos gauchescos. Su estilo es un tanto descuidado. Sus obras tuvieron en su época un gran éxito populachero, siendo las más conocidas, las siguientes: "Juan Moreira", "Juan Cuello", "Hormiga Negra", "Pastor Luna", "Santos Vega", "El Mataco".

El más conocido de todos, *Juan Moreira* sirvió de origen al *teatro nacional*, porque sus escenas fueron dramatizadas y representadas en los primitivos circos argentinos.

José Hernández

Nació en San Martín (Provincia de Buenos Aires) en el año 1834. Murió en 1886.

Era un hacendado de gran cultura. Creó el más alto valor de la literatura popular argentina con su poema célebre "Martín Fierro". Es éste el tipo genuino del gaucho pendenciero. En una pulpería, bajo el influjo del alcohol dió muerte a un hombre después de una discusión. A la policía que le persigue no solamente le hace frente sino que la provoca con audacia y coraje.

Es además de gaucho perseguido por la policía, gran amigo de entregarse a la bebida.

En una ocasión es sorprendido mientras dormía, por una partida de policía, pero un gaucho amigo suyo llamado Cruz lo pone a salvo y ambos huyen hacia el interior de la pampa.

Con esto termina la primera parte de la obra.

En la segunda parte se describen las aventuras de Martín Fierro con los indios, la muerte de su amigo Cruz, etc. En esta segunda parte que se llama "La Vuelta de Martín Fierro" se habla en efecto, del regreso del protagonista, ya viejo, cansado y desengañado de todo. Es en esta parte donde figuran los ingenuos consejos del viejo Vizcacha.



José Hernández

LOS GRANDES PROSISTAS

Domingo F. Sarmiento



Domingo F. Sarmiento

El genial Sarmiento es considerado como uno de los escritores y pensadores más grandes de América.

Nació en San Juan el 15 de febrero de 1811. Murió en Asunción del Paraguay el 11 de septiembre de 1888.

Fué un gran autodidacta, pues se educó e instruyó a sí mismo.

Era infatigable y tenaz en el estudio; su cultura intelectual llegó a cumbres inaccesibles.

Fué tan insigne ciudadano y patriota, que alcanzó el alto honor de ser Presidente de la Nación Argentina. En 1839 fundó en San Juan el periódico "El Zonda". Tuvo después que pasar a Chile, perseguido por el tirano Rosas.

Allí escribió formidables artículos para los diarios: *El Nacional*, *El Mercurio*, *El Heraldo Argentino*, y otros.

Publicó en 1845 su obra estupenda "Facundo" o *civilización y barbarie*. Trata especialmente del caudillo Facundo Quiroga, el Tigre de los Llanos, al que consideraba como un producto del ambiente social de esa época. Su estilo es magnífico, y se revela como sociólogo, historiador y político.

Aprovechando lo que había aprendido en sus viajes por Europa y Estados Unidos publicó el libro "La Educación Popular".

Su obra "Recuerdos de Provincia" es emotiva y conmovedora porque habla de los primeros años de su vida, despertando delicados sentimientos.

También son notables sus obras "Conflictos y Armonías de las Razas en América" y "Argiropolis" donde habla de la ciudad del Plata.

Fué además un orador vigoroso, siendo inolvidables sus discursos parlamentarios.

Como patriota sólo le preocupó un ideal: elevar la cultura del pueblo argentino.

Juan Bautista Alberdi

Nació en el año 1810 en Tucumán; murió en París en el año 1884.

En Buenos Aires hizo estudios de Derecho, pero su carrera debió terminarla en Montevideo por las persecuciones de Rosas.

Su primera obra data de 1834 y se titula "Memoria descriptiva de Tucumán" que firmaba con el pseudónimo de "Fígarillo".

En Montevideo escribió artículos para diversos diarios: *El Nacional*, *La Revista del Plata*, *El Grito Argentino*.

Además de sus grandes facultades de escritor polemista, de alto vuelo por su elevadísima cultura, tenía condiciones imaginativas que puso de manifiesto en varias obras dramáticas y de fantasía y humorismo: un drama sobre "La Revolución de Mayo", un relato "Veinte días en Génova"; una descripción humorística de un viaje que le tocó realizar en un barco sin comodidades y que intituló "Tobías o la Cárcel a la vela" y el poema "Edén" que escribió con Juan M. Gutiérrez.

De regreso a la patria después de la caída del tirano, dió a conocer su gran obra "*Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*" y que sirvió de fundamento para nuestra constitución.

Es una obra que lo coloca entre los más grandes estadistas americanos.

Alberdi a pesar de su talento, no tuvo cargos políticos elevados en el país; no aceptó un ministerio que le ofrecía Urquiza.

Sólo tuvo misiones diplomáticas en el extranjero y fué representante argentino ante varios países.

Su última producción publicada en París poco antes de morir, se titula "Las palabras de un ausente", donde se defendía de ciertos ataques.

Con Sarmiento tuvo grandes controversias a raíz de la guerra con el Paraguay que él había combatido.

Publicó además de las "Bases", "El Crimen de la Guerra", "Peregrinación de Luz del Día", "Las Cartas Quillotanas", etc.



Juan B. Alberdi

Nicolás Avellaneda**Nicolás Avellaneda**

Nació en Tucumán en 1837; murió en el año 1885. No solamente fué un gran político y eminente patriota que desempeñó dignamente la Presidencia de la República, sino que fué un gran literato de pensamiento elevado y de impecable estilo. Todas sus piezas literarias se destacan por la forma armoniosa y clásica.

Sus discursos, sus trabajos históricos y de crítica literaria, así como sus mensajes presidenciales son modelos del decir, nutridos de elocuencia y sabiduría.

Vicente Fidel López

Nació en Buenos Aires en 1815; murió en 1903. Era hijo del ilustre autor del Himno Nacional, don Vicente López y Planes.

Como escritor puso bien alto el prestigio de tan esclarecido apellido.

Sus trabajos históricos constituyen una obra grandiosa dentro de la literatura nacional.

La "Historia Argentina" de que es autor, es todo un monumento en donde los sucesos se describen magistralmente.

Además de gran cantidad de trabajos de crítica, publicó

una novela de carácter histórico: "La Novia del Hereje".

**Vicente Fidel López****Bartolomé Mitre****Bartolomé Mitre**

Nació en Buenos Aires en el año 1821; murió en 1906.

Fuó uno de los más altos espíritus de América; sintió una honda pasión por el estudio; como Sarmiento fué un gran autodidacta: logró alcanzar una cultura extraordinaria. Muy joven aún publicó sus

primeras poesías "Ecos de mi lira" a las que siguieron "Rimas". Sus publicaciones históricas le hacen acreedor al título de gran historiador argentino.

Se distinguió principalmente como escritor jurídico; trabajó en la redacción de los Códigos Civil y de Comercio.

La "Historia de Belgrano" y la "Historia de San Martín" son obras maestras y definitivas sobre los asuntos que trata. Están escritas con imparcialidad y en un estilo elevado.

Publicó además "Arengas", "Páginas de Historia", traducciones de *La Divina Comedia* del Dante y de las *Odas* de Horacio.

Como periodista fundó "La Nación".



Dalmacio Vélez Sársfield



José Manuel Estrada



Félix Frías

Dalmacio Vélez Sársfield

Nació en Córdoba en 1801; murió en el año 1875. Su obra más importante se titula "Derecho público eclesiástico en relación con el Estado". Tradujo también la *Eneida* de Virgilio.

José Manuel Estrada

Nació en el año 1842; murió en el año 1891.

Fué un gran escritor católico y jurisconsulto. Como orador tenía gran elocuencia. Sus principales obras son: "Lecciones de Historia", "El Catolicismo y la Democracia", "La política liberal bajo la tiranía de Rosas".

Félix Frías

Nació en el año 1816; murió en 1881. Fué secretario del general Lavalle; luchó contra la tiranía de Rosas.

Se distinguió como propagandista de las ideas católicas.

Pedro Goyena

Nació en el año 1843; murió en 1892. Publicó estudios jurídicos y filosóficos. Fué notable orador político.

Otros escritores

Lucio Vicente López. Autor de "Recuerdos de Viaje" y "La Gran Aldea".

Como escritor mantuvo el gran prestigio de su apellido.

Agustín Alvarez. Notable moralista y sociólogo, autor de "Creación del Mundo Moral", "South America", etc.



Agustín Alvarez



Dr. Lucio V. López



Pedro B. Palacios

Almafuerte (Pedro B. Palacios). Poeta de inspiración profunda y estilo vigoroso y original. Entre sus mejores obras deben citarse: "El Misionero", "Evangélicas", etc.

Miguel Cané. Exquisito escritor de estilo impecable, autor de la célebre novela "Juvenilla", en la que se relatan amables episodios de la vida adolescente.

Mariano Pelliza. Se distinguió por sus estudios de carácter histórico.

Juan Chassarang. Nació en 1838; murió en 1864. Fué un periodista y poeta brillante.

José S. Alvarez (Fray Mocho). Nació en 1845; murió en 1903. Se destacó como escritor costumbrista hábil en la descripción de cuadros.

Roberto J. Payró. Nació en 1867 y murió en 1928. Escritor talentoso, autor dramático, periodista y novelista.

Entre sus principales obras deben citarse: "Divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira", "Pago Chico", etc.

Florentino Ameghino. Nació en 1854 en la provincia de Buenos Aires; murió en 1911. En el estudio de las ciencias naturales fué un sabio de renombre universal. Sus principales obras son: "Filogenia", "Antigüedad del hombre en el Plata", "Doctrinas y Descubrimientos".

Ada M. Elflein. Nació en 1880 y murió en 1919. Fué educacionista y escritora. Escribió cuentos y leyendas patrióticos. Sus obras son: "Leyendas Argentinas", "Del Pasado", "Por campos históricos".

Belisario Roldán. Nació en 1873, murió en 1922. Fué un orador extraordinario. Como Diputado pronunció grandes ora-



Miguel Cané



Pedro Goyena



Mariano A. Pelizza

ciones. Como poeta escribió versos hermosos. Escribió también para el teatro: "El Rosal de las Ruinas", "El puñal de los Troveros".

Estanislao S. Zeballos. Nació en 1854; murió en 1922. Fué un gran periodista, escritor, profesor y jurisconsulto. Publicó muchos artículos y estudios: "El escudo y los colores nacionales", "Viaje al país de los araucanos", etc.

Paul Groussac. Nació en Francia en 1848; murió en 1929. A pesar de ser francés de nacimiento se le considera argentino por su obra.

Fué principalmente historiador y crítico; como escritor era notable. Entre sus principales obras deben destacarse: "Los que pasaban", "Crítica Literaria", "La divisa punzó", "Estudios de Historia Argentina".

Lucio V. Mansilla. Nació en 1831, murió en 1913. Se distinguió como militar y periodista. Es célebre su obra: "Una excursión a los indios ranqueles".

Joaquín V. González. Nació en 1863, murió en 1923. Fué político, orador, profesor de derecho y talentoso escritor. Su libro más famoso se titula "Mis montañas".

Juan Agustín García. Jurisconsulto, historiador y escritor de nota. Su libro más destacado es "La Ciudad Indiana" donde se estudia el origen y desarrollo de Buenos Aires.

José Ingenieros. Fué a la par que un galano escritor, médico y psicólogo de nota. Se destaca entre sus obras "El Hombre Mediocre".

Entre otros escritores deben mencionarse: *David Peña* cuyos estudios históricos son interesantes; *Enrique Larreta* que se hizo famoso con "La Gloria de don Ramiro"; *Ricardo Güiraldes*, autor del célebre "Don Segundo Sombra"; *Leopoldo Lugones*, escritor vigoroso y gran poeta, autor de "Las Montañas del Oro", "Guerra Gaucha", "El Imperio Jesuítico", etc.; *Ricardo Rojas*, autor de "La Historia de la Literatura Argentina", etc.

Entre los novelistas más recientes, además de algunos nombrados cabe mencionar a: *Benito Lynch*, autor de "El Inglés de los Güesos"; *Manuel Gálvez*, autor de "El mal metafísico", "La Maestra Normal", etc.; *Gustavo Martínez Zuviria*, autor de "Flor de Durazno", "La Casa de los Cuervos", etc.

Entre los poetas a: *Arturo Capdevila*, autor de "El poema del Nenúfar"; *Alfonsina Storni*, autora de "La inquietud del rosal", etc. *Evaristo Carriego* tan inspirado en los pobres y los humildes.

SEGUNDA PARTE

ANTOLOGIA LITERARIA

El hogar paterno

La casa de mi madre, obra de su industria, cuyos adobes y tapias pudieran computarse en varas de lienzo tejidas por sus manos para pagar su construcción, ha recibido en el transcurso de estos últimos años algunas adiciones que la confunden hoy con las demás casas de cierta medianía. Su forma original, empero, es aquella a que se apegaba la poesía del corazón, la imagen indeleble que se presenta porfiadamente a mi espíritu cuando recuerdo los placeres y pasatiempos infantiles, las horas de recreo después de vuelto de la escuela, los lugares apartados donde he pasado horas enteras y semanas sucesivas en inefable beatitud haciendo santos de barro para rendirles culto en seguida, o ejércitos de soldados de la misma pasta para engreírme de ejercer tanto poder.

Hacia la parte del sur del sitio de treinta varas de frente por cuarenta de fondo, estaba la habitación única de la casa dividida, en dos departamentos: uno, sirviendo de dormitorio a nuestros padres, y el mayor, de sala de recibo con un estrado alto y cojines, resto de las tradiciones del diván árabe que han conservado los pueblos españoles. Dos mesas de algarrobo, indestructibles, que vienen pasando de mano en mano desde los tiempos en que no había otra madera en San Juan que los algarrabos de los campos, y algunas sillas de estructura desigual, flanqueaban la sala, adornando las lisas murallas dos grandes cuadros al óleo de Santo Domingo y San Vicente Ferrer, de malísimo pincel, pero devotísimos y heredados a causa del hábito dominico. A poca distancia de la puerta de entrada, elevaba su copa verdinegra la patriarcal higuera, que sombreaba aún en mi infancia aquel telar de mi madre cuyos golpes y traqueteo de husos, pedales y lanzadera nos despertaban antes de salir el sol para anunciarnos que un nuevo día llegaba y, con él, la necesidad de hacer, por el trabajo, frente a las necesidades. Algunas ramas de higuera iban a frotarse contra las murallas de la casa, y, calentadas allí por la reverbera-

ción del sol, sus frutos se anticipaban a la estación ofreciendo para el 23 de noviembre, cumpleaños de mi padre, su contribución de sezonadas brevas para aumentar el regocijo de la familia.

Deténgome con placer en estos detalles, porque santos e hubiera fueron personajes, más tarde, de un drama de familia en que lucharon porfiadamente las ideas coloniales con las nuevas.

Tal ha sido el hogar doméstico en que me he criado, y es imposible que, a no tener una naturaleza rebelde, no haya dejado en el alma de sus moradores impresiones indelebles de moral, de trabajo y de virtud, tomadas en aquella sublime escuela en que la industria más laboriosa, la moralidad más pura, la dignidad mantenida en medio de la pobreza, la constancia, la resignación, se dividían todas las horas. Mis hermanas gozaron de la merecida reputación de las más hacendosas niñas que tenía la provincia entera, y cuanta fabricación femenil requería habilidad consumada, siempre fué encomendada a estos supremos artífices de hacer todo lo que pide paciencia y destreza y deja poquísimo dinero.

Domingo Faustino Sarmiento.

El rastreador

El más conspicuo de todos, el más extraordinario, es el *rastreador*. Todos los gauchos del interior son rastreadores. En llanuras tan dilatadas, en donde las sendas y caminos se cruzan en todas direcciones y los campos en que pacen o transitan las bestias son abiertos, es preciso saber seguir las huellas de un animal, y distinguirlas entre mil; conocer si va despacio o ligero, suelto o tirado, cargado o de vacío, ésta es una ciencia casera y popular. Una vez caía yo de un camino de encrucijada al de Buenos Aires, y el peón que me conducía echó, como de costumbre, la vista al suelo. "Aquí va, dijo luego, una mulita mora muy buena... ésta es la tropa de D. N. Zapata... es de muy buena silla... va ensillada... ha pasado ayer...". Este hombre venía de la sierra de San Luis, la tropa volvía de Buenos Aires, y hacía un año que él había visto por última vez la mulita mora, cuyo rastro estaba confundido con el de toda una tropa en un sendero de dos pies de ancho. Pues esto que parece increíble, es, con todo, la ciencia vulgar; éste era un peón de arria, y no un rastreador de profesión.

El rastreador es un personaje grave, circunspecto, cuyas aseveraciones hacen fe en los tribunales inferiores. La ciencia del saber que posee le da cierta dignidad reservada y misteriosa; todos le tratan con consideración: el pobre, porque puede hacerle mal calumniándolo o denunciándolo; el propietario, porque su testimonio puede fallarle. Un robo se ha ejecutado durante la noche: no bien se nota, corren a buscar la pista del ladrón, y encontrada, se cubre con algo para que el viento no la disipe. Se llama en seguida al rastreador, que ve el rastro y lo sigue sin mirar, sino de tarde en tarde, al suelo, como si sus ojos vieran de relieve esta pisada que para otro es imperceptible. Sigue el curso de las calles, atraviesa los huertos, entra en una casa, y señalando un hombre que encuentra, dice fríamente: "¡Este es!" El delito está probado, y raro es el delincuente que resiste a esta acusación. Para él más que para el juez, la deposición del rastreador es la evidencia misma: negarla sería ridículo y absurdo. Se somete, pues, a este testigo que considera como el dedo de Dios que lo señala. Yo mismo he conocido a Calibar, que ha ejercido en una provincia su oficio durante cuarenta años consecutivos. Tiene ahora cerca de ochenta años; encorvado por la edad, conserva, sin embargo, un aspecto venerable y lleno de dignidad. Cuando le hablan de su reputación fabulosa, contesta: "Yo no valgo nada, ahí están los niños". Los niños son sus hijos, que han aprendido en la escuela de tan famoso maestro. Se cuenta de él que, durante un viaje a Buenos Aires, le robaron una vez su montura de gala. Su mujer tapó el rastro con una artesa. Dos meses después, Calibar regresó, vió el rastro ya borrado e invisible para otros ojos, y no se habló más del caso. Año y medio después, Calibar marcha cabizbajo por una calle de los suburbios, entra a una casa, y encuentra su montura ennegrecida ya y casi inutilizada por el uso. Había encontrado el rastro de su raptor después de dos años. El año 1830, un reo condenado a muerte se había escapado de la cárcel. Calibar fué encargado de buscarlo. El infeliz, previendo que sería rastreado, había tomado todas las precauciones que la imagen del cadalso le sugirió. ¡Precauciones inútiles! Acaso sólo sirvieron para perderle, porque comprometió a Calibar en su reputación; el amor propio ofendido le hizo desempeñar con calor una tarea que perdía a un hombre, pero que probaba su maravillosa vista. El prófugo aprovechaba todos los accidentes del suelo para no dejar huellas; cuerdas enteras había marchado pisando con la punta del pie; trepábase en seguida a las murallas bajas; cruzaba un sitio y volvía para atrás; Calibar lo seguía sin perder la pista.

Si le sucedía momentáneamente extraviarse, al hallarla de nuevo exclamaba: “¡Dónde te *mias dir!*” Al fin llegó a una acequia de agua en los suburbios, cuya corriente había seguido aquél para burlar al rastreador. . . ¡Inútil! Y Calibar iba por las orillas, sin inquietud, sin vacilar. Al fin se detiene, examina unas hierbas, y dice: “Por aquí ha salido; no hay rastro, ¡pero estas gotas de agua en los pastos lo indican!” Entra en una viña; Calibar reconoció las tapias que la rodeaban, y dijo: “Adentro está”. La partida de soldados se cansó de buscar, y volvió a dar cuenta de la inutilidad de sus pesquisas. “No ha salido”, fué la breve respuesta que, sin moverse, sin proceder a nuevo examen, dió el rastreador. No había salido, en efecto, y al día siguiente fué ejecutado. En 1831, algunos presos políticos intentaban una evasión; todo estaba preparado, los auxiliares de fuera prevenidos. En el momento de efectuarla, uno dijo: “¡Y Calibar! — ¡Cierto! contestaron los otros anonadados, aterrados, “¡Calibar!”. Sus familias pudieron conseguir de Calibar que estuviese enfermo cuatro días, contados desde la evasión, y así, pudo efectuarse sin inconveniente.

¿Qué misterio es éste del rastreador? ¿Qué poder microscópico se desenvuelve en el órgano de la vista de estos hombres? ¡Cuán sublime criatura es la que Dios hizo a su imagen y semejanza!

D. F. Sarmiento.

El baqueano

Después del rastreador, viene el *baqueano*, personaje eminente y que tiene en su mano la suerte de los particulares y la de las provincias.

¡El baqueano es un gaucho grave y reservado que conoce a palmos veinte mil leguas cuadradas de llanuras, bosques y montañas! Es el topógrafo más completo, es el único mapa que lleva un general para dirigir los movimientos de su campaña. El baqueano va siempre a su lado. Modesto y reservado como una tapia, está en todos los secretos de la campaña; la suerte del ejército, el éxito de una batalla, la conquista de una provincia, todo depende de él. El baqueano es casi siempre fiel a su deber; pero no siempre el general tiene en él plena confianza. Imaginaos la posición de un jefe condenado a llevar un traidor a su lado y a pedirle los conocimientos indispensables para triunfar. Un ba-

queano encuentra una sendita que hace cruz con el camino que lleva; él sabe a qué aguada remota conduce; si encuentra mil, y esto sucede en un espacio de cien leguas, él las conoce todas, sabe de dónde vienen y a dónde van. El sabe el vado oculto que tiene un río, más arriba o más abajo del paso ordinario, y esto en cien ríos o arroyos; él conoce en los ciénagos extensos un sendero por donde pueden ser atravesados sin inconveniente, y esto en cien ciénagos distintos.

En lo más obscuro de la noche, en medio de los bosques o en las llanuras sin límites, perdidos sus compañeros, extraviados, da una vuelta en círculo de ellos, observa los árboles; si no los hay, se desmonta, se inclina a tierra, examina algunos matorrales y se orienta de la altura en que se halla; monta en seguida y les dice para asegurarlos: "Estamos en derechura de tal o cual lugar, a tantas leguas de las habitaciones; el camino ha de ir al sur"; y se dirige hacia el rumbo que señala, tranquilo, sin prisa de encontrarlo, y sin responder a las objeciones que el temor o la fascinación sugiere a los otros.

Si aun esto no basta, o si se encuentra en la pampa y la obscuridad es impenetrable, entonces arranca pastos de varios puntos, huele la raíz y la tierra, los masca, y después de repetir este procedimiento varias veces, se cerciora de la proximidad de algún lago o arroyo de agua salada o de agua dulce, y sale en su busca para orientarse fijamente. El general Rosas, dicen, conoce por el gusto el pasto de cada estancia del sur de Buenos Aires. Si el baqueano lo es de la pampa, donde no hay caminos para atravesarla, y un pasajero le pide que lo lleve directamente a un paraje distante cincuenta leguas, el baqueano se para un momento, reconoce el horizonte, examina el suelo, clava la vista en un punto y se echa a galopar con la rectitud de una flecha, hasta que cambia de rumbo por motivos que él solo sabe, y, galopando día y noche, llega al lugar designado.

El baqueano anuncia también la proximidad del enemigo: esto es, diez leguas, y el rumbo por donde se acerca, por medio del movimiento de los avestruces, los gamos y los guanacos, que huyen en cierta dirección. Cuando se aproxima observa los polvos y, por el espesor, cuenta la fuerza. "Son dos mil hombres, dice, quinientos, doscientos", y el jefe obra bajo este dato, que casi siempre es infalible. Si los cóndores y cuervos revolotean en un círculo del cielo, él sabrá decir si hay gente escondida, o si es un campamento recién abandonado, o si un simple animal muerto. El baqueano conoce la distancia que hay de un lugar

a otro, los días y las horas necesarias para llegar a él, y, a más, una senda extraviada o ignorada por donde se puede llegar de sorpresa y en la mitad del tiempo; así es que las partidas de montoneras emprenden sorpresas sobre los pueblos que están a cincuenta leguas de distancia, y casi siempre las aciertan. ¿Crearése exagerado? ¡No! El general Rivera, de la banda oriental, es un simple baqueano, que conoce cada árbol que hay en toda la extensión de la República del Uruguay. No la hubieran ocupado los brasileños sin su auxilio; no la hubieran libertado sin él los argentinos.

Oribe, apoyado por Rosas, sucumbió después de tres años de lucha con el general baqueano, y todo el poder de Buenos Aires hoy con sus numerosos ejércitos que cubren toda la campaña del Uruguay, puede desaparecer, destruido a pedazos, por una sorpresa, hoy; por una fuerza cortada mañana; por una victoria que él sabrá convertir en su provecho por el conocimiento de algún caminito que cae a retaguardia del enemigo, o por otro accidente inadvertido o insignificante. El general Rivera principió sus estudios del terreno el año 1804; y haciendo la guerra a las autoridades entonces, como contrabandista, o a los contrabandistas después, como empleado, y al rey en seguida como patriota, a los patriotas más tarde como montonero, a los argentinos como jefe brasileño, a éstos como general argentino, a Lavalle como presidente, al presidente Oribe como jefe proscrito, a Rosas, en fin, aliado de Oribe, ha tenido como general oriental sobrado tiempo para aprender un poco la ciencia del baqueano.

D. F. Sarmiento.

El gaucho malo

Este es un tipo de ciertas localidades, un *outlaw*, un *squatter*, un misántropo particular. Es el ojo de halcón, el trampero de Cooper, con toda su ciencia del desierto, con toda su aversión a las poblaciones de los blancos, pero sin su moral natural y sin más conexiones con los salvajes. Llámánle el *gaucho malo*, sin que este epíteto le desfavorezca del todo. La justicia lo persigue desde muchos años; su nombre es temido, pronunciado en voz baja, pero sin odio y casi con respeto. Es un personaje misterioso, mora en la pampa; son su albergue los cardales; vive de perdices y *mulitas*, y si alguna vez quiere regalarse con una lengua, enlaza

una vaca, la voltea solo, la mata, saca su bocado predilecto y abandona lo demás a las aves mortecinas. De repente se presenta el gaucho malo en un pago de donde la partida acaba de salir; conversa pacíficamente con los buenos gauchos, que lo rodean y admiran; se provee de los vicios, y si divisa la partida, monta tranquilamente en su caballo y lo apunta hacia el desierto, sin prisa, sin aparato, desdeñando volver la cabeza. La partida rara vez lo sigue; mataría inútilmente sus caballos, porque el que monta el gaucho malo es un parejero *pangaré* tan célebre como su amo. Si el acaso lo echa alguna vez de improviso entre las garras de la justicia, acomete a lo más espeso de la partida, y a merced de cuatro tajadas que con su cuchillo ha abierto en la cara o en el cuerpo de los soldados, se hace paso por entre ellos, y, tendiéndose sobre el lomo del caballo, para substraerse a la acción de las balas que lo persiguen, endilga hacia el desierto, hasta que, poniendo el espacio conveniente entre él y sus perseguidores, refrena su trotón y marcha tranquilamente. Los poetas de los alrededores agregan esta nueva hazaña a la biografía del héroe del desierto, su nombradía vuela por toda la vasta campaña. A veces se presenta a la puerta de un baile campestre con una muchacha que ha robado, entra en el baile con su pareja, confúndese en las mudanzas del *cuelito*, y desaparece sin que nadie se dé cuenta de ello.

Otro día se presenta en la casa de la familia ofendida, hace descender de la grupa la niña que ha seducido, y desdeñando las maldiciones de los padres que lo siguen, se encamina tranquilo a su morada sin límites.

Este hombre, divorciado de la sociedad, proscripto por las leyes, este salvaje de color blanco, no es en el fondo un ser más depravado que los que habitan las poblaciones. El osado prófugo que acomete una partida entera, es inofensivo para con los viajeros; el gaucho malo no es un bandido, no es un saltador; el ataque a la vida no entra en su idea, como el robo no entraba en la idea del *churriador*; roba, es cierto, pero ésta no es su profesión, su tráfico, su ciencia. Roba caballos. Una vez viene al real de una tropa del interior, el patrón propone comprarle un caballo de tal pelo extraordinario, de tal figura, de tales prendas, con una estrella blanca en la paleta. El gaucho se recoge, medita un momento, y después de un rato de silencio contesta: "No hay actualmente caballos así". ¿Qué ha estado pensando el gaucho? En aquel momento ha recorrido en su mente mil estancias de la pampa, ha visto y examinado todos los caballos que hay en la provincia, con sus marcas, color, señales particulares, y convencídose de que

no hay ninguno que tenga estrella en la paleta; unos la tienen en la frente, otros una mancha blanca en la anca. ¿Es sorprendente esta memoria? ¡No! Napoleón conocía por su nombre doscientos mil soldados, y recordaba, al verlos, todos los hechos que a cada uno de ellos se referían.

Si no se le pide, pues, lo imposible, en día señalado, en un punto dado del camino, entregará un caballo tal como se le pide, sin que el anticiparle dinero sea un motivo de faltar a la cita. Tiene sobre este punto el honor de los tahures sobre las deudas.

Viaja a veces hacia la campaña de Córdoba, hacia Santa Fe. Entonces se le ve cruzar la pampa con una tropilla de caballos por delante; si alguno lo encuentra, sigue su camino sin acercársele, a menos que él lo solicite.

D. F. Sarmiento.

El cantor

Aquí tenéis la idealización de aquella vida de revueltas, de civilización, de barbarie y de peligros. El gaucha *cantor* es el mismo bardo, el vate, el trovador de la Edad Media, que se mueve en la misma escena, entre las luchas de las ciudades y el feudalismo de los campos, entre la vida que se va y la vida que se acerca. El *cantor* anda de pago en pago, "de tapera en galpón", cantando sus héroes de la pampa perseguidos por la justicia, los llantos de la viuda a quien los indios robaron sus hijos en un *malón* reciente, la derrota y la muerte del valiente Rauch, la catástrofe de Facundo Quiroga y la suerte que cupo a Santos Pérez. El *cantor* está haciendo candorosamente el mismo trabajo de crónica, costumbres, historia, biografía, que el bardo de la Edad Media; y sus versos serían recogidos más tarde, como los documentos y datos en que habría de apoyarse el historiador futuro, si a su lado no estuviese otra sociedad culta con superior inteligencia de los acontecimientos, que la que el infeliz despliega en sus rapsodias ingenuas. En la República Argentina se ven a un tiempo dos civilizaciones distintas en un mismo suelo: una naciente que, sin conocimiento de lo que tiene sobre su cabeza, está remedando los esfuerzos ingenuos y populares de la Edad Media; otra que, sin cuidarse de lo que tiene a sus pies, intenta realizar los últimos resultados de la civilización europea; el siglo XIX y el XII viven juntos; el uno dentro de las ciudades, el otro en las campañas.

El *cantor* no tiene residencia fija: su morada está donde la noche le sorprende; su fortuna, en sus versos y en su voz. Dondequiera que el cielito enreda sus parejas sin tasa, dondequiera que se apura una copa de vino, el *cantor* tiene un lugar preferente, su parte escogida en el festín. El gaucho argentino no bebe si la música y los versos no lo excitan, y cada *pulperia* tiene su guitarra para poner en manos del cantor, a quien el grupo de caballos estacionados en la puerta anuncia a lo lejos dónde se necesita el concurso de su gaya ciencia.

El *cantor* mezcla entre sus cantos heroicos la relación de sus propias hazañas. Desgraciadamente, el *cantor*, con ser el bardo argentino, no está libre de tener que habérselas con la justicia. También tiene que darle cuenta de sendas puñaladas que ha distribuido, una o dos desgracias (¡muertes!) que tuvo, y algún caballo y una muchacha que robó. El año 1840, entre un grupo de gauchos y a orillas del majestuoso Paraná, estaba sentado en el suelo y con las piernas cruzadas un *cantor* que tenía azorado y divertido a su auditorio con la larga y animada historia de sus trabajos y aventuras. Estaba refiriendo su encuentro con la partida y las puñaladas que en su defensa dió, cuando el tropel y los gritos de los soldados le avisaban que esta vez estaba cercado. La partida, en efecto, se había cerrado en forma de herradura; la abertura quedaba hacia el Paraná, que corría veinte varas más abajo, tal era la altura de la barranca. El *cantor* oyó la grito sin turbarse; viósele de improviso sobre el caballo, y echando una mirada escudriñadora sobre el círculo de soldados con las tercerolas preparadas, vuelve el caballo hacia la barranca, le pone el poncho en los ojos y clávale las espuelas. Algunos instantes después, se veía salir de las profundidades del Paraná el caballo sin freno, a fin de que nadase con más libertad, y el *cantor* agarrado a la cola, volviendo la cara quietamente, cual si fuera un bote de ocho remos, hacia la escena que dejaba en la barranca. Algunos balazos de la partida no estorbaron que llegase sano y salvo al primer islote que sus ojos divisaron.

Por lo demás, la poesía original del *cantor* es pesada, monótona, irregular cuando se abandona a la inspiración del momento. Más narrativa que sentimental, llena de imágenes tomadas de la vida campestre, del caballo y de las escenas del desierto, que la hacen metafórica y pomposa. Cuando refiere sus proezas o las de un afamado malévolo, parece al improvisador napolitano, desarreglado, prosaico de ordinario, elevándose a la altura poética por momentos, para caer de nuevo al recitado insípido y casi sin

versificación. Fuera de esto, el *cantor* posee su repertorio de poesías populares, quintillas, décimas y octavas, diversos géneros de versos octosílabos. Entre éstas hay composiciones de mérito y que descubren inspiración y sentimiento.

Aun podría añadir, a estos tipos originales, muchos otros igualmente curiosos, igualmente locales, si tuviesen, como los anteriores, la peculiaridad de revelar las costumbres nacionales, sin las cuales es imposible comprender nuestros personajes políticos, ni el carácter primordial y americano de la sangrienta lucha que despedaza la República Argentina. Andando esta historia, el lector va a descubrir por sí solo dónde se encuentra el *rastreador*, el *baqueano*, el *gaucho malo* y el *cantor*. Verá en los caudillos cuyos nombres han traspasado las fronteras argentinas, y aun en aquellos que llenan el mundo con el horror de su nombre, el reflejo vivo de la situación interior del país, sus costumbres y su organización.

D. F. Sarmiento.

El gaucho argentino

El gaucho estima, sobre todas las cosas, las fuerzas físicas, la destreza en el manejo del caballo, y además el valor. Esta reunión, este *club* diario (la *pulpería*), es un verdadero circo olímpico en que se ensayan y comprueban los quilates del mérito de cada uno.

El gaucho anda armado del cuchillo que ha heredado de los españoles; esta peculiaridad de la Península, este grito característico de Zaragoza: *guerra a cuchillo*, es aquí más real que en España. El cuchillo, a más de un arma, es un instrumento que le sirve para todas sus ocupaciones; no puede vivir sin él; es, como la trompa al elefante, su brazo, su mano, su dedo, su todo. El gaucho, a la par de jinete, hace alarde de valiente, y el cuchillo brilla a cada momento, describiendo círculos en el aire, a la menor provocación, sin provocación alguna, sin otro interés que medirse con un desconocido; juega a las puñaladas como jugaría a los dados. Tan profundamente entran estos hábitos pendencieros en la vida íntima del gaucho argentino, que las costumbres han creado sentimientos de honor y una esgrima que garantiza la vida. El hombre de la plebe de los demás países toma el cuchillo para matar, y mata; el gaucho argentino lo desenvaina para pelear, y hiere solamente. Es preciso que esté muy borracho, es preciso que tenga instintos

verdaderamente malos, o rencores muy profundos, para que atente contra la vida de su adversario. Su objeto es sólo *marcarlo*, darle una tajada en la cara, dejarle una señal indeleble. Así se ve a estos gauchos llenos de cicatrices, que rara vez son profundos. La riña, pues, se traba por brillar, por la gloria del vencimiento, por amor a la reputación. Ancho círculo se forma en torno de los combatientes, y los ojos siguen con pasión y avidez el centelleo de las armas, que no cesan de agitarse un momento. Cuando la sangre corre a torrentes, los espectadores se creen obligados en conciencia a separarlos. Si sucede una *desgracia*, las simpatías están por el que se desgració; el mejor caballo le sirve para salvarse a parajes lejanos, y allí lo acoge el respeto o la compasión. Si la justicia le da alcance, no es raro que haga frente, y si *corre a la partida*, adquiere un renombre, desde entonces, que se dilata sobre una ancha circunferencia. Transcurre el tiempo, el juez ha sido mudado y ya puede presentarse de nuevo en su pago sin que se proceda a ulteriores persecuciones; está absuelto. Matar es una desgracia, a menos que el hecho se repita tantas veces, que inspire horror el contacto del asesino. El estanciero D. Juan Manuel Rosas, antes de ser hombre público, había hecho en su residencia una especie de asilo para los homicidas, sin que jamás consintiese en su servicio a los ladrones; preferencias que se explicarían fácilmente por su carácter de gaucho propietario, si su conducta posterior no hubiese revelado afinidades que han llenado de espanto al mundo.

En cuanto a los juegos de equitación, bastaría indicar uno de los muchos en que se ejercitan, para juzgar del arrojo que para entregarse a ellos se requiere. Un gaucho pasa a todo escape por enfrente de sus compañeros. Uno le arroja un tiro de bolas, que en medio de la carrera mania el caballo. Del torbellino de polvo que levanta éste al caer, vese salir al jinete corriendo, seguido del caballo, a quien el impulso de la carrera interrumpida hace avanzar obedeciendo a las leyes de la física. En ese pasatempo se juega la vida, y a veces se pierde.

¿Creeráse que estas proezas y la destreza y la audacia en el manejo del caballo son las bases de las grandes ilustraciones que han llenado con su nombre la República Argentina y cambiado la faz del país? Nada es más cierto, sin embargo. No es mi ánimo persuadir a que el asesinato y el crimen hayan sido siempre una escala de ascensos. Millares son los valientes que han parado en bandidos oscuros; pero pasan de centenares los que a esos hechos han debido su posición. En todas las sociedades despotizadas,

las grandes dotes naturales van a perderse en el crimen; el *genio* romano que conquistara el mundo, es hoy el terror de los Lagos Pontinos, y los Zumalacárregui, los Mina españoles, se encuentran a centenares en Sierra Leona. Hay una necesidad para el hombre en desenvolver sus fuerzas, su capacidad y su ambición, que, cuando faltan los medios legítimos, él se forja un mundo con su moral y sus leyes aparte, y él se complace en mostrar que había nacido Napoleón o César.

Con esta sociedad, pues, en que la cultura del espíritu es inútil o imposible, donde los negocios municipales no existen, donde el bien público es una palabra sin sentido, porque no hay público, el hombre dotado eminentemente se esfuerza por producirse y adopta para ello los medios y los caminos que encuentra. El gaucho será un malhechor o un caudillo, según el rumbo que las cosas tomen en el momento en que ha llegado a hacerse notable.

D. F. Sarmiento.

Himno Nacional Argentino

CORO

Sean eternos los laureles
Que supimos conseguir:
Coronados de gloria vivamos
O juremos con gloria morir.

Oíd, mortales, el grito sagrado:
¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!
¡Oíd el ruido de rotas cadenas!...
Ved en trono a la noble igualdad,
Se levanta a la faz de la tierra
Una nueva y gloriosa Nación
Coronada su sien de laureles
Y a sus plantas rendido un León.

De los nuevos campeones los rostros
Marte mismo parece animar:
La grandeza se anida en sus pechos,
A su marcha todo hacen temblar.

Se conmueven del Inca las tumbas
Y en sus huesos revive el ardor
Lo que ve renovando a sus hijos
De la Patria el antiguo esplendor.

Pero sierras y muros se sienten
Retumbar con horrible fragor;
Todo el país se conturba por gritos
De venganza, de guerra y furor.
En los fieros tiranos la envidia
Escupió su pestífera hiel;
Su estandarte sangriento levantan
Provocando a la lid más cruel

¿No los veis sobre Méjico y Quito
Arrojarse con saña tenaz?
¿Y cual lloran bañados en sangre
Potosí, Cochabamba y La Paz?
¿No los veis sobre el triste Caracas
Luto, llantos y muerte esparcir?
¿No los veis devorando cual fieras
Todo pueblo que logran rendir?

A vosotros se atreve argentinos,
El orgullo del vil invasor;
Vuestros campos ya pisa contando
Tantas glorias hollar vencedor
Mas los bravos que unidos juraron
Su feliz libertad sostener -
A esos tigres sedientos de sangre
Fuertes pechos sabrán oponer.

El valiente argentino a las armas
Corre ardiendo con brío y valor!
El clarín de la guerra cual trueno
En los campos del Sud resonó,
Buenos Aires se pone a la frente
De los pueblos de la ínclita unión,
Y con brazos robustos desgarran
Al ibérico altivo León.

San José, San Lorenzo, Suipacha
Ambas Piedras, Salta y Tucumán,

La Colonia y las mismas murallas
Del tirano en la Banda Oriental,
Son letreros eternos que dicen.
Aquí el brazo argentino triunfó,
Aquí el fiero opresor de la Patria
Su cerviz orgullosa dobló.

La victoria al guerrero argentino
Con sus alas brillantes cubrió
Y azorado a su vista el tirano
Con infamia a la fuga se dió;
Sus banderas, sus armas, se rinden
Por trofeos a la libertad,
Y sobre alas de gloria alza el pueblo
Trono digno a su gran majestad.

Desde un polo hasta el otro resuena
De la fama el sonoro clarín,
Y de América el nombre enseñando
Les repite, mortales; oíd:
Ya su trono dignísimo alzaron
Las Provincias Unidas del Sud,
Y los libres del mundo responden
¡Al gran pueblo Argentino — Salud!

CORO

Vicente López y Planes

En la Cordillera

“Las tinieblas estaban sobre el haz
del abismo”.

(DE VALPARAÍSO A BUENOS AIRES)

En mi mente *inalienable* de porteño, ayuno de granito y de basalto, huérfano de mesetas, de morros y promontorios, sin conocer otros *montes* que los de duraznos, ¡cuánto no ansiaba por acercarme a ese lindero del occidente argentino divinizado en los cantos guerreros con que me había arrullado en la cuna! ¡Qué ansia tenía por poner mi pie donde le estamparon los valientes de San Martín y los leones de Necochea!

Un día 6 de mayo, de un año que no quiero acordarme. esos Andes tan deseados se presentaron a mi vista. Sus cumbres, celestes como nuestra bandera, en la mañana, y rosadas como la inocencia y la juventud, al ponerse el sol, fueron para mí verdaderos iris de bonanza después de cuarenta días de *capa* y tempestades en ese *cabo*, acabador de toda paciencia, que se llama de Hornos...

En todo esto cavilaba, mi querido amigo, en tanto que la luna de la noche del 31 de marzo brillaba sobre mi cabeza peregrinando por el cielo transparente de la provincia de Aconcagua. Aquella luna era verdaderamente, para mí, luna de Valencia, porque estaba acostado sobre mis ponchos de viaje en el patio de la casa de mi *arriero*, a quien me había entregado con la docilidad de un fardo para que me transportase a Mendoza.

Una mula con el equipaje y provisiones, dos de remuda, el guía tras de ellas, y yo cabalgando en silla inglesa a retaguardia, íbamos en procesión por una senda angosta a las cuatro de la mañana siguiente. La luna no alumbraba; las estrellas, tímidas todavía ante la reina eclipsada, no alumbraban tampoco; y yo sólo contaba para mi salvación con el instinto de mi cuadrúpedo y del bípodo delantero. No sabía si caminaba para adelante o para atrás; y por salir de una ofuscación muy frecuente en semejantes situaciones, llevaba la mano a la cabeza del caballo porque me parecía que el animal estaba al revés. "Las tinieblas estaban sobre el haz del abismo", como en el primer capítulo del Génesis. Poco a poco comenzó a fosforescer la columna de vapor tibio de la respiración de las bestias; el aire tomó el oriente de las perlas; la inevitable compañera de todo cuerpo comenzó a marcarse en el suelo; hasta que al fin, el dedo de Dios "separó la luz de las tinieblas", que huyeron. ¡Qué sitios tan bellos había robado la noche a mi contemplación! La montaña estaba a mi derecha; el torrente a la izquierda. Unas *tunas* del género *curio*, más corpulentas y cilíndricas que las que conocemos aquí, reunidas en familia de cinco y seis individuos de todas edades y estaturas, se levantaban verdes y airosas, con envidia del aficionado a jardines. Con este instinto del mal que distingue al hombre, las hacía *emigrar* con la imaginación, y las colocaba dentro del círculo artificial de un parque a la inglesa. No sólo por sus formas y color, que eran bellos, la naturaleza les había dado aduladores para realzar sus méritos. Una planta parásita llamada *quiltre*, que a merced de sus tenaces púas se injerta en los árboles hasta connaturalizarse con ellos, formaba de rojo y amarillo guirnalda preciosas sobre la cabeza de los cactus; en otros, ceñidos más abajo por las mismas flores, remedaban sarta de co-

rales en la garganta de una mujer de Arauco. Piedras enormes, árboles pequeños, obligaban al sendero a arrastrarse por aquellas faldas como una serpiente; que tal parece en realidad, cuando la vista puede descubrir la serie sin interrupción de sus anillos blancuzcos.

Juan María Gutiérrez.

El Hogar

“El hogar es su resultado como es también su glorificación”.

¿Por qué el sentimiento del hogar, el culto doméstico, ese amor que incrusta la vida del hombre con la piedra y con el árbol, con la sombra del bosque, con la plegaria de la tarde y la sonrisa del niño, cielo viviente que el hombre lleva en su corazón, y sobre el que le basta replegarse en las horas de fatiga y en los días de inquietud para sentirse mecido por el murmullo de un mundo de felicidades... por qué, decimos, ese sentimiento santo que multiplica y funde la vida, se encuentra desenvuelto en el pueblo angloamericano con una intensidad, con una fuerza, con una universalidad desconocida hasta hoy en la historia del género humano?

Es que nunca ha sido conocido tampoco el fenómeno social que lo produce — el advenimiento de un pueblo entero a la propiedad territorial. El hogar es su resultado, como es también su glorificación.

El hogar es el sueño, el ideal norteamericano. Para realizarlo, el *pionner* sale al desierto y desmonta el bosque, ahuyentando el salvaje y a la fiera. Su primer trabajo le ha dado un derecho de preferencia al suelo y materiales de construcción que vende. Un año después ha comprado al Gobierno federal su tierra. Es ya propietario. Una nueva vida se abre delante de él. Su porvenir se halla seguro, y puede oponer a la soledad de la familia. La casa se construye. El invierno pasa. La primavera viene, y al penetrar en la espesura del bosque se escuchan las palabras inarticuladas de un niño, mezclándose al grito jubiloso de los pájaros.

La madre de este niño es la sacerdotisa del nuevo culto que tiene por dioses la gloria de la Unión Americana, la independencia y el trabajo. Ella se llama tal vez Nancy Hanks, la madre de Abraham Lincoln, nacido en las soledades del Kentucky. El niño crece, y cuando ella le ha enseñado la misión que la vida enseña a

todo hombre nacido bajo el cielo de la Unión, lo conduce un día al bosque, y dándole un hacha y señalándole el árbol que debe derribar, a fin de que principie agrandando con su primer esfuerzo el dominio civilizado de su país, la santa mujer se inclina radiante sobre él para bendecirlo con las palabras con que fué bendito el meto de Franklin: DIOS Y LIBERTAD.

N. Avellaneda.

Relación

Que hace el gaucho Ramón Contreras a su aparcero, de todo lo que vió en las fiestas mayas en Buenos Aires, en el año 1822.

¡Ah, fiestas lindas, amigo!
No he visto en los otros años
Funciones más *mandadoras*,
Y mire que no lo engaño.
El veinticuatro a la noche,
Como es costumbre, empezaron.
Yo ví unas grandes columnas
En coronas rematando,
Y ramos llenos de flores
Puestos a modo de lazos.
Las luces como aguacero
Colgadas entre los arcos,
El Cabildo, la *Pirami*,
La recoba y otros lados
Y luego la *versería*.
¡Ah cosa linda! un paisano
Me los estuvo leyendo.
Pero ¡Ah, poeta cristiano,
Qué décimas y qué trovas!
Y todo siempre tirando
A favor de nuestro aquél.
Luego había en un tablado
Musiquería con fuerza,
Y bailando unos muchachos
Con arcos y muy compuestos,
Vestidos de azul y blanco;

Y al acabar, el más chico
Una *relación* echando.
Me dejó medio... quién sabe.
¡Ah, muchachito liviano,
Por Cristo que le habló lindo
Al veinticinco de Mayo!
Después siguieron los fuegos
Y cierto que me quemaron
Porque me puse cerquita,
Y de golpe me largaron
Unas cuantas escupidas
Que el poncho me lo cribaron
A las ocho de tropel
Para la Merced tiraron
Las gentes a las comedias;
Yo estaba medio cansado
Y enderecé a lo de Roque;
Dormí, y al cantar los gallos
Ya me vestí; calenté agua,
Estuve *cimarroneando*
Y luego para la plaza
Cogí y me vine despacio:
Llegué *¡bien haiga el humor!*
Llenitos todos los bancos
De pura *mujería*;
Y no, amigo, cualquier trapo,
Sino mozas como azúcar,
Hombres, eso era un milagro.
Y al punto en varias *tropillas*
Se vinieron acercando
Los escueleros mayores
Cada uno con sus muchachos,
Con banderas de la patria
Ocupando un trecho largo:
Llegaron a la *pirami*
Y al *dir* el sol *cocoreando*,
Y asomando una puntita...
Bracatán, los cañonazos,
La gritería, el tropel,
Música por todos lados,
Banderas, danzas, funciones,
Los *escuelistas* cantando.

Y después salió uno solo
Que tendría doce años,
Nos echó una *relación*...
¡Cosa linda, amigo Chano!
Mire que a muchos patriotas
Las lágrimas les saltaron.
Más tarde la soldadesca
A la plaza fué *dentrando*
Y desde el Fuerte a la iglesia
Todo ese tiro ocupando.
Salió *el gobierno* a las once
Con escolta de a caballo,
Con jefes y comandantes
Y otros muchos convidados,
Dotores, escribinistas,
Las justicias a otro lado,
Detrás la *oficialería*
Los *latones culebreando*.
La soldadesca *hizo cancha*
Y todos fueron pasando
Hasta llegar a la iglesia.
Yo estaba medio delgado
Y enderecé a un bodegón:
Comí con Antonio el manco
Y a la tarde me dijeron
Que había *sortija* en el Bajo:
Me fuí de un hilo al paraje,
Y cierto no me engañaron;
En medio de la alameda
Había un arco muy pintado
Con colores de la patria;
Gente, amigo, como pasto,
Y una *mozada lucida*
En caballos *aperados*
Con *pretales y coscojas,*
Pero *pingos tan livianos*
Que a la *más chica pregunta*
No los sujetaba el diablo.
Uno por uno rompía
Tendido como lagarto,
Y... zas... ya ensartó... ya no...
¡Oiganle que pegó en falso!

¡Qué risa y qué boracear!
Hasta que un mocito amargo
Le aflojó todo al rocin
Y *¡bien haga* el ojo claro!
Se vino al humo, llegó,
Y la *sortija ensartando*,
Le dió una sentada al *pingo*
Y todos ¡Viva! gritaron.

Bartolomé Hidalgo.

La Luz y la Sombra

Rojo el Sol, en el ocaso
Sus resplandores hundía,
Y la Sombra, que venía
Siguiendo a la Luz el paso,

—Para, Luz, y ven conmigo,
Exclamó, ven un momento,
Que ha mucho el deseo siento
De conferenciar contigo.

—¿Sí? pues que cese tu afán,
Dijo la Luz a la Sombra,
Y sea la verde alfombra
Nuestro mullido diván.—

Sombra y Luz se reclinaron
Sobre una verde colina,
Y hete aquí la vespertina
Conversación que entablaron:

—Mira, Sombra, empieza ya
Y trata de ser concisa,
Pensando que estoy de prisa,
Pues mi padre, el Sol, se va.

—Ha mucho noto el desdén
Con que la espalda me das...
—¿Y por qué vienes detrás?
—Veo que contestas bien.

Pero hazme la confesión
De que tu faz refulgente,
Algo tiene de insolente...
—¡Aprensión, Sombra, apreensión!

Haces muy mal en tomar
Mi esplendor por insolencia,
Que es la ley de mi existencia
Brillar y siempre brillar.

Y mira, Sombra, lo siento,
Hasta por la paz de tu alma,
Que te arrebate la calma
Envidioso sentimiento.

—¿Envidiarte yo?... ¿Y por qué?
—¿Y lo preguntas, cuitada?
—Tú no eres mejor en nada.
—Que eres ciega, bien se ve.

Yo soy la primer mirada
Que el Sol a la tierra envía,
Y produzco la alegría
Al despuntar la alborada.

Asomo en el horizonte,
Mi destello difundiendo,
Y ya me están sonriendo
El agua, el llano y el monte.

Yo tiño de azul el cielo,
Yo arrebolo los espacios,
Yo recamo de topacios
De la blanca nube el velo.

De la mar, en las espumas
Yo brillo a la madrugada,
Como una pluma rosada
Entre blanquísimas plumas.

Yo me sé descomponer
En mil variados colores
Que dan su tinte a las flores
Y su brillo al rosicler.

Soy hermana del Calor
Que fecunda la natura,
E hija del Sol que madura
La espiga del labrador.

Soy la antorcha sideral
Que la creación ilumina;
Soy la sonrisa pristina
Del mismo Dios inmortal.

—Con atención escuché
Tu apología orgullosa;
Ahora escucha, Luz hermosa,
También quién soy te diré.

Yo soy la viuda del Día
Que, envuelta en mi negro velo,
Voy derramando en el suelo
Mi dulce melancolía.

Me dan por nombre *la Noche*,
Y a mi misterioso encanto,
Abren las flores su broche
Para perfumar mi manto.

Siempre la verde pradera
Con amor me está llamando,
Y las brisas van jugando
Con mi negra cabellera.

Y no de las flores bellas
El solo tributo tengo;
Fíjate y verás que vengo
Con mi diadema de estrellas.

A mis pies traigo la Luna,
Compañera del que vela,
Y que en la plata riela
De la plácida laguna.

Del rayo del Sol de estío
Neutralizo los rigores,
Regando a frutos y flores
Con suavísimo rocío.

Estanislao del Campo.

Consejos de Martín Fierro

Un padre que da consejos
Más que padre es un amigo.
Ansí como tal les digo
Que vivan con precaución—
Naidés sabe en qué rincón
Se oculta el que es su enemigo.

Yo nunca tuve otra escuela
Que una vida desgraciada—
No *estrañen* si en la jugada
Alguna vez me equivoco—
Pues debe saber muy poco
Aquel que no aprendió nada.

Hay hombres que de su *cencia*
Tienen la cabeza llena;
Hay sabios de todas menas,
Mas, digo sin ser muy ducho—
Es mejor que aprender mucho
El aprender cosas buenas.

No aprovechan los trabajos
Si no han de enseñarnos nada—
El hombre, de una mirada
Todo ha de verlo al momento—
El primer conocimiento
Es conocer cuando enfada.

Las faltas no tienen límites
Como tienen los terrenos—
Se encuentran en los más buenos,
Y es justo que les prevenga—
Aquel que defectos tenga,
Disimule los ajenos.

Al que es amigo, jamás
Lo dejen en la estacada,
Pero no le pidan nada
Ni lo aguarden todo de él—
Siempre el amigo más fiel
Es una conducta honrada.

Ni el miedo ni la codicia
Es bueno que a uno lo asalten—
Ansí no se sobresalten
Por los bienes que carezcan—
Al rico nunca le ofrezcan
Y al pobre jamás le falten.

Bien lo pasa hasta entre pampas
El que respeta a la gente—
El hombre ha de ser prudente
Para librarse de enojos—
Cauteloso entre los flojos,
Moderado entre valientes.

El trabajar es la ley
Porque es preciso adquirir—
No se expongan a sufrir
Una triste situación—
Sangra mucho el corazón
Del que tiene que pedir.

Debe trabajar el hombre
Para ganarse su pan;
Pues la miseria, en su afán
De perseguir de mil modos—
Llama en la puerta de todos
Y entra en la del haragán.

Los hermanos sean unidos,
Porque esa es la ley primera—
Tengan unión verdadera
En cualquier tiempo que sea—
Porque si entre ellos pelean
Los devoran los de *ajuera*.

Respeten a los ancianos,
El burlarlos no es hazaña;
Si andan entre gente extraña
Deben ser muy precavidos—
Pues por igual es tenido
Quien con malos se acompaña.

La cigüeña cuando es vieja
Pierde la vista, — y procuran
Cuidarla en edad madura
Todas sus hijas pequeñas—
Apriendan de las cigüeñas
Este ejemplo de ternura.

Estas cosas y otras muchas,
Medité en mis soledades—
Sepan que no hay falsedades
Ni error en estos consejos—
Es de la boca de viejos
De *ande* salen las verdades.

José Hernández

La abdicación de San Martín

Se ha dicho, con verdad, que sólo dos grandes figuras de los tiempos modernos bajaron tranquilas de la cima de la grandeza: — Wáshington y San Martín, — porque ellos no fueron ni poder, ni ambición, ni partidos, ni odios, ni gloria egoísta, sino una misión que debía concluir en un día irrevocable, en medio de la propia existencia.

Wáshington no abdicó. Al colgar su espada después del triunfo, y entregar el poder público en manos de un pueblo libre, afirmó la corona cívica sobre sus sienes, siguió sin violencia el ancho camino que le estaba trazado, y alumbrado por astros propicios, se extinguió en el reposo con la angélica serenidad de los genios tutelares.

San Martín abdicó en medio de la lucha, antes de completar su obra, no por su voluntad, como él lo dijo en su despedida y como se ha creído por mucho tiempo, sino forzado por la lógica de su destino y obedeciendo a las inspiraciones del bien; y en haberlo reconocido en tiempo bajo los auspicios de la razón serena, consiste la grandeza moral de su sacrificio. Buscó su camino en medio de la tempestad en que su alma se agitaba, y lo encontró; y tuvo previsión, abnegación, y fortaleza para seguirla, y por eso el sacrificio no fué estéril.

El Perú había sido libertado por un puñado de cuatro mil hombres (dos mil argentinos y dos mil chilenos) contra veintitrés mil

soldados, que mantenían en alto los últimos pendones del rey de España en toda la extensión del continente americano. San Martín, sosteniendo en sus brazos robustos, como muy bien se ha dicho, el cadáver de su pequeño ejército diezmado por la peste y los combates, había declarado la independencia del Perú.

Esta grande empresa, realizada con tan pobres medios, con tanta economía de fuerza y de sangre, y tan fecundos resultados, se caracteriza como profunda combinación política y militar, en que circunscribió la lucha de la independencia americana a un punto estratégico; en que forzó el último baluarte de la dominación española en Sud América; en que hirió el poder colonial en el corazón, con la espada de Chacabuco y Maipo; en que encerró en un palenque sin salida a los últimos ejércitos republicanos y realistas dentro del cual debía decidirse por un supremo y definitivo combate a muerte, la causa de la emancipación de un nuevo mundo.

Desde ese momento, el triunfo de la causa de la independencia americana dejó de ser un problema militar y político: fué simplemente cuestión de más esfuerzos y tiempo.

Desde ese día, el sol, al levantarse sobre del hemisferio de Colón, no alumbró más esclavos que los que aún continuaban aherrrojados bajo las plantas de los últimos ejércitos realistas, atrincherados en las montañas del Perú.

Pero, para alcanzar la victoria definitiva, era necesario que el mismo Perú, hondamente revolucionado, pusiese sobre las armas diez mil soldados más, y el Perú no podía ponerlos. Chile no podía repetir el supremo esfuerzo que había hecho, para remontar sus tropas expedicionarias. La República Argentina, política y socialmente disuelta, al mismo tiempo que sus hijos ausentes emancipaban lejanos pueblos, no podía enviar nuevos contingentes a su ejército libertador de los Andes.

Mientras tanto, las legiones triunfantes de Bolívar, que desde las bocas del Orinoco habían cruzado de mar a mar el continente, se encontraban con las de San Martín, que desde el Plata habían cruzado al Pacífico, dominándolo; y bajo la línea ardiente del Ecuador y al pie del Chimborazo, se saludaban las banderas independientes de las provincias unidas del Río de la Plata, de Chile, del Perú y de Colombia, sellando la alianza continental con una nueva victoria alumbrada por los fuegos volcánicos del Pichincha.

En tal situación, Colombia era el árbitro de los destinos del Nuevo Mundo, y en manos del Libertador Bolívar estaba la masa hercúlea que debía dar el golpe final, en el supremo y definitivo combate que iba a librarse en el Perú.

Para concentrar este supremo esfuerzo, los dos grandes Libertadores se encontraron en aquel punto céntrico del mundo en que sus soldados habían fraternizado. Sus miradas se cruzaron como dos relámpagos en la región tempestuosa de las nubes; sus brazos se unieron, pero sus almas no se confundieron, porque comprendieron que, aunque profesaban una misma religión, no pertenecían a la misma raza moral.

Bolívar era el genio de la ambición delirante, con el temple férreo de los varones fuertes, con el corazón lleno de pasiones sin freno, con la cabeza poblada de flotantes sueños políticos, sediento de gloria, de poder, de resplandor, de estrépito, que acaudillando heroicamente una gran causa, todo lo refería a su personalidad invasora y absorbente. El mismo se ha retratado así prorrumpiendo en uno de sus teatrales simulacros de renuncia del mando supremo: — “Salvadme de mí mismo, porque la espada que libertó a Colombia no es la balanza de Astrea”.

San Martín era el vaso opaco de la Escritura, que escondía la luz en el interior del alma: el héroe impersonal que tenía la ambición honrada del bien común, por todos los medios, por todos los caminos, y con todos los hombres de buena voluntad, según él mismo se ha definido en la intimidad con estas sencillas palabras: — “Un americano, republicano por principios, que sacrifica sus mismas inclinaciones por el bien de su suelo”.

Por eso los dos murieron en el ostracismo. El uno en su edad viril, precipitado de lo alto, con las entrañas devoradas por el buitre de su inextinguible ambición personal, llorando hasta sus últimos momentos el poder perdido. El otro descendió sereno y resignado la pendiente del valle de la vida, con la estoica satisfacción del deber cumplido, guardando en su ancianidad el secreto roedor de sus tristezas, como en los heroicos días de su épica carrera había guardado el sigilo pavoroso de sus grandes concepciones militares.

Estas dos naturalezas opuestas y compactas, fuerte la una por sus defectos en el choque, y la otra por sus calidades en la resistencia, se midieron como dos gigantes al abrazarse, y se penetraron mutuamente. San Martín fué vencido por el egoísmo imperioso de Bolívar; pero San Martín venció a su rival en gloria, mostrándose moralmente más grande que él.

El Libertador de Colombia alcanzará más triunfos, cosechará más laureles y merecerá más la admiración de la historia por su gloriosa epopeya terminada.

El Libertador argentino, venciendo las más arduas dificultades,

preparando el camino y venciendo a sí mismo, merecerá en los tiempos la simpatía etérea de las almas bien equilibradas.

San Martín, con su alto buen sentido, dándose cuenta clara de la situación y de sus deberes para con ella, se inmoló fríamente en aras de una ambición implacable, que era una fuerza eficiente, y cuya dilatación fatal era indispensable al triunfo de su causa.

Los realistas conservaban aún diez y nueve mil hombres en las montañas del Perú. San Martín apenas contaba con ocho mil quinientos, y necesitaba forjar nuevos rayos para continuar la lucha. Bolívar, al frente del victorioso ejército de Colombia, tenía en sus manos el rayo, que a uno de sus gestos podía fulminar las últimas reliquias del poder español en América; pero a condición de no compartir con nadie su gloria olímpica.

Ante esta solemne expectativa, San Martín reconoció el temple de sus armas de combate, y vió — que el Perú flaqueaba, que su opinión pública estaba sublevada, que su ejército no tenía ya el acerado temple de Chacabuco y Maipo, y que no podría dominar otros elementos rebeldes sino haciéndose tirano. Interrogó al porvenir, y previendo que en un término fatal su gran personalidad se chocaría con la de Bolívar, dando quizá un escándalo al mundo, y retardando de todos modos el triunfo de la América con mayores sacrificios para ella, prefirió eliminarse como obstáculo. Sondeó su conciencia, comprendió que no era como Macabeo el caudillo de su propia patria, y reconociéndose sin voluntad para ser tirano y sin poder moral y material para continuar la lucha con fuerzas eficientes, abdicó y entregó a Bolívar la espada de Chacabuco y Maipo, después que se convenció de que su ofrecimiento de servir no sería aceptado.

Tal es el significado histórico y el sentido moral de la abdicación de San Martín.

Bartolomé Mitre.

El 25 de Mayo de 1883, en Buenos Aires

“Ya raya la aurora del día de mayo:
Salgamos, salgamos a esperar el rayo,
Que lance primero su fúlgido sol.

Mirad, todavía no asoma la frente,
Pero ya le anuncia cercano el oriente,
De púrpura y oro, brillante arbol.

Mirad esas filas, el rayo, el acero,
Los patrios pendones, la voz del guerrero;
Al salir el astro saludo le harán.

De párvulos tiernos, inocente coro,
Alzará a los cielos el canto sonoro,
Y todas las madres, de amor llorarán.

Por los horizontes del Río de la Plata,
El pueblo, en silencio, la vista dilata,
Buscando en las aguas naciente fulgor;

Y el aire, de vivas, poblaráse luego,
Cuando en el baluarte, con lenguas de fuego,
Anuncie el momento, cañón tronador.

Cándida y celeste, la patria bandera,
Sobre las almenas será la primera
Que el brillo reciba del gran luminar.

Y ved, en las bellas, cándida y celeste,
Como la bandera, la nítida veste,
En gracioso talle, graciosa ondear.

Juan Cruz Varela.

El Trabajo

Cuando se dice que la riqueza nace del trabajo, se entiende que del trabajo del hombre, pues trata la riqueza del hombre.

En otros términos, la riqueza nace del hombre.

Decir que hay tierras que producen algodón, seda, caña de azúcar, etc., es como decir que la máquina de vapor produce movimientos, el molino produce harina, el telar produce lienzo, etc.

No es la máquina la que produce sino el maquinista. La máquina es el instrumento de que se sirve el hombre para producir; y la tierra es una máquina como el arado mismo en manos del hombre, único productor.

El hombre produce en proporción, no de la fertilidad del suelo que le sirve de instrumento, sino en proporción de la resistencia que el suelo le ofrece para que él produzca.

El suelo pobre produce al hombre rico, porque la pobreza del suelo estimula el trabajo del hombre al que más tarde debe éste su riqueza.

El suelo que produce sin trabajo, sólo fomenta hombres que no saben trabajar. No mueren de hambre, pero jamás son ricos. Son parásitos del suelo y viven como las plantas, la vida de las plantas naturalmente, no la vida digna del ente humano, que es el creador y hacedor de su propia riqueza.

La riqueza natural y espontánea de ciertos territorios es un escollo de que deben preservarse los pueblos inteligentes que lo habitan. Todo pueblo que come de la limosna del suelo, será un pueblo de mendigos toda su vida. Que el pródigo o benefactor sea el suelo o el hombre, el mendigo es el mismo.

La tierra es la madre, el hombre es el padre de la riqueza. En la maternidad de la riqueza no hay generación espontánea. No hay producción de riqueza si la tierra no es fecundada por el hombre. Trabajar es fecundar. El trabajo es la vida, es el goce, es la felicidad del hombre. No es su castigo. Si es verdad que el hombre nace para vivir del sudor de su frente, no es menos cierto que el sudor se hizo para la salud del hombre, que sudar es gozar, y que el trabajo es un goce más bien que un sufrimiento. Trabajar es crear, producir, multiplicarse en las obras de su hechura: nada puede haber más plácido y lisonjero para una naturaleza elevada.

La forma más fecunda y útil en que la riqueza extranjera puede introducirse y aclimatarse en un país nuevo, es la de una inmigración de población inteligente y trabajadora, sin la cual los metales ricos se quedarán siglos y siglos en las entrañas de la tierra; y la tierra, con todas sus ventajas de clima, irrigación, temperatura, ríos, montañas, llanuras, plantas y animales útiles, se quedará siglos y siglos tan pobre como el *Chaco*, como *Mojas*, como *Lipes*, como *Patagonia*.

Juan Bautista Alberdi.

A Rozas

Tan sólo sangre y cráneos tus ojos anhelaron,
Y sangre, sangre a ríos se derramó doquier,
Y de partidos cráneos los campos se cuajaron,
Donde alcanzó la mano de tu brutal poder.

¿Qué sed hay en tu alma? ¿Qué hiel en cada fibra?
¿Qué espíritu o demonio su inspiración te da,
Cuando en tu rudo labio tu pensamiento vibra,
Y en pos de tu palabra, la puñalada va?

¿Qué fiera, en sus entrañas, alimentó tu vida,
Nutriéndote en las venas su ponzoñosa hiel?
¿Qué atmósfera aspiraste? ¿Qué fuente maldecida,
Para bautismo tuyo te preparó Luzbel?

¿Qué ser velado tienes, que te resguarda al paso,
Para poder buscarlo con el puñal en pos?
¿Cuál es de las estrellas la que te alumbra, acaso
Para pedir sobre ella la maldición de Dios?

¿En qué hora sientes miedo, dentro tu férreo pecho,
Para evocar visiones, que su pavor te den?
¿En qué hora te adormeces, tranquilo sobre el lecho,
Para llamar los muertos a sacudir tu sien?

Prestadme, tempestades, vuestro rugir violento,
Cuando revienta el trueno, bramando el aquillón;
Cascadas y torrentes, prestadme vuestro acento
Para arrojarle eterna, tremenda MALDICIÓN...

Cuando a los pueblos postra la bárbara inclemencia
De un déspota, que abriga sangriento frenesi,
El corazón rechaza la bíblica indulgencia;
De tigres, nada dijo la voz del Sinaí.

El bueno de los buenos, desde su trono santo,
La renegada frente maldijo de Luzbel:
La humanidad, entonces, cuando la vejan tanto,
También tiene derecho de maldecir como él.

¡Sí, Rozas, te maldigo! Jamás dentro mis venas,
La hiel de la venganza mis horas agitó;
Como hombre, te perdono mi cárcel y cadenas:
Pero, como argentino, las de mi patria, no.

Por ti, esa Buenos Aires, que alzaba y oprimía
Sobre su espada un mundo. bajo su pie un león,
Hoy, débil y postrada, no puede, en su agonía,
Ni domeñar siquiera tu bárbara ambición.

Por ti, esa Buenos Aires, más crímenes ha visto,
Que hay vientos en la pampa y arenas en el mar;
Pues de los hombres hartos, para ofender a Cristo,
Tu imagen colocaste sobre el sagrado altar.

Por ti, sus buenos hijos, acongojado el pecho
La frente doblegamos bajo glacial dolor,
¡Y hasta en la tierra extraña, que nos ofrece un techo,
Nos viene persiguiendo, salvaje tu rencor!

José Mármol.

Suceso trágico de Lucía Miranda

"Ninguno escapó a la vida en esta borrasca, a excepción de algunos niños y mujeres, entre ellas Lucía Miranda, víctima desgraciada de su propia hermosura".

Había entre los españoles una dama llamada Lucía Miranda, mujer del valeroso Sebastián Hurtado, y ésta era la que a los principios, con su agasajo, abría en el bárbaro Mangoré una herida que jamás había de curar. No fueron después tan secretas las inquietudes del cacique que no las advirtiese la Miranda. Con suma discreción procuraba ocultarse de sus miradas. En el fervor de su pasión, Mangoré no dejaba de advertir que no valdrían remedios ordinarios a un mal casi desesperado. Llamó a consejo a su hermano Siripo, no con la indiferencia del que duda, sino con el empeño del que busca un compañero de su delito. Después de una porfiada disputa en que Siripo manifestó el despejo de su razón, por último, a fin de huir la nota de cobarde, la pérdida de los españoles, menos de Lucía, quedó entre ambos decretada. La fuerza abierta era inútil contra una sangre tan fecunda de héroes. Una traición era lo único a que podía apelar, porque un traidor era sólo lo que en estos tiempos temía un español.

Sabía Mangoré que el capitán Rodríguez Mosquera, o, como dice Ruiz Díaz, el capitán García con 50 de los suyos, entre ellos Hurtado, se hallaba ausente en comisión de buscar víveres para la guarnición, extremadamente debilitada. Con toda diligencia puso sobre las armas 4.000 hombres, y los dejó en emboscada cerca del fuerte, quedando prevenidos de adelantarse al abrigo de la noche. El, entretanto, seguido de 30 soldados escogidos y cargados de

subsistencias, llegó hasta las puertas del baluarte: después aquí, con expresiones blandas de la simulación más estudiada, ofreció a Lara aquel pequeño gaje de su solícito buen afecto. Los nobles sentimientos del general eran incompatibles con una tímida desconfianza, y, por otra parte, hubiera creído hacerse responsable a su nación enajenando con ellos un buen aliado. Recibió este donativo con las demostraciones del reconocimiento más ingenuo; pero algo más se prometía el pérfido Mangoré. La proximidad de la noche y la distancia de su habitación le daban derecho a esperar para sí y los suyos una hospitalidad proporcionada al mérito contraído. No le engañó un deseo que era tan propio a la nobleza de Lara. Con suma generosidad les dió acogida bajo unos mismos techos; y mezcladas unas gentes con otras, cenaron y brindaron muy contentos como si ofreciesen sus libaciones al dios de la amistad. Cansados del festín, se retiraron. El sueño oprimió a los españoles y les dejó a discreción del asesino. Mangoré, entonces, comunicadas las señas y contraseñas, hizo prender fuego a la sala de armas; abrió a sus tropas las puertas de la fortaleza, y todos juntos cargaron sobre los dormidos, haciendo una espantosa carnicería. Los pocos que de los españoles, como Pérez de Vargas y Oviedo, pudieron lograr sus armas, vendieron muy caras sus vidas. Lara, con un valor increíble, repartía en cada golpe muchas muertes; pero en su concepto nada era, mientras quedaba vivo el autor de esta tragedia; respirando estragos y venganza, buscaba diligente con los ojos a Mangoré: al punto mismo que lo vió, se abrió campo con su espada por entre la espesa multitud, y, aunque con una flecha en el costado, no paró hasta que la hubo enterrado toda entera en su persona. Ambos cayeron muertos; pero Lara con la satisfacción de dar el último suspiro sobre el bárbaro, y saber que en adelante no gustaría el fruto preparado por la más vil de las traiciones.

Ninguno escapó la vida en esta borrasca, a excepción de algunos niños y mujeres, entre ellas Lucía Miranda, víctima desgraciada de su propia hermosura. Todos fueron llevados a presencia de Siripo, sucesor del detestable Mangoré. Una centella escapada de sus cenizas incendió el alma del nuevo cacique en el momento mismo que vió a Lucía; él consintió de pronto que aquella cautiva haría el dulce destino de su vida. Se arrojó a sus pies, con todas las protestas de que es capaz un corazón que hervía; le aseguró que era libre, siempre que condescendiese en hacer felices sus días con su mano. Pero Lucía estimaba en poco, no digo su libertad, mas aún su vida, para que quisiese salvarla a expensas de la fe conyugal prometida a un esposo que adoraba. Con un aire severo

y desdeñoso rechazó su proposición, y prefirió una esclavitud que dejaba entero su decoro.

Siripo encomendó al tiempo el empeño de vencer su resistencia, lisonjeándose de que la misma fortuna era su cómplice. Al siguiente día de la catástrofe volvió al fuerte Sebastián Hurtado. Su dolor fué igual a su sorpresa cuando, después de encontrar ruinas en vez de fortaleza, buscaba a su consorte y sólo tropezaba con destrozos de la muerte. Luego que supo que Lucía se hallaba entre los timbúes, no dudó un punto entre los extremos de morir o rescatarla. Precipitadamente se escapó de los suyos y llegó hasta la presencia de Siripo. Jamás un alma sintió con más disgusto la acedia de los celos, como la de este bárbaro a la vista de un concurrente tan odioso. Su muerte fué decretada inmediatamente. Bien podía Lucía tener preparada su constancia para otros infortunios: todas las fuerzas de su alma la abandonaron en el peligro de una vida que estimaba más que la suya. Renunciando por esta vez al tono altivo que inspira el heroísmo, tomó a los pies de Siripo el de la súplica y el ruego a favor de su marido. Ella consiguió la revocación de la sentencia, pero bajo la dura condición de que eligiese Hurtado otra mujer entre las doncellas timbúes. Acaso por ganar partido en el corazón de Lucía, tuvo Siripo, como algunos afirman, la humana condescendencia de permitirles que se hablasen tal cual vez. Pudo ser también que en esto tuviese mucha parte el artificio, y que fuese su intención ponerles asechanzas, sabiendo cuánto irrita a las pasiones una injusta prohibición. Lo cierto es que, habiéndoles sorprendido en uno de aquellos momentos en que, consolándose mutuamente, hallaban la recompensa de sus penas, mandó que Lucía fuese arrojada a una hoguera, y que, puesto Hurtado a un árbol, muriese asaeteado. Uno y otro se ejecutó en 1532.

Deán G. Funes.

El inválido

No miráis aquel mendigo,
De aquella iglesia a la puerta,
Cuya miseria despierta
Simpática compasión;
Y que, a todos los que pasan,
Tendiendo mano transida,
Pide con voz dolorida
¡Una limosna por Dios!

Es un mártir de la patria,
Un soldado valeroso
Del estandarte glorioso,
Que el hemisferio cruzó;
Soldado que en otro tiempo
Hizo temblar al guerrero,
Y que hoy pide al pasajero
¡Una limosna por Dios!

Ved, en su manga derecha
Se perciben dos galones
Y de Maipú los cordones,
Que la patria le donó:
Cabo inválido, sin brazo,
Sólo le resta en la tierra
Pedir después de la guerra
¡Una limosna por Dios!

A la puerta de la iglesia
Rememora sus hazañas,
Y las gloriosas campañas
Que en otras guerras siguió;
Y mostrando con orgullo,
De su frente una ancha herida
Pide con voz dolorida
¡Una limosna por Dios!

“Fuí soldado de los Andes,
En Maipú cabo me hicieron,
Y las balas deshicieron,
Mi brazo en Ituzaingó:
Entonces mi voz se oía
En medio del fuego recio,
Y hoy me arrojan con desprecio
¡Una limosna por Dios!

¡De frente! ¡a la bayoneta!
El coronel nos gritaba
Y sin miedo nos llevaba
A la boca del cañón.
Al brazo el arma marchaba,

Metralla y bala llovía,
Y entonces yo no pedía
¡Una limosna por Dios!

Cuántas veces en los Andes
Al venir la madrugada,
En medio de una nevada,
Mi bigote emblanqueció.
Hoy, la nieve de los años
Mi cabello ha encanecido,
Y extendiendo la mano y pido
¡Una limosna por Dios!

¿Dónde están mis camaradas
Del Cerrito y Ayacucho,
Que mordían el cartucho
Con indomable valor?
¿Dónde están? tal vez ahora
Duermen en la tumba helada
O piden con voz quebrada
¡Una limosna por Dios!

Como ellos yo moriré,
Y en la tierra de mi fosa,
¿Qué alma verterá piadosa
Una gota de dolor?
Y cuando en algún camino,
Bajo los años sucumba,
¿Quién dará para mi tumba
Una limosna por Dios?"

Cesa, cesa en tus lamentos,
Cabo lleno de laureles,
Que hay olvidos más crueles,
Que los que llora tu voz:
La República Argentina,
Bajo el yugo de un tirano,
Pide al mundo americano
¡Una limosna por Dios!

Bartolomé Mitre.

Facundo Quiroga acosado por un tigre

Media entre las ciudades de San Luis y San Juan un dilatado desierto que por su falta completa de agua recibe el nombre de *travesía*. El aspecto de aquellas soledades es, por lo general, triste y desamparado, y el viajero que viene del oriente no pasa la última *represa* oaljibe del campo sin proveer sus *chifles* de suficiente cantidad de agua. En esta *travesía* tuvo una vez lugar la extraña escena que sigue:

Las cuchilladas, tan frecuentes entre nuestros gauchos, habían forzado a uno de ellos a abandonar precipitadamente la ciudad de San Luis, y ganar la *travesía* a pie, con su montura al hombro, a fin de escapar a las persecuciones de la justicia. Debían alcanzarle dos compañeros tan luego como pudieran robar caballos para los tres. No eran por entonces sólo el hambre o la sed los peligros que le aguardaban en el desierto aquel, pues un tigre *cebado* andaba hacia un año siguiendo el rastro de los viajeros, y pasaban ya de ocho los que habían sido víctimas de su predilección por la carne humana. Suele ocurrir a veces en aquellos países en que la fiera y el hombre se disputan el dominio de la naturaleza, que éste cae bajo la garra sangrienta de aquélla: entonces el tigre empieza a gustar con preferencia su carne, y se llama *cebado* cuando se ha dado a ese nuevo género de caza, la caza de hombres. El juez de la campaña inmediata al teatro de sus devastaciones convoca a los varones hábiles para la correría, y bajo su autoridad y dirección se hace la persecución del tigre *cebado*, que rara vez escapa a la sentencia que lo pone fuera de la ley.

Cuando nuestro prófugo hubo caminado unas seis leguas, creyó oír bramar el tigre a lo lejos, y sus fibras se estremecieron. Es el bramido del tigre un gruñido como el del cerdo, pero agrio, prolongado, estridente, y que sin que haya motivo de temor, causa un sacudimiento en los nervios como si la carne se agitara ella sola al anuncio de la muerte. Algunos minutos después, el bramido se oyó más distinto y más cercano; el tigre venía ya sobre el rastro y sólo a larga distancia se divisaba un pequeño algarrobo. Era preciso apretar el paso, correr en fin, porque los bramidos se sucedían con más frecuencia, y el último era más distinto, más vibrante que el que le precedía. Al fin, arrojando la montura a un lado del camino, dirigióse el gaucho al árbol que había divisado, y, no obstante la debilidad de su tronco, felizmente bastante elevado, pudo trepar a su copa y mantenerse en una continua oscilación, medio oculto entre el camino. El tigre marchaba a paso precipitado,

oliendo el suelo y bramando con más frecuencia a medida que sentía la proximidad de su presa. Pasa delante del punto en que ésta se había separado del camino, pierde el rastro; el tigre se enfurece, remolinea, hasta que divisa la montura, que desgarrar de un manotón, esparciendo en el aire sus prendas. Más irritado aún con este chasco, vuelve a buscar el rastro; encuentra al fin la dirección en que va, y levantando la vista divisa a su presa haciendo con su peso balancear al algarrobo, cual frágil caña cuando las aves se posan en sus puntas. Desde entonces ya no bramó el tigre: acercábase a saltos, y en un abrir y cerrar los ojos, sus enormes manos estaban apoyándose a dos varas del suelo sobre el delgado tronco, al que comunicaba un temblor convulsivo que iba a obrar sobre los nervios del mal seguro gaucho. Intentó la fiera un salto impotente; dió vuelta en torno del árbol midiendo su altura con los ojos enrojecidos por la sed de sangre; y al fin, bramando de cólera, se echó en el suelo batiendo sin cesar la cola, fijos los ojos en su presa, la boca entreabierta y reseca. Dos horas mortales hacía ya que duraba esta escena horrible; la postura violenta del gaucho, y la fascinación aterrante que ejercía sobre él la mirada sanguinaria, inmóvil, del tigre, del que por una fuerza invencible de atracción no podía apartar los ojos, había empezado a debilitar sus fuerzas; ya veía próximo el momento en que su cuerpo extenuado iba a caer en la ancha boca de la fiera, cuando el rumor lejano de galope de caballos le dió esperanzas de salvación. En efecto, sus amigos habían visto el rastro del tigre, y corrían sin esperanza de salvarlo. El desparramo de la montura les reveló el lugar de la escena; y volar a él, desenrollar sus lazos, echarlos sobre el tigre *empacado* y ciego de furor, fué obra de un segundo. La fiera, estirada a dos lazos, no pudo escapar a las puñaladas repetidas con que, en venganza de su prolongada agonía, la traspasó el que iba a ser su víctima.

"Entonces supe lo que era tener miedo", decía el general don Juan Facundo Quiroga, contando a un grupo de oficiales este suceso.

D. F. Sarmiento.

El desierto

Era la tarde y la hora
En que el sol la cresta dora
De los Andes. El desierto
Incommensurable, abierto
Y misterioso, a sus pies

Se extiende: triste el semblante,
Solitario y taciturno
Como el mar, cuando un instante
El crepúsculo nocturno
Pone rienda a su altivez.

Gira en vano, reconcentra
Su inmensidad, y no encuentra
La vista, en su vivo anhelo,
De fijar su fugaz vuelo,
Como el pájaro en el mar.
Doquier campos y heredades
Del aire y bruto guaridas,
Doquier cielo y soledades
De Dios sólo conocidas,
Que él solo puede sondar.

A veces la tribu errante,
Sobre el potro rozagante,
Cuyas crines altaneras
Flotan al viento ligeras,
Lo cruza cual torbellino,
Y pasa; a su toltería,
Sobre la grama frondosa
Asienta esperando el día,
Duerme, tranquila reposa,
Sigue veloz su camino.

¡Cuántas, cuántas maravillas
Sublimes y al par sencillas,
Sembró la fecunda mano
De Dios allí! ¡Cuánto arcano
Que no es dado al mundo ver!
La humilde hierba, el insecto,
La aura aromática y pura,
El silencio, el triste aspecto
De la grandiosa llanura,
El pálido anochecer.

Las armonías del viento
Dicen más al pensamiento
Que todo cuanto a porfía

La vana filosofía
Pretende altiva enseñar.
¿Qué pincel podrá pintarlas
Sin deslucir su belleza?
¿Qué lengua humana alabarlas?
Sólo el genio su grandeza
Puede sentir y admirar.

Ya el sol su nítida frente
Reclinaba en occidente,
Derramando por la esfera
De su rubia cabellera
El desmayado fulgor.
Serenos y diáfano el cielo,
Sobre la gala verdosa
De la llanura, azul velo
Esparcía, misteriosa
Sombra dando a su color.

El aura moviendo apenas
Sus olas de aromas llenas
Entre la hierba bullía
Del campo que parecía
Como un piélago ondear.
Y la tierra contemplando
Del astro rey la partida,
Callaba manifestando,
Como en una despedida,
En su semblante pesar.

Sólo a ratos altanero
Relinchaba un bruto fiero
Aquí o allá, en la campaña;
Bramaba un toro de saña,
Rugía un tigre feroz:
O las nubes contemplando
Como extático y gozoso,
El chajá, de cuando en cuando,
Turbaba el mudo reposo
Con su fatídica voz.

Se puso el sol; parecía
Que el vasto horizonte ardía,

La silenciosa llanura
Fué quedando más oscura,
Más pardo el cielo, y en él,
Con luz trémula brillaba
Una que otra estrella, y luego
A los ojos se ocultaba,
Como vacilante fuego
En soberbio chapitel.

El crepúsculo, entretanto.
Con su claroscuro manto,
Veló la tierra; una faja,
Negra como una mortaja,
El occidente cubrió;
Mientras la noche bajando
Lenta venía, la calma
Que contempla suspirando,
Inquieta a veces, el alma,
Con el silencio reinó.

Entonces, como el rúido
Que suele hacer el tronido
Cuando retumba lejano,
Se oyó en el tranquilo llano
Sordo y confuso clamor;
Se perdió... y luego, violento,
Como baladro espantoso
De turba inmensa, en el viento
Se dilató, sonoro,
Dando a los brutos pavor.

Bajo la planta sonante
Del ágil potro arrogante
El duro suelo temblaba
Y envuelto en polvo cruzaba
Con animado tropel,
Velozmente cabalgando;
Veíanse lanzas agudas,
Cabezas, crines ondeando,
Y como formas desnudas
De aspecto extraño y cruel.

¿Quién es, qué insensata turba
Con alarido perturba
Las calladas soledades
De Dios, do las tempestades
Sólo se oyen resonar?
¿Qué humana planta orgullosa
Se atreve o hollar el desierto
Cuando todo en él reposa?
¿Quién viene seguro puerto
En sus yermos a buscar?

¡Oíd! ya se acerca el bando
De salvajes atronando
Todo el campo convecino.
¡Mirad! Como torbellino,
Hiende el espacio veloz.
El fiero ímpetu no enfrena
Del bruto que arroja espuma:
Vaga al viento su melena,
Y con ligereza suma,
Pasa en ademán atroz.

¿Dónde va? ¿De dónde viene?
¿De qué su gozo proviene?
¿Por qué grita, corre, vuela
Clavando al bruto la espuela,
Sin mirar alrededor?
¡Ved! que las puntas ufanas
De sus lanzas, por despojos,
Llevan cabezas humanas,
Cuyos inflamados ojos
Respiran aún furor.

Así el bárbaro hace ultraje
Al indomable coraje
Que abatió su alevosía;
Y su rencor todavía
Mira con torpe placer
Las cabezas que cortaron
Sus inhumanos cuchillos,
Exclamando: "Ya pagaron
Del cristiano los caudillos
El feudo a nuestro poder;

Ya los ranchos do vivieron
Presa de las llamas fueron,
Yace en el polvo abatida
Su pujanza tan erguida;
¿Dónde sus bravos están?
Vengan hoy del vituperio
Sus mujeres, sus infantes
Que gimen en cautiverio,
A libertad, y como antes,
Nuestras lanzas probarán”.

Tal decía, y bajo el callo
Del indómito caballo,
Crujiendo el suelo temblaba;
Hueco y sordo retumbaba
Su grito en la soledad;
Mientras la noche, cubierto
El rostro en manto nubloso,
Echó en el vasto desierto
Su silencio pavoroso,
Su sombría majestad.

Esteban Echeverría.

Las tiendas de antaño

No era entonces Buenos Aires lo que es ahora. La fisonomía de la calle del Perú y la de la Victoria han cambiado mucho en los veintidós años transcurridos: el *centro* comenzaba en la calle de la Piedad y terminaba en la de Potosí, donde la vanguardia sur de las tiendas estaba representada por el establecimiento del señor Bolar, local de esquina, mostrador democrático al alba, cuando cocineras y patronas madrugadoras acudían al mercado, y burgués, si no aristocrático, entre las siete de la noche y el toque de ánimas. El barrio de las tiendas de tono se prolongaba por la calle de la Victoria hasta la de Esmeralda, y aquellas cinco cuadras constituían en esa época el *boulevard* de la *fashion* de la gran capital.

Las tiendas europeas de hoy, lúbricas y raquíticas, sin carácter local, han desterrado la tienda porteña de aquella época, de mostrador corrido y gato blanco formal sentado sobre él a guisa de esfinge.

¡Oh, qué tiendas aquéllas! Me parece que veo sus puertas sin vidrieras, tapizadas con los últimos percales recibidos, cuyas piezas avanzaban dos o tres metros al exterior sobre la pared de la calle; y entre las piezas de percal, la pieza de pekin lustroso de medio ancho, clavada también en el muro, inflándose con el viento y lista para que la mano de la marchanta conocedora apreciase la calidad del género entre el índice y el pulgar, sin obligación de penetrar a la tienda.

Aquélla era buena fe comercial y no la de hoy, en que la enorme vidriera engolosina los ojos sin satisfacer las exigencias del tacto que reclamaban nuestras madres con un derecho indiscutible.

¡Y qué mozos! ¡Qué vendedores los de las tiendas de entonces! ¡Cuán lejos están los tenderos franceses y españoles de hoy de tener la alcurnia y los méritos sociales de aquella juventud dorada, hija de la tierra, último vástago del aristocrático comercio al menudeo de la colonia! No pasaba una señora ni una niña por la calle sin tributar los más afectuosos saludos a la rueda de contertulianos sentados cómodamente en sillas colocadas en la calle y presididos por el dueño del establecimiento. Y cuando las lindas transeuntes penetraban a la tienda, el dueño dejaba a sus amigos, saludaba a sus clientas con un efusivo apretón de manos, preguntaba a la mamá por *ese caballero*, echaba algunos requiebros de buen tono a las señoritas, tomaba el mate de manos del *cadete* y lo ofrecía a las señoras con la más exquisita amabilidad; y sólo después de haber cumplido con todas las reglas de este prefacio de la galantería, entraban clientas y tenderos a tratar de la ardua cuestión de los negocios.

Había siempre en las tiendas de antaño un olor inextinguible a tripe, porque nunca faltaban cuatro o seis grandes cilindros de triple inglés formados a la entrada de la casa, que, a su calidad de mercadería de fondo, reunían la ventaja accesoria de servir de poyos para sentarse a los tertulianos habituales del establecimiento. Y después, los mostradores estaban alfombrados con tripes representando todo un jardín zoológico de fieras estampadas, tigres, panteras, patos monteses y leones rubicundos, reposados majestuosamente sobre paisajes historiados de selvas de lana, con que las fábricas de Manchester reemplazaban en nuestras mansiones aristocráticas de entonces la carencia de Aubuisson y de Gobelinos.

¡Qué agilidad aquella con la que el patrón, apoyándose sobre la mano izquierda, saltaba el mostrador! ¡Qué gracia con la que desplegaba ante los ojos de las clientas, de un golpe, y como un prestidigitador, la pieza de percal, de muselina o de *baréje* envuelta

alrededor de la tablilla, que quedaba, desnuda de su preciosa mercancía, abandonada indiferentemente sobre el mostrador! ¡Qué elasticidad de movimientos, qué vertiginosa rapidez la que el tendero de aquel tiempo desplegaba para medir sobre la vara el lote vendido, dejándolo amontonarse ampulosamente sobre el mostrador con elegante negligencia, acariciando el género con los dedos, llevándolo a los ojos de la compradora, poniéndoselo en la mano, restregándolo para justificar la falta absoluta de goma y otras añagazas de fábrica, y hasta trayendo el único vaso de la trastienda lleno de agua, para ensopar en él el extremo de la pieza de muselina y justificar la tinta indeleble de la tela!

No había marchanta que resistiera a las gracias, al donaire y a la fuerza de las evoluciones de aquellos hechiceros. Pero éstos eran los tenderos *dandys*; había, además, los tenderos sirenas, llamados así porque su cuerpo estaba dividido por la línea del mostrador como el de la encantadora deidad de los mares está dividido por la línea del agua. El tendero sirena era ser humano desde la cabeza hasta el estómago y pescado desde el estómago hasta los pies. De busto correcto, su medio cuerpo no dejaba nada que desear desde el punto de vista de la elegancia; desde la parte exterior del mostrador el parroquiano no tenía nada que observar, pero la sirena no podía salir del mostrador sin peligro, porque, como ese era su elemento, si lo abandonaba mostraba por fuerza la cola indecorosa: el tendero sirena usaba levita de faldón largo para economizarse el uso de los pantalones, y zapatillas para ahorrarse las incomodidades del calzado...

Lucio V. López.

El general Belgrano

Belgrano es una de las más simpáticas ilustraciones argentinas y una de las glorias más puras de América, no sólo por sus memorables servicios a la causa de la Independencia y de la Libertad, sino también, y muy principalmente, por la elevación moral de su carácter y por la austeridad de sus principios democráticos.

Su gloria es un patrimonio nacional, y pretender arrancar a su corona cívica una sola de sus hojas, sin justificar el derecho con que tal despojo se haga, sería defraudar al pueblo de su propiedad legítima.

Belgrano no ha sido un genio político del vuelo atrevido de Moreno, ni un genio militar de la altura de San Martín, con quie-

nes comparte la gloria de haber sido, a la par del primero, uno de los fundadores de la democracia argentina, y con el segundo, el héroe y el fundador de la Independencia.

Fué un gran ciudadano y un verdadero héroe republicano, y esa es su gloria.

El general Belgrano ha ejercido dos clases de autoridad en el mando: exigía de sus subordinados una obediencia religiosa al cumplimiento del deber y una exactitud casi igual a la que se exige a una orden monástica, siendo inflexible en el castigo de los delincuentes.

Estas cualidades de mando han formado escuela. El general Paz, que lo criticó por ellas, mandaba, sin embargo, sus ejércitos a la manera de Belgrano, y no por eso ha sido calificado de déspota.

El mando militar tiene en sí mismo algo de despótico, porque es personal, sólo tiene por límites la responsabilidad moral del que lo ejerce y el sentimiento de la justicia y de la dignidad humana. Si el carácter de Belgrano hubiera sido despótico, se habría manifestado en el ejercicio de ese mando casi absoluto, que las exigencias de la revolución y el peligro común hacían que fuese más tirante que en las condiciones de la vida ordinaria; y sin embargo, es sabido que Belgrano fué siempre justo a la vez que severo en el ejercicio tranquilo de su autoridad; que jamás abusó de ella, ni fué cruel ni voluntarioso, y todos cuantos militaron bajo sus órdenes le guardaron, por toda la vida, estimación, respeto y amor.

Como autoridad política en los territorios donde hizo la guerra, responde en su favor el amor, el respeto, la confianza que supo inspirar a los pueblos, y que se conserva hasta hoy aun en los hijos de los indios a quienes trató justiciera y paternalmente en Misiones y en las montañas del Alto Perú.

Belgrano no era ciertamente un demócrata a la manera de Artigas y de Güemes, expresiones exageradas de la democracia en una época de revolución: era un demócrata de la escuela de Washington y de Franklin, cuyos principios profesó toda su vida.

Lo prueba su anhelo por la instrucción de las masas, atestiguado por los establecimientos de educación que fundó antes y después de la revolución; su respeto a la igualdad humana, manifestado hasta en su conducta con los indios de Misiones y del Alto Perú; su amor a la libertad del pueblo a que consagró su vida y sus afanes; su empeño constante porque la revolución se constituyera sobre la base de un poder deliberante emanado directamente del pueblo, como lo demuestra su correspondencia con Rivadavia; su respeto a la ley y a las autoridades constituídas, y, más que todo,

su abnegación, su desinterés y su modestia en presencia de los altos intereses públicos.

Por eso el general Belgrano es el ideal del demócrata. Ningún argentino ha merecido mejor que él este nombre, y negárselo sería querer privar a su patria de uno de los más hermosos y acabados modelos que en tal sentido se pueden presentar como ejemplo digno de admirarse y de imitarse.

Belgrano y San Martín, los dos verdaderos grandes hombres de la historia revolucionaria argentina, pueden llamarse padres y autores de la independencia de su país, teniendo de común que los dos fueron hombres de orden, ajenos a los partidos secundarios de la revolución, que nunca pertenecieron sino al gran partido de la patria, ni tuvieron más pasión que la de la independencia, la de la libertad americana, cuyo sentimiento inocularon profundamente en el corazón de los pueblos y ejércitos que dirigieron.

San Martín en las provincias de Cuyo, y Belgrano en las del norte, levantando el espíritu público en ellas, conquistando el amor y la confianza de las poblaciones, consiguiendo que los ciudadanos acudiesen voluntariamente y con entusiasmo a sus banderas, dispuestos a la lucha y al sacrificio, haciendo concurrir hasta a las mujeres a la defensa de la causa común, prueban que tanto el uno como el otro eran verdaderos hombres de revolución, que si bien no se cuidaban de *encabezar partidos*, sabían cómo se mueve a las democracias *encabezando una causa popular*.

El general Belgrano, recibiendo el mando de un ejército desorganizado después de dos derrotas, haciendo la guerra en medio de pueblos decaídos o descontentos en parte, como lo hemos probado ya, obteniendo una victoria en una retirada desigual, haciendo por último pie firme en Tucumán, llevando a su población al campo de batalla, y predisponiendo a la provincia de Salta a hacer los sacrificios más sublimes de que es capaz el patriotismo, nos enseña cómo los verdaderos demócratas encabezan, no los partidos, sino los grandes movimientos de la opinión que deciden del destino de los pueblos.

Bartolomé Mitre.

Florencio Varela

La rectitud y la bondad formaban el fondo del carácter de Varela.

Tenía por su anciana madre una veneración ejemplar. Cuando hablaba de ella delante de sus hijos, se advertía el empeño que

ponía en hacer que éstos participasen del respeto y del amor que él le profesaba. Lo mismo era para con sus hermanos. En su boca solamente había elogios para los suyos. De este modo cimentaba la unión estrecha y la moralidad intachable que siempre ha distinguido a su familia.

Amaba a sus amigos tanto como a sus hermanos; y sus amigos eran muchos. Los tiene dondequiera que haya estado en contacto con sus semejantes; tanto en su patria como aquí; lo mismo en el Brasil, como en Inglaterra y en Francia. Era realmente imposible acercarse a este hombre, siempre afable, sin amarle. Ameno en su trato, prudente en sus consejos, civil con todo el mundo, nadie se separó de su lado sin estimarle. Si su asesino hubiese hablado diez minutos con él, no habría tenido valor para herirle. Si le hubiese tratado un día, no habría podido ser su enemigo.

Poseía en alto grado el talento de la conversación, y era preciso que su interlocutor le causara mucho tedio, para que el diálogo no se mantuviese animado y siempre sostenido por él.

La patria era el ídolo de su corazón; pensaba en ella todos los días y en todas las horas. Toda su esperanza era volver a ella con sus hijos; todo su deseo servirla, con sus talentos y sus luces. Hojeando los apuntes de sus viajes a Inglaterra, se encuentra a cada paso, que si quería ver y aprender, era con la mira de importar a su país, o de contribuir con sus consejos a que en él se importaran los progresos de todo género que presenciaba en aquellos grandes centros de la civilización.

Se engañaría mucho aquel que pensase que Varela abrigaba ideas de ambición política. Deseaba mucho volver a su país, deseaba serle útil, pero no gobernar. Mil veces le hemos oído formar sus proyectos para entonces, y todos se reducían a tener una casita, sobre todo en el campo, con las comodidades necesarias, una imprenta para sostenerse con el producto de su trabajo y de su inteligencia, y el tiempo necesario para realizar su proyecto favorito: la composición de una historia completa de la revolución sudamericana. Creemos que sus conciudadanos le habrían forzado a tomar parte en las cargas públicas; pero, ciertos estamos de que si algún empleo hubiera aceptado voluntariamente, sólo habría sido de representar a su país en el exterior.

La integridad y la rectitud de su carácter eran de todos conocidas. Era sabido que en su estudio de abogado sólo se defendía la justicia, y los clientes de Varela llevaban por su parte la ventaja de que la conciencia pública estaría prevenida en su favor desde

que Varela les defendía. Nunca puso en conflicto a sus clientes por exigencias de dinero.

Su moralidad sin tacha estaba a la vista de todos; y su evidencia misma nos ahorra de detenernos en este punto.

Los desengaños que iba adquiriendo y la experiencia de la revolución le habían hecho volver los ojos a la juventud que cultivaba el espíritu, y esperar en ella. La siguiente carta, que conservamos como una reliquia preciosa, muestra sus sentimientos respecto a la generación que venía tras él:

"No puedo conceder a usted los dictados que me da: pero de cierto, Luis, amo con pasión, con el ardor de la esperanza, a la juventud estudiosa y *moral*; me gusta fomentarla, ayudarla, cuanto puedo, por inclinación de mi corazón y por deber de patriotismo: porque tengo en esa juventud más fe que la que tiene ella misma. Nada, nada, ni mis infortunios personales, ni la pérdida de mis años y de mi salud en el destierro, me duele tan hondamente, en el naufragio de nuestra patria, como ver errante, sin centro de unión, sin aplicación inmediata, a esa juventud llena de vida, que tal vez la malgasta, como yo, en el suelo del extranjero. Créame usted, Luis, busco la sociedad de ustedes porque *nada* después de los cariños domésticos me desarruga la frente y me desanubla el espíritu, como la sociedad de los jóvenes que encuentro puros de corrupción y de infamia, en la época en que todo se corrompió; y entregados al estudio, cuando todos escarnecen al que desea ilustrarse. Mayo 26 de 1841".

Florencio tenía un alma muy noble; con facilidad se elevaba a la altura del entusiasmo. Los actos de valor, de virtud, de heroísmo, hacían vibrar su corazón y llenarse de lágrimas sus ojos. No creyó encontrar, en las personas que se le acercaban, defectos ni malas inclinaciones. Acogía a todo el mundo con la mayor franqueza; de nadie desconfiaba nunca. Nada era, por consiguiente, más fácil que hacerle caer en una celada.

Varela era muy festivo en su trato familiar. Reía mucho, y le gustaba que todos los que lo rodeaban fuesen de humor alegre. Todo hombre chistoso y decidior le caía en gracia.

En el interior de su familia, pasaba horas enteras jugando con sus hijitos, materialmente como un niño.

Eso no impedía que fuese en extremo grave, siempre que las circunstancias lo requirían.

Era fiel a su palabra; muy reservado, e impenetrable para guardar un secreto. A estas cualidades propias de un hombre na-

cido para los negocios públicos, se agregaba el dominio de sí mismo y la facilidad con que sabía disimular sus impresiones.

Aunque su diario no representaba las opiniones de un círculo, Varela oía las opiniones de sus amigos, las pedía a algunos de ellos y las adoptaba. Hacía esto, sobre todo, en las circunstancias delicadas; pero es preciso decir que cuando leía sus artículos a sus amigos, siempre obtenía la unánime aprobación de ellos.

Luis L. Domínguez.

Santos Vega

(FRAGMENTOS)

Pues, sí, señor; el trabajo
de campo en que sobresalen
en *agilidad* y destreza
los gauchos de estos parajes
es la yerra, en donde suelen
hacer cosas *admirables*,
luciendo allí con primor
su saber el paisanaje.

¡Eh, pucha! si es un encanto
ver los diferentes lances
de *prontitú*, de fijeza,
de fuerzas y de coraje
con que el mozo *pialador*
suele en la playa *floriarse*;
y el tino y la inteligencia
con que saben, al instante,
unos a otros muchas veces
en un peligro auxiliarse.

¡Que vengan facultativos
en *cencias*, de todas clases
los más profundos! ¡Qué vengan
de *Uropa* y otras ciudades
esos *leídos y escritos*,
y en ancas nuestros manates
puebleros! — no digo todos,

pues todos no son iguales:
hablo tan sólo de aquéllos
tan fantásticos, que no hacen
caso de un pobre paisano,
sin duda porque no sabe
como ellos, cuándo la luna
de un vuelco debe empacarse
frente al sol y hacer un *chise*;
es decir, que nos ataje
la luz del sol y en tinieblas
ponga el campo a media tarde.

Y eso ¿qué tiene de raro?
cualquier triste gaucho sabe
que esa *oscuridá* resulta
de una sombra semejante
a la que (pongo por caso)
dentro de un rancho se le hace,
cuando es preciso, a un enfermo,
sólo con atravesarle
un cuero o cualquier *carona*
por entre el candil y el catre.

Pues bien; los sabios que explican
la causa de tales casos
y que por esa razón
piensan que todo lo saben,
ya que son tan entendidos,
que vengan a estos parajes
y todas nuestras costumbres
las miren bien y las palpen,
y luego que nos expliquen
de corrido, sin turbarse,
las ciencias de nuestras *bolás*
y el poder de nuestros *piales*,
para con un tiro a tiempo
postrar a un toro indomable.

Que vengan, vuelvo a decir,
de todos los *gamonales*,
y *miente* el más vanidoso
y llegue sin escaldarse

a estos campos de un galope,
y acá, entre los pajonales,
en una noche nublada
y oscura, después de darles
un par de *gieltas* a pie,
que conteste o que señale,
a qué rumbo se entra el sol
o el lado por donde nace...
¡Y que acertaba! ¡*Nunquital*!
siendo una cosa tan fácil,
como que cualquier paisano
tan sólo con agacharse
y medio tantear las pajas
secarronas, luego sabe
que cuando las tuesta el sol,
siempre *cain* al marchitarse
con las puntas al Naciente,
y no hay cómo equivocarse.

Además, a esos engreídos
también quiero preguntarles:
¿Por qué razón un bagual
soberbio, *alzao*, indomable,
cuando lo *bolea* un *gaucho*
desde el punto que lo agarre
y le *duele* las orejas
para adentro, y se las ate
de firme con unas cerdas
que de la cola le arranque,
el animal más *bellaco*
en peto deja montarse,
y el jinete lo endereza
como oveja a cualquier parte?

Sin embargo, en otras *cencias*
hay hombres interminables
en cacumen y saber
y es preciso tributarles
todo el respeto debido
por lo que enseñan y saben.

Hilario Ascasubi.

San Martín y Bolívar

Los guerreros más notables de la América moderna española, Bolívar y San Martín, sólo se tocan por los propósitos de su carrera y por la gloria que les cupo en la lucha de la independencia. Como hombres, son más bien dos contrastes que dos analogías. Caracteres encontrados, talentos de temple desigual, naturalezas subordinadas a diversos impulsos, se colocaron una vez uno frente al otro, y al darse los abrazos como hermanos en la victoria, se repelieron, advirtiendo que no pertenecían a la misma familia, según las leyes que la naturaleza ha establecido para eslabonar por la simpatía a los seres inteligentes.

El uno anhelaba, sediento de ruido y esplendor, a subordinarlo todo a su personalidad y a su fama. Esforzábale el otro por hacer impersonales sus proezas, y esquivaba sus sienes a los laureles mejor merecidos.

El uno escala el Chimborazo para que resuene más desde la altura su *Delirio*; el otro, silencioso como un cometa, describe su curva sobre las cumbres de los Andes, deseoso de no ser sentido. El uno vence, destruye, aniquila impaciente; el otro economiza la sangre y las cosas, crea y administra.

Bolívar es el vengador exasperado por los excesos de la guerra a muerte; San Martín el realizador con la espada de los severos principios de los pensadores de Mayo. El primero resucita un mundo para darle su nombre; el segundo redime a los pueblos de su servidumbre para que la gran patria americana cuente con ciudadanos y no con esclavos.

El sol que calentó la cuna de San Martín es tibio en comparación del que ardió sobre la de Bolívar. Este nace opulento y mimado en una ciudad capital; aquél en la severa economía del hogar de un soldado, de una aldea sometida al régimen monacal de la célebre sociedad de Jesús.

El uno tiene por maestro y mentor a un visionario, cuya razón desgredada no conoce freno al apetito de las novedades; el otro se educa en un colegio austero, bajo la disciplina de un compás y la escuadra del geómetra.

El hijo de Caracas pasea su primera juventud por las plazas de las ruidosas cortes de la Europa extranjera; mientras el nativo de las Misiones gasta sus tiernos años en los campamentos de los ejércitos de un pueblo desgraciado, invadido por un usurpador injusto y que defiende su independencia a esfuerzos de patriotismo y virtud.

Ambos, al fin, son víctimas del ostracismo. San Martín se retempla y prolonga en él sus días por la resignación magnánima y la digna espera en la justicia futura; mientras que Bolívar, a semejanza del gran desventurado de la fábula, se deja devorar las entrañas por el buitре de la desesperación.

Juan María Gutiérrez.

Mariano Moreno

El nombre de D. Mariano Moreno estará para siempre ligado a los orígenes de nuestra independencia, como lo está en las concepciones humanas la idea a la forma, el hecho a las intenciones. Y cuando en las solemnidades patrias miramos brillar la imagen del sol en una de las facies de nuestra bandera, colocamos con el pensamiento, en la opuesta, la imagen de aquel ciudadano, porque él fué la luz de la revolución.

El concentró los instintos del pueblo en su cabeza, y depurándolos en tan vasto crisol, presentólos ante el mismo pueblo y ante el mundo, como su propósito grande y generoso.

Nuestra revolución nació serena como la aurora de un día hermoso, y dió sus primeros pasos conducida por la razón y el desprendimiento. Nuestros padres discutieron antes de obrar, y no omitieron el sacrificio de la sangre en el altar de la libertad que fundaban. En mayo de 1810, el resentimiento y la venganza se transformaron en heroísmo, en acción vigorosa la apatía colonial, en patriotismo la antigua fidelidad, los vasallos en señores de su destino, y brotaron como por encanto ejércitos, instituciones liberales, sentimientos de nacionalidad y todos los elementos que constituyen la patria.

Si un pueblo sacude su yugo antiguo con tanta dignidad, es porque se siente fuerte en la justicia de su resolución, porque la virtud, que es la fuerza por excelencia, le preside en sus actos.

Esa fuerza y esa virtud tuvieron por fortuna su representante en D. Mariano Moreno, miembro del primer Gobierno revolucionario.

Comenzó a desempeñar sus delicadas funciones a la edad de treinta años con toda la precoz madurez de sus aventajadas facultades. Briosos de carácter, elocuente, avezado a las luchas de la lógica y del derecho en las discusiones forenses, reunía en su persona otras cualidades que le hacían simpático y popular. Brillaba

en su abierta fisonomía la iluminación del genio, y la rica sangre de la juventud circulaba en su rostro, bajo una tez blanca y transparente, como la savia de una planta lozana.

Este atleta bajó a la arena en toda la plenitud de sus fuerzas, acendradas en la austeridad del hogar y de los estudios serios. Hijo excelente, padre afectuoso, agradecido discípulo, unía, a una virginidad de sentimientos a la antigua, el atrevimiento y la audacia que inspiran las ideas que son la gloria de los tiempos modernos.

Su personalidad se eclipsa dentro de su idea, como el núcleo de un cometa en su atmósfera luminosa. La posteridad y la historia, no él, le colocan entre los primeros hombres de la Independencia, y le conceden su papel principal de revelación y de iniciativa en el drama de la revolución. No aspira a mandar, sino a dirigir. Piensa recta y generosamente para que el pueblo pueda gobernarse a sí propio con acierto. Quiere como borrar hasta los nombres propios de los mandatarios, para que la autoridad que preside los nuevos destinos de la patria se sienta como influencia benéfica, y no se palpe como cosa natural, aspirando a dotarla, en su noble exaltación democrática, con los atributos de una entidad soberana.

Moreno no tenía confianza sino en las fuerzas morales, y quiso traerlas al Gobierno y darlas al pueblo como palanca para remover los obstáculos que la marcha de la revolución iba a encontrar en su camino.

Y como entre aquellas fuerzas, la más poderosa es la prensa (instrumento hasta entonces vedado a los hijos de la colonia para ventilar las cuestiones políticas y los intereses sociales), el secretario de la Junta se constituyó voluntariamente en redactor de *La Gaceta*, colocando al frente de sus escritos uno de aquellos magníficos arranques de amor a la libertad que son tan frecuentes en las inmortales páginas de Tácito. Este periódico nació con el nuevo régimen, proclamando los tiempos "en que era dado pensar y manifestar sin trabas el pensamiento".

La prensa se hizo desde entonces militante y popular. Los anteriores ensayos periodísticos se arrastraban tímidos por la senda de la erudición, y apenas si una que otra chispa se derrama a favor de los intereses públicos. Los talentos y el patriotismo de Vieytes y de Belgrano no habían conseguido interesar al pueblo en la contemplación de su propio destino, y los tipos de nuestra única imprenta aparecían yertos sobre el papel como el metal de que estaban fundidos.

La Gaceta demolía y creaba al mismo tiempo. Fué el ariete asestado contra las murallas de la tiranía retrógrada del virreinato.

y la fuerza que levanta sobre el cimiento de la libertad al pueblo que surgía del seno de los Cabildos abiertos. ¡Qué hermosa era la patria que pintaba la pluma del ilustre redactor! ¡Cuán orgulloso se sentía todo argentino al reconocerse hijo de esa patria y árbitro de fraguarse su propia felicidad, ejerciendo derechos que antes no había comprendido!

La ciencia de la política amaneció entre nosotros y se popularizaron sus aplicaciones. Súpose entonces lo que era una sociedad entregada a sí misma y libre del freno pesado y de las riendas mezquinas manejadas por un elegido de la casualidad desde las remotas orillas del Manzanares. Discutiéronse las diversas formas de gobierno a que pueden someterse los hombres en sociedad; y las provincias, convocadas por primera vez a un Congreso, vieron con sorpresa que los habitantes podían dignificarse hasta el punto de dar fuerza de ley a aquellas aspiraciones más en consonancia con sus intereses y bienestar.

Bajo el influjo de tan hábil piloto, la revolución no podía naufragar. El rumbo estaba dado a la mejor estrella, y por muchos desvíos que hubiera de experimentar la nave de la República, tenía jorzosamente que llegar a la democracia.

Esta fué la obra de D. Mariano Moreno. El pueblo había conseguido su independencia; pero aquel gran patriota le preparó el porvenir americano que es hoy su modo de ser definitivo.

Juan María Gutiérrez.

El alma del payador

Cuando la tarde se inclina
Sollozando al occidente,
Corre una sombra doliente
Sobre la pampa argentina.
Y cuando el sol ilumina
Con luz brillante y serena
Del ancho campo la escena,
La melancólica sombra
Huye besando su alfombra
Con el afán de la pena.

Cuentan los criollos del suelo
Que en tibia noche de luna,

En solitaria laguna,
Para la sombra su vuelo;
Que allí se ensancha, y un velo
Va sobre el agua formando,
Mientras se goza escuchando
Por singular beneficio
El incensante bullicio
Que hacen las olas rodando.

Dicen que, en noche nublada,
Si su guitarra algún mozo
En el crucero del pozo
Deja de intento colgada,
Llega la sombra callada
Y, al envolverla en su manto,
Suena el preludio de un canto
Entre las cuerdas dormidas,
Cuerdas que vibran heridas
Como por gotas de llanto.

Cuentan, que, en noches de aquellas
En que la pampa se abisma
En la extensión de sí misma
Sin su corona de estrellas,
Sobre las lomas más bellas,
Donde hay más trébol risueño,
Luce una antorcha sin dueño
Entre una niebla indecisa,
Para que temple la brisa
Las blancas alas del sueño.

Mas, si troncado el desmayo
En tempestad de su seno,
Estalla el cóncavo trueno,
Que es la palabra del rayo,
Hierde al ombú de soslayo
Rojiza sierpe de llamas,
Que, calcinando sus ramas,
Serpentea, corre y asciende,
Y en la alta copa desprende
Brillante lluvia de escamas.

Cuando en las siestas de estío,
Las brillazones remedan
Vastos oleajes que ruedan
Sobre fantástico río;
Mudo abismado y sombrío,
Baja un jinete la falda
Tinta de verde esmeralda,
Llega a las márgenes solas...
¡Y hunde su potro en las olas,
Con la guitarra a la espalda!

Si entonces cruza a lo lejos,
Galopando sobre el llano
Solitario algún paisano,
Viendo al otro en los reflejos
De aquel abismo de espejos,
Siente indecibles quebrantos,
Y, alzando en vez de sus cantos
Una oración de ternura,
Al persignarse murmura:
“¡El alma del viejo Santos!”

Yo, que en la tierra he nacido
Donde ese genio ha cantado,
Y el pampero he respirado
Que al payador ha nutrido,
Beso este suelo querido
Que a mis caricias se entrega,
Mientras de orgullo me anega,
La convicción de que es mía
La patria de Echeverría,
La tierra de Santos Vega!

Rafael Obligado.

Juvenilla

“Me invade en este momento el recuerdo fresco y vivo de los primeros días pasados entre los oscuros y helados claustros del antiguo convento”.

Debía entrar en el Colegio Nacional tres meses después de la muerte de mi padre; la tristeza del hogar, el espectáculo constante del duelo, el llanto silencioso de mi madre, me hicieron desear abre-

viar el plazo, y yo mismo pedí ingresar tan pronto como se celebraran los funerales.

El Colegio Nacional acababa de fundarse sobre el antiguo Seminario, con una nueva organización de estudios, en la que el Dr. Eduardo Costa, ministro entonces de Instrucción Pública, bajo la presidencia del general Mitre, había tomado una parte inteligente y activa. Sin embargo, el establecimiento que quedaba bajo la dirección del doctor Agüero, se resentía aún de las trabas de la enseñanza escolástica y sólo fué más tarde, cuando M. Jacques se puso a su frente, que alcanzó el desenvolvimiento y el espíritu liberal que habían concebido el Congreso y el P. E.

Me invade en este momento el recuerdo fresco y vivo de los primeros días pasados entre los oscuros y helados claustros del antiguo convento. No conocía a nadie y notaba en mis compañeros, aguerridos ya a la vida de reclusión, el sordo antagonismo contra el *nuevo*, la observación constante de que era objeto y me parecía sentir fraguarse contra mi triste individuo los mil complots que, entre nosotros, por el suave genio de la raza, sólo se traducen en bromas más o menos pesadas, pero que en los seculares colegios de Oxford y de Cambridge alcanzan a brutalidades inauditas, a vejámenes, a servidumbres y martirios. Me habría encontrado, no obstante, muy feliz con mi suerte, si hubiera conocido entonces el "Tom Jones" de Fielding. Silencioso y triste, me ocultaba en los rincones para llorar a solas, recordando el hogar, el cariño de mi madre, mi independencia, la buena comida y el dulce sueño de la mañana. Durante los cinco años que pasé en esa prisión, aun después de haber hecho allí mi nido y haberme connaturalizado con la monotonía de aquella vida, sólo dos puntos negros persistieron para mí: el despertar y la comida. A las cinco en verano, a las seis en invierno, infalible, fatal, como la marcha de un astro, la maldita campana empezaba a sonar. Era necesario dejar la cama, tiritando de frío casi siempre, soñolientos, irascibles, para ir a formarnos en fila en un claustro largo y glacial. Allí rezábamos un "Padre Nuestro" para pasar en seguida al claustro de los lavatorios.

¡Cuántas conspiraciones, cuántas tramas, qué gasto de ingenio y fuerza hicimos para luchar contra la fatalidad, encarnada a nuestros ojos en el portero, colgado de la cuerda maldecida! Aquella cuerda tenía más nudos que la que en el gimnasio empleábamos para trepar a pulso. La cortábamos a veces hasta la raíz del pelo, como decíamos, junto al badajo, encaramándonos hasta la campana, con ayuda de la parra y las rejas, a riesgo de matarnos de un golpe. Muy a menudo, la expectativa nos hacía despertar

por la mañana antes de la hora reglamentaria. De pronto oíamos una campana de mano, áspera, estridente, manejada con violencia por el brazo irritado del portero, eterno *préposéé* a las composuras de la cuerda. Se venía entrando a todos los dormitorios y sacudiendo su infernal instrumento en los oídos de sus enemigos personales, entre los cuales tenía el honor de contarme.

Atrasar el reloj era inútil, por dos razones tristemente conocidas: la primera, la proximidad del Cabildo, que escapaba a nuestra influencia; la segunda, el *tachómetro* de plata del portero que, bien remontado, velaba fielmente bajo su almohada. Algunas noches de invierno, la desesperación nos volvía feroces y el ilustre cerbero amanecía no sólo maniatado, sino un tanto rojiza la faz, a causa de la dificultad para respirar a través de un aparato, rigurosamente aplicado sobre su boca y cuya construcción, bajo el nombre de "pera de angustia", nos había enseñado Alejandro Dumas en sus "Veinte años después", al narrar la evasión del Duque de Beaufort del Castillo de Vincennes. Todo era efímero, todo inútil, hasta que estuve a punto de inmortalizarme, descubriendo un aparato sencillo, pero cuyo éxito, si bien pasajero, respondió a mis esperanzas.

En una escapada vi una carreta de bueyes que entraba al mercado: debajo del eje colgaba un cuero, como una bolsa ahuecada, amarrado de las cuatro puntas; dentro dormía un niño. Fué para mí un rayo de luz. la manzana de Newton, la lámpara de Galileo, la marmita de Papin, la rana de Volta, la tabla de Rosette de Champollion, la hoja enroscada de Calímaco. El problema estaba resuelto; esa misma noche tomé el más fuerte de mis cobertores, una de esas pesadas cobijas tucumanas que sofocan sin abrigar, la amarré debajo de mi cama, de las cuatro puntas, y cubriendo el artificio con los anchos pliegues de mi colcha, esperé la mañana. Así que sonó la campana, me sumergí en la profundidad y allí, acurrucado, inmóvil e incómodo, desafié impunemente la visita del celador, que, viendo mi lecho vacío, siguió adelante. Me preguntaréis quizá qué beneficio positivo reportaba, puesto que, de todas maneras, tenía que despertarme. Respondo, con lástima, que el que tal pregunta hiciera, ignoraría estos dos supremos placeres de todos los tiempos y de todas las edades: el amodorramiento matinal y la contravención.

Mi invención cundió rápidamente y al quinto día, al primer toque, las camas quedaron todas vacías. El celador entró: vió el cuadro, quedó inmóvil, llevó un dedo a la sien y después de cinco minutos de grave meditación, se dirigió a una cama, alzó la colcha y sonrió con ferocidad. ¡Era la mía!

Miguel Cané.

El nido de cóndores

I

¡En la negra tiniebla se destaca,
Como un brazo extendido hacia el vacío
Para imponer silencio a sus rumores
Un peñasco sombrío!

Blanda venda de nieve lo circunda,
De nieve que gotea
Como la negra sangre de una herida
Abierta en la pelea.

¡Todo es silencio en torno! Hasta las nubes
Van pasando calladas,
Como tropas de espectros que dispersan
Las ráfagas heladas.

¡Todo es silencio en torno! ¡Pero hay algo
En el peñasco mismo,
Que se mueve y palpita cual si fuera
El corazón enfermo del abismo!

Es un nido de cóndores, colgado
De su cuello gigante,
Que el viento de las cumbres balancea
Como un pendón flotante.

¡Es un nido de cóndores andinos,
En cuyo negro seno
Parece que fermentan las borrascas,
Y que dormita el trueno!

Aquella negra masa se estremece
Con inquietud extraña:
¡Es que sueña con algo que lo agita
El viejo morador de la montaña!

No sueña con el valle ni la sierra,
De encantadoras galas;
Ni menos con la espuma del torrente
Que humedeció sus alas.

¡No sueña con el pico inaccesible
Que en la noche se inflama
Despeñando por riscos y quebradas
Sus témpanos de llama!

¡No sueña con la nube voladora
Que pasó en la mañana
Arrastrando en los campos del espacio
Su túnica de grana!

¡Muchas nubes pasaron a su vista,
Holló muchos volcanes,
Su plumaje mojaron y rizaron
Torrentes y huracanes!

Es algo más querido lo que causa
Su agitación extraña:
¡Un recuerdo que bulle en la cabeza
Del viejo morador de la montaña!

En la tarde anterior, cuando volvía
Vencedor inclemente,
Trayendo los despojos palpitantes
En la garra potente,

Bajaban dos viajeros presurosos
La rápida ladera:
Un niño y un anciano de alta talla
Y blanca cabellera.

Hablaban en voz alta, y el anciano
Con acento vibrante,
"Vendrá, exclamaba, el héroe predilecto
De esta cumbre gigante".

El cóndor, al oírlo, batió el vuelo,
Lanzó ronco graznido,
Y fué a posar el ala fatigada
Sobre el desierto nido.

¡Inquieto, tembloroso, como herido
De fúnebre congoja,
Pasó la noche, y sorprendiólo el alba
Con su pupila roja!

II

Enjambres de recuerdos punzadores
Pasaban en tropel por su memoria,
Recuerdo de otro tiempo de esplendores,
De otro tiempo de gloria,
En que era breve espacio a su ardimiento
La anchurosa región del vago viento.

Blanco el cuello y el ala reluciente,
Iba en pos de la niebla fugitiva,
Dando caza a las nubes en oriente;
O con mirada altiva
En la garra pujante se apoyaba,
¡Cual se apoya un titán sobre su clava!

Una mañana ¡inolvidable día!
Ya iba a soltar el vuelo soberano
Para surcar la inmensidad sombría
Y descender al llano,
A celebrar con ansia convulsiva
Su sangriento festín de carne viva,

Cuando sintió un rumor nunca escuchado
En las ondas gargantas de occidente;
El rumor del torrente desatado,
La cólera rugiente
Del volcán que en horrible paroxismo
Se revuelca en el fondo del abismo.

Choque de armas y cánticos de guerra
Resonaron después. Relincho agudo
Lanzó el corcel de la argentina tierra
Desde el peñasco mudo;
¡Y vibraron los bélicos clarines,
Del Ande gigantesco en los confines!

Crecida muchedumbre se agolpaba
Cual las ondas del mar en sus linderos;
Infantes y jinetes avanzaban
Desnudos los aceros,
Y atónita al sentirlos la montaña,
¡Bajó la frente y desgarró su entraña!

¿Dónde van? ¿Dónde van? ¡Dios los empuja!
Amor de patria y libertad los guía:
¡Donde más fuerte la tormenta ruja,
 Donde la onda bravia
Más ruda azote el piélago profundo,
Van a morir o libertar un mundo!

III

Pensativo a su frente, cual si fuera,
En muda discusión con el destino,
Iba el héroe inmortal que en la ribera
 Del gran río argentino
Al león hispano asió de la melena
Y lo arrastró por la sangrienta arena.

El cóndor lo miró, voló del Ande
A la cresta más alta repitiendo,
Con estridente grito: ¡Este es el grande!
 Y San Martín, oyendo,
Cual si fuera el presagio de la historia,
Dijo a su vez: ¡mirad! ¡Esa es mi gloria!

IV

Siempre batiendo el ala silbadora,
Cabalgando en las nubes y en los vientos,
Lo halló la noche y sorprendió la aurora;
 ¡Y a sus roncós acentos,
Tembló de espanto el español sereno
En los umbrales del hogar ajeno!

Un día... se detuvo; había sentido
El estridor de la feroz pelea:
Viento de tempestad llevó a su oído
 Rugidos de marea;
¡Y descendió a la cumbre de una sierra,
La corva garra abierta, en son de guerra!

Porfiada era la lid; por las laderas
Bajaban los bizarros batallones,

Y penachos, espadas y cimera,
Cureñas y cañones,
Como heridos de un vértigo tremendo,
En la cima fatal iban cayendo.

¡Porfiada era la lid! En la humareda,
La enseña de los libres ondeaba
Acariciada por la brisa leda
Que sus pliegues hinchaba:
¡Y al fin entre relámpagos de gloria,
Vino a alzarla en sus brazos la victoria!

Lanzó el cóndor un grito de alegría,
Grito inmenso de júbilo salvaje;
Y desplegando en la extensión vacía
Su vistoso plumaje,
Fué esparciendo por sierras y por llanos
Jirones de estandartes castellanos.

V

¡Desde entonces, jinete del vacío,
Cabalgando en nublados y huracanes,
En la cumbre, en el páramo sombrío,
Tras hielos y volcanes,
Fué siguiendo los vívidos fulgores
De la bandera azul de sus amores!

La vió al borde del mar, que se empinaba
Para verla pasar, y que en la lira
De bronce de sus olas entonaba,
Como un grito de ira
El himno con que rompe las cadenas
De su cárcel de rocas y de arenas.

La vió en Maipó, en Junín y hasta en aquella
Noche de maldición, noche de duelo,
En que desapareció como una estrella
Tras las nubes del cielo;
¡Y al compás de sus lúgubres graznidos
Fué sembrando el espanto en los dormidos!

¡Siempre tras ella, siempre! hasta que un día
La luz de un nuevo sol alumbró al mundo:
¡El sol de libertad que aparecía
Tras nublado profundo,
Y envuelto en su magnífica vislumbre
Tornó soberbio a la nativa cumbre!

VI

¡Cuántos recuerdos despertó el viajero
En el calvo señor de la montaña!
Por eso se agitaba entre su nido
Con inquietud extraña;
¡Y al beso de la luz del sol naciente
Volvió otra vez a sacudir las alas
Y a perderse en las nubes del oriente!

¿Adónde va? ¿Qué vértigo lo lleva?
¿Qué engañosa visión nubla sus ojos?
¡Va a esperar del Atlántico en la orilla
Los sagrados despojos
De aquel gran vencedor de vencedores,
A cuyo solo nombre se postraban
Tiranos y opresores!

¡Va a posarse en la cresta de una roca.
Batida por las ondas y los vientos,
ALLÁ, DONDE SE QUEJA LA RIBERA
CON AMARGO LAMENTO,
PORQUE SINTIÓ PASAR PLANTA EXTRANJERA
Y NO SINTIÓ TRONAR EL ESCARMIENTO!

¡Y allá estará! cuando la nave asome
Portadora del héroe y de la gloria,
Cuando el mar patagón alce a su paso
Los himnos de victoria,
Volverá a saludarlo como un día
En la cumbre del Ande,
Para decir al mundo: ¡Este es el grande!

Clegario V. Andrade.

Güemes

Güemes, perteneciente a una notable familia de Salta, se presenta él mismo en sus actos, en sus documentos públicos, en su correspondencia confidencial, como lo que es, como un caudillo político y militar. Este es el rasgo prominente y verdaderamente original de su fisonomía, y es el único digno de llamar la atención, sea que se le admire, sea que se le condene, porque como caudillo, fué grande, combatiendo por la causa común, y como caudillo, fué funesto, contribuyendo a la desorganización política y social.

Quítese a Güemes el carácter de caudillo, y Güemes no es nada, o es, cuando más, una pálida fisonomía militar, que nada de extraordinario tendría en sí misma si los hechos que ejecuta o promueve no fuesen la consecuencia de la táctica, del prestigio, de los medios de acción de caudillo representante de las masas populares, fanatizadas por la doble pasión de la independencia y de la ciega adhesión a su persona, dispuestas igualmente, a un gesto suyo, a esgrimir sus armas, ya contra el enemigo común, ya contra la sociedad.

Bórrese del retrato histórico de Güemes el nombre de caudillo, y Güemes, o no será nada como militar, o será, cuando más, el activo jefe de una vanguardia hostilizando a un enemigo que, invadiendo un país accidentado y cuya opinión le es contraria, viendo cortados los recursos por la resistencia de la población en masa, se ve al fin obligado a retirarse después de una serie de guerrillas y combates, lo que, si bien es meritorio, no sería por sí solo una cosa extraordinaria cuando a la retirada de ese enemigo concurrieron poderosas causas más o menos inmediatas.

Quitarle ese título, como el de *gaucho*, que él hizo glorioso y fué su nombre de guerra, es despojarle de la agreste corona que sus heroicos compañeros, aquellos hijos de la naturaleza a quienes él llamaba *mis gauchos*, colocaron sobre sus sienes en los bosques y valles de Salta, cuando le apellidaron *el padre de los pobres*; sería borrar uno de los rasgos característicos y propios de la resistencia popular que hizo el caudillo desde 1817 a 1821.

Güemes era, pues, un verdadero caudillo, bajo cualquier faz que se le considere; así lo califican los contemporáneos que lo conocieron, así lo pintan sus admiradores, así lo aclamaron sus partidarios y así se retrata él mismo.

Bartolomé Mitre.

El Ombú

Cada comarca en la tierra
Tiene un rasgo prominente:
El Brasil su sol ardiente,
Minas de plata el Perú,
Montevideo su Cerro,
Buenos Aires, patria hermosa,
Tiene su pampa grandiosa;
La pampa tiene el ombú.

Esa llanura extendida,
Inmenso piélago verde,
Donde la vista se pierde,
Sin tener donde posar,
Es la pampa misteriosa
Todavía para el hombre,
Que a una raza da su nombre
Que nadie pudo domar.

No tiene grandes raudales
Que fecunden sus entrañas,
Pero lagos y espadañas
Inundan toda su faz;
Que dan paja para el rancho,
Para el vestido dan pieles,
Agua dan a los corceles
Y guarida a la torcaz.

Su gran manto de esmeralda
Esmalta modestas flores
De aromáticos olores
Y de risueño matiz.
El bibí, los macachines,
El trébol, la margarita
Mezclan su aroma exquisita
Sobre el lucido tapiz.

No tiene bosques frondosos
Ni hermosas aves en ellos:
Pero sí pájaros bellos,
Hijos de la soledad,

Que, siendo únicos testigos
Del que habita esas regiones,
Adivinan sus pasiones,
Y acompañan su orfandad.

Así, nuncio de la muerte
Es el cuervo o el carancho;
Si la peste amaga el rancho,
Sobre el techo el buho está;
Y meciéndose en las nubes
Y el desierto dominando,
Las horas está cantando
El vigilante chajá.

No hay allí bosques frondosos,
Pero alguna vez asoma
En la cumbre de una loma
Que se alcanza a divisar,
El ombú, solemne, aislado,
De gallarda, airosa planta,
Que a las nubes se levanta
Como faro de aquel mar.

¡El ombú! Ninguno sabe
En qué tiempo ni qué mano
En el centro de aquel llano
Su semilla derramó;
Mas su tronco tan nudoso,
Su corteza tan roída,
Bien indican que su vida
Cien inviernos resistió.

Al mirar cómo derrama
Su raíz sobre la tierra,
Y sus dientes allí entierra,
Y se afirma con afán,
Parece que alguien le dijo
Cuando se alzaba altanero:
Ten cuidado del pampero,
Que es tremendo su huracán.

Pues en medio del desierto,
El ombú, como un amigo,

Presta a todos el abrigo
De sus ramas con amor:
Hace techo de sus hojas
Que no filtra el aguacero,
Y a su sombra el sol de enero
Templa el rayo abrasador.

Cual museo de la pampa
Muchas razas él cobija;
La rastrera lagartija
Hace cuevas a su pie:
Todo pájaro hace nido
Del gigante en la cabeza;
Y un enjambre en su corteza
De insectos varios se ve.

Y al teñir la aurora el cielo
De rubí, topacio y oro,
De allí sube a Dios el coro
Que le entona al despertar
Esa pampa, misteriosa
Todavía para el hombre
Que a una raza da su nombre
Que nadie pudo domar.

Desde esa turba salvaje
Que en las llanuras se oculta
Hasta la porción más culta
De la humana sociedad,
Como un linde está la pampa
Sus dominios dividiendo
Que va el bárbaro cediendo
Palmo a palmo a la ciudad.

Y el rasgo más prominente
De esa tierra donde mora
El salvaje que no adora
Otro dios que el *Gualichú*
Que en *chamal* y poncho envuelto
Con los *laques* en la mano
Va sembrando por el llano
Mudo horror, es el ombú.

¡Cuánta escena vió en silencio,
Cuántas voces ha escuchado
Que en sus hojas ha guardado
Con eterna lealtad!
El estrépito de guerra
Su quietud ha interrumpido:
A su pie se ha combatido
Por amor y libertad.

En su tronco se leen cifras
Grabadas con el cuchillo
Quizá por algún caudillo
Que a los indios venció allí;
Por uno de esos valientes
Dignos de fama y de gloria,
Y que no dejan memoria
Porque nacieron aquí.

A su sombra melancólica
En una noche serena,
Amorosa cantilena
Tal vez un gaucho cantó:
Y tan tierna su guitarra
Acompañó sus congojas,
Que el ombú de entre sus hojas
Tomó rocío y lloró.

Sobre su tronco sentado
El señor de aquella tierra
De su ganado la hierra
Presencia alegre tal vez;
O tomando el *matecito*
Bajo sus ramos frondosos
Pone en paz a dos esposos,
O en las carreras es juez.

A su pie trazan sus planes,
Haciendo círculo al fuego,
Los que van a salir luego
A correr el avestruz...
Y quizá para recuerdo
De que allí murió cristiano.

Levantó piadosa mano
Bajo su copa una cruz.

Y si en pos de amarga ausencia
Vuelve el gaucho a su partido,
Echa penas al olvido
Cuando alcanza a divisar
El ombú, solemne, aislado,
De gallarda, airosa planta,
Que a las nubes se levanta
Como faro de aquel mar.

Luis L. Domínguez.

Paso de los Andes — Chacabuco

Pronto puso San Martín al ejército en estado de comenzar una campaña que ya no podía envolverse en el misterio. En la necesidad de preparar el campo para las operaciones bien meditadas de antemano, fomentó sublevaciones de patriotas al otro lado de las cordilleras, que distrajeron la atención de las autoridades españolas, al mismo tiempo que por medio de parlamentos con los indios del sud de Chile persuadió a las mismas autoridades a que, en caso de invadir, tomaría una ruta que estaba muy lejos de su verdadera intención.

El campamento de Mendoza tomó la actitud que debía tomar en realidad muy pronto al frente del enemigo. Desde la primera luz ya estaba San Martín en él: un tiro de cañón anunciaba la formación de todos los cuerpos y las maniobras militares durante todo el día, prolongándose a veces a la claridad de la luna.

Pero el ejército no podía aventurarse en los desfiladeros sin un reconocimiento formal practicado de antemano. San Martín que, ayudado del espíritu de la revolución, había sabido convertir en director de sus parques a un fraile franciscano, halló un hábil ingeniero de campaña entre los jóvenes capitanes de su artillería. Álvarez Condarco fué encargado del reconocimiento facultativo del camino de las cordilleras, disfrazado con el carácter de parlamentario, portador de una nota dirigida al presidente de Chile, contraída a noticiarle la declaración de la independencia Argentina proclamada por el Congreso de Tucumán. Puede calcularse la impresión que causaría a Marqués esta embajada, verdadero desafío

a su poder puesto en ridículo, mucho más cuando forzosamente tenía que disimular su enojo por temor de empeorar la suerte de sus compatriotas, prisioneros en el territorio de Cuyo.

Mientras se practicaba por aquel medio ingenioso el reconocimiento del tránsito, dividió San Martín el ejército en tres cuerpos principales, de los cuales él se reservó el mando de la reserva, confiando al Mayor General D. Miguel Estanislao Soler la vanguardia, y el centro al general O'Higgins. Zapiola, Crámer, Las Heras, Alvarado, Plaza, etc., eran los principales entre los valientes jefes que le acompañaban. La infantería ascendía al número de tres mil hombres, la caballería regular a seiscientos granaderos, la artillería, compuesta de diez cañones de seis, de dos obuses y de cuatro piezas de montaña, la servían trescientos hombres. Mil doscientos milicianos montados y algunos hombres destinados a conducir los víveres y forrajes y a despejar el terreno, aumentaban el número de estas fuerzas hasta componer un ejército de cinco mil y tantos soldados de las tres armas.

Los Andes argentinos se levantaban delante de esta expedición que llevaba la libertad a la falda que mira al océano Pacífico. Cumbres más elevadas que el Chimborazo, nieves perpetuas que se mantienen a la altura de cuatro mil metros, montañas de granito que se suceden unas a otras desnudas de toda vegetación, constituyen la naturaleza de esa cordillera, en cuyos valles angostos, en que serpentean los torrentes, no encuentra el viajero más que peligros. Estos valles, algunos de los cuales se prolongan con el nombre de quebradas, de un lado al otro, facilitan la comunicación entre nuestra República y la de Chile. El ejército se internó por dos de estas quebradas, la de los Patos y la de Uspallata, que corren próximamente paralelas entre sí. En el término de diez y ocho días y después de caminar al borde de los abismos más de ochenta leguas, comenzaron aquellos bravos a descender las primeras pendientes occidentales, y el 4 de febrero de 1817, reunidas las vanguardias de las divisiones invasoras, comenzaron a guerrillar al enemigo. Dos brillantes jóvenes de Buenos Aires, célebres más tarde en la gran guerra de la independencia, Necochea y Lavalle, tuvieron la principal parte en estos primeros encuentros. Los españoles, después de varios movimientos en diversas direcciones, que demostraban la sorpresa y el temor que les infundía el denuedo de los independientes, concentraron sus fuerzas al mando del general Maroto, al pie de la CUESTA DE CHACABUCO. Allí les fué a buscar San Martín el día 12 de febrero.

El ejército se previno desde la noche anterior, arrojando sus

equipajes y municionándose cada soldado con setenta cartuchos. A las dos de la madrugada del 12 comenzaron a moverse los patriotas, divididos en dos cuerpos: el uno a las órdenes de Soler, y el otro a las de O'Higgins. San Martín los seguía de cerca, rodeado de su Estado Mayor; a media legua de la cuesta donde se hallaba el enemigo, las divisiones comenzaron a operar, la una a la derecha y la otra a la izquierda. La acción se trabó poco después, y las cargas a la bayoneta dirigidas por el general O'Higgins, el empuje de los granaderos a caballo mandados por Zapiola y el concurso oportuno de Necochea, pusieron en completo desorden al enemigo y le obligaron a huir, dejando dueño del campo al general San Martín. La pérdida del enemigo se computó en 500 hombres muertos y 600 prisioneros. Poco después del mediodía estaban en poder de los vencedores todo el parque de los realistas, sus cañones, armamentos y el estandarte del batallón de Chiloé. Más tarde, y a consecuencia de esta victoria, se tomaron seis banderas más, tres de las cuales se conservan en la Catedral de Buenos Aires.

El vencedor de Chacabuco quedó inscripto desde el memorable 12 de febrero en el número de los grandes capitanes del mundo. Su paciente habilidad, su arrojo calculado con madurez, su admirable travesía de las más ásperas y elevadas montañas de la tierra, le colocaron, naturalmente, al lado de Aníbal y Bonaparte. El pueblo de Buenos Aires recibió la plausible noticia catorce días después. A las tres de la tarde del 26 de febrero, el Directorio, rodeado de un lucido cortejo de empleados civiles y militares, tomaba en sus manos la bandera rendida en Chacabuco, que, colocada en lo alto de las casas consistoriales, sirvió de trofeo a las banderas nacionales de los batallones de patricios. El pueblo se agolpó a presenciar aquel espectáculo, y sus alegres aclamaciones se mezclaron a las salvas de la artillería y a los repiques de las campanas de los templos. Al describir el júbilo que embargaba a nuestra población, la prensa de aquellos días exclamaba con entusiasmo: "Gloria inmortal a cuantos han tenido la dicha de merecer el elogio sublime del regocijo público de sus compatriotas".

El gobierno del Directorio manifestó su agradecimiento al vencedor con algunas honras, entre las cuales son de mencionarse una pensión vitalicia de 600 pesos a favor de su hija doña María Mercedes Tomasa de San Martín, y el uso, para el general, de un escudo con las siguientes inscripciones: "LA PATRIA EN CHACABUCO. AL VENCEDOR DE LOS ANDES Y LIBERTADOR DE CHILE".

Juan María Gutiérrez.

El gaucho

El espíritu del hombre
Su tierra natal refleja;
Cada rastro de su índole
Un perfil retrata de ella.
Bajo un cielo transparente
De suavísima limpieza,
Donde el sol deja en la noche
Una luna en cada estrella;
En la solitaria pampa,
Siempre verde, siempre inmensa,
Siempre inmóvil y desnuda,
Siempre callada y desierta;
Entre un aire que perfuma
La primitiva pureza
Y temple el plácido rayo
De inmutable primavera
Sin más Dios y sin más ley
Que su albedrío y su fuerza,
Sin más tesoro visible
Que su caballo y sus prendas,
Rey de todo lo creado
Sobre la llanura eterna,
Errante, solo y sombrío,
El *gaucho* su vida lleva.
Siempre el desierto a sus ojos
Su plan infinito muestra,
Donde el *ombú* solitario
Se empina de legua en legua,
Siempre aquel mismo horizonte
Donde el sol tan sólo llega;
Siempre el mismo panorama
De adormecida belleza:
Siempre aquella inmensidad;
Cielo, cielo, tierra, tierra;
Inmensidad que dilata
El corazón que serena.
Y en cada respiro el aire
Le transmite su grandeza.

Aquel es el primer cuadro
Que su espíritu refleja
Cuando con la luz del alba,
Como el pájaro, despierta,
Y al galope del caballo
Las llanuras atraviesa,
Al conipás de sus pisadas
Cantando amorosa *décima*.
Aquella es la impresión última
De la silenciosa vuelta,
Cuando el fúnebre crepúsculo
De la tarde le rodea,
Y ya cediendo al suave
Cansancio de su faena,
Y al desmayo misterioso
Que el sol al hundirse deja,
Torna callado y tranquilo,
Más sensible el alma lleva
Concentrada en el abismo
De su memoria secreta,
O el cuadro de la mañana
Mirando con gracia nueva,
Cernido en la media lumbre
Del día y de las estrellas.

Así respira su alma
La misteriosa tristeza
Que está esparcida en el aire
Y está arraigada en la tierra:
La soledad y el silencio
De pensamientos la llenan,
Y concentrada en sí misma
Su mundo incrusta y refleja.

Mundo de pasiones vírgenes
Como la naturaleza,
Que en su corazón palpita
Bajo esa calma sin tregua;
Mundo de nobles instintos
Que el sentimiento gobierna,
Porque es sentimiento todo

Cuanto el corazón encierra;
Sentimiento que en lo íntimo,
De la vida se aposenta,
Y que el pensamiento educa
Y agranda y ahonda en ella;
Por eso en sus horas tristes
Cada gaucho es un poeta,
Poeta que canta trovas
De misteriosa cadencia,
En las que lleva una lágrima
Cada pie de cada *décima*,
Sin más arte que su alma,
Que en la soledad le enseña
A sentir lo que retrata
Y a retratar lo que sienta;
¡Arte que escribió con llanto
Las trovas de Santos Vega!

Espíritu concentrado
De extraña naturaleza,
Con la malicia del mundo
En su salvaje inocencia,
Porque da la inspiración
La llave del alma ajena,
Espíritu que se basta
Fiado en su sola fuerza,
En el dolor y en la dicha,
En la calma y la tormenta.

Corazón valiente y noble,
Ni provoca, ni tolera,
Que en sí a respetar aprende
El valor y la nobleza;
Impenetrable y callado,
Doquier estampa su huella
Voluntad y sentimiento
Su extraño porte refleja,
Porque en la expresión sombría
De su semblante les lleva:
Rastros de un alma profunda
Que en la inmensidad alienta.

Su alma es alma de héroe
Lanzada en la noble senda,
Y en la pendiente del crimen
Sabe de hierro volverla:
Que la pasión que la absorbe
Se extiende y confunde en ella,
Como en la pampa salvaje
La sombra de la tormenta.
Ese es el *gaucho* de raza
Que las soledades puebla,
Rey de todo lo creado
Sobre la llanura inmensa;
Ese es el ser misterioso
Que aislado y mudo contempla
En el palacio de Roca
La agitación de la fiesta.

El corazón de aquel hombre
Una tempestad encierra;
¿Pero qué espíritu alcanza
Al fondo del alma ajena?
Una misma es la sonrisa
Que imprimen todas las penas.
Y siempre a través del velo
De amargura que hay en ella,
El ojo audaz que a estudiarla
Adelanta más de cerca,
Tan sólo una maldición
A medio formarse encuentra.

Ricardo Gutiérrez.

Don Juan Martín de Pueyrredón

Pueyrredón era hombre de dotes distinguidísimas y sólidas: tenía dignidad personal y un imperio particular sobre sí mismo, que no se desmintió jamás en el resto de su vida, ni aun en medio de los descalabros que le esperaban. Sabía guardar con una firmeza imponente el decoro de su persona y de su poder. No demostraba ambición codiciosa ni urgente de mando. No se le vió nunca entrar en intrigas ni en tentativas, encubiertas o manifestadas,

para apoderarse de la autoridad. Pero cuando era llamado a tomar parte en la dirección de los negocios, ocurría sin vacilar; mostraba una paciencia pertinaz en perseguir los propósitos que lo movían; y su energía, pero sin ninguna ostentación, se hacía sentir en la netedad de sus ideas y en la firmeza de sus actos, no sólo para servir sin descanso a la causa de la Independencia, sino para castigar también con una severidad extrema y extraña a los hombres que se atrevían a ponerle estorbos en su camino. Sus pasiones eran tranquilas en la superficie, y no se dejaban sentir sino por la fuerza latente y bien seguida de sus frías manifestaciones.

Siempre que las circunstancias lo habían exigido, Pueyrredón se había presentado al peligro con decisión. Sin blasonar de ser guerrero, había adquirido grados militares con una justicia que nadie podía negarle, sin que él reclamase jamás su competencia. Había figurado con honor y con notoria fama de arrojado en la primera tentativa que los ingleses hicieron para apoderarse de Buenos Aires. Después de la revolución de Mayo había desempeñado una parte principal en las provincias limítrofes del Perú como gobernador intendente de Chuquisaca; y cuando el desgraciado encuentro de Huaquí obligó a nuestras fuerzas a evacuar la línea del Desaguadero, Pueyrredón mostró un tino consumado para atravesar un país enteramente insurreccionado en contra nuestra; y con una serenidad ejemplar, salvó del contraste recursos importantísimos en dinero, materiales y tropa, privando al enemigo de todas esas ventajas que habrían sido preciosas para él en aquellos momentos.

En todas las cuestiones graves de guerra o de política, Pueyrredón pensaba con madurez; pesaba el valor de los hechos y las probabilidades de todas las consecuencias, poniendo al servicio de sus combinaciones una razón fría para meditar y para resolver, con una vigorosa precisión para ejecutar. Escribía sin brillo, pero con una corrección en la frase, con tal trabazón en la lógica de sus ideas, con tal claridad *clásica* y consumada, que hoy mismo podría ser envidiado por el más hábil literato; y la prolijidad con que sabía dividir su tiempo para encontrar el momento oportuno que correspondía al despacho de cada asunto de interés público, rivalizaba con la atención esmerada que daba a sus negocios particulares, con la moderación y con la equidad con que arreglaba los negocios ajenos que estaban ligados con los suyos; de ellos tenemos pruebas numerosísimas y ejemplos bien testificados en los papeles que ha dejado.

La reserva de su carácter, la prudente parquedad de sus pala-

bras, algo de interno y de poderoso que se percibía en él, sin poder decir cómo ni dónde, le hacían impenetrable y le daban un influjo eficaz aunque latente. Su astucia era tanto más fina y previsora, cuanto que todo parecía en él natural y elevado, modesto e imparcial. Con la misma naturalidad con que tomaba el Poder, lo manejaba hasta en los extremos de la firmeza y de la severidad, apareciendo casi indiferente a sus encantos, y dispuesto siempre a abandonarlo: y como sus modales eran cumplidos y atentos, sin ser abiertos y obsequiosos, imponía a los demás aquella distancia respetuosa que hace tan peligrosos a los hombres serios cuando juegan en el terreno falaz de la política o de la diplomacia, y que les da ese poder mágico a que jamás llegan los charlatanes, de atraer y de alejar al mismo tiempo a los que los tratan. Puestos en el Poder, imponen un cierto temor misterioso al vulgo que no los puede definir, y una sumisión religiosa a los agentes que los tienen que obedecer. Esto es lo que distingue el buen género del género falsificado.

Estas cualidades que Pueyrredón tenía en alto grado, eran las que hacían de él un *hombre de gabinete* consumado, y un compañero de logia incomparable para San Martín, con quien tenía rasgos comunes de fisonomía política y de carácter personal.

V. Fidel López.

A San Martín

No podía morir. Cupo en la tumba
La gigantesca talla de su cuerpo.
Para encerrar su nombre y su memoria,
El hogar de la muerte era pequeño.

No cabía su espíritu grandioso
En la mansión eterna del silencio!
Como el alma de Dios, necesitaba
El espacio sin límites del cielo!

Aquel cóndor altivo que surgía
De entre las nubes de rojizo fuego;
Para tejer su nido de laureles
De los cañones en los hondos huecos;

Aquel brazo potente, que de España
Hizo temblar el formidable cetro
Y que en la nieve de los altos Andes
Iba a templar su deslumbrante acero;

Aquella alma celeste que exhalaba
Todo el calor de un celestial incendio
Cuando henchida de gloria se cernía
De las batallas sobre el humo denso,

Cayó en la tumba, como caen los astros,
En el sudario de su luz envueltos;
Cayó para dejar sobre la tierra
La memoria inmortal de sus destellos!

No se extinguió, dentro el sepulcro helado,
La irradiación de sus gloriosos hechos;
La libertad la recogió en sus alas
Para alumbrar su esplendoroso templo!

Ante ella dobla su altanera frente
Para pedirle inspiración, el genio,
Y va la patria a retemplar su vida
En sus instantes de dolor supremo!

¡Héroe inmortal! Al recordar tu nombre
Chispear el alma de entusiasmo siento,
Y en vano intenta modular mi lira
De tus victorias el sublime estruendo!

¡Qué extraño que arda al resplandor del tuyo,
Como un volcán, mi enardecido pecho,
Si hasta las piedras en Maipú incendiaba,
Batiendo el casco tu corcel guerrero!

¡Oh! quién pudiera levantar la vida
Sobre esas nubes que acaricia el viento,
Y en luz de estrellas y ternuras de ángel
Bañar el arpa y arrullar tu sueño!

Beber de Dios, en la inspirada frente,
El blanco acorde de su ritmo eterno
Para decirle, en inmortales himnos,
Que tu memoria, San Martín, no ha muerto!

Gervasio Méndez

El libro y su lectura

"Enseñemos a leer y leamos".

La sociedad moderna ha inventado la Biblioteca popular; y estamos, desde entonces, todos llamados a tomar participación en el apostolado sublime. El que da un libro para el uso del pueblo, hace el pequeño don de su valor pecuniario y enciende una antorcha perenne, y abre una fuente de elevados sentimientos para ilustrar y regenerar la existencia moral e intelectual de centenares de hombres.

Dar un libro es casi nada; pero el libro dado realiza la parábola de la semilla que los vientos arrastraron; que los pájaros del aire no comieron y que cayendo en tierras extrañas fructificó bajo la bendición de Dios en fértiles cosechas. El don sin precio puede revestir un valor infinito, porque fué un libro encontrado a la casualidad el que infundió la perseverancia en el trabajo a Franklin y a Lincoln.

Cuando oigo decir que un hombre tiene el hábito de la lectura, estoy predispuesto a pensar bien de él. Leer es mantener siempre vivas y despiertas las nobles facultades del espíritu, dándoles por alimento nuevas emociones, nuevas ideas y nuevos conocimientos. Leer es multiplicar y enriquecer la vida interior.

Leer es, sobre todo, asociarse a la existencia de sus semejantes, hacer acto de unión y fraternidad con los hombres. El que lee, aunque se halle confinado en una aldea, vive del movimiento universal; y puede decir como el hombre de Terencio: que nada humano le es indiferente.

La lectura fecunda el corazón, dando intensidad, calor y expansión a los sentimientos. Los egoístas no practican por lo general la lectura porque pasan absortos en la árida contemplación de sus intereses personales. No sienten la necesidad de salir de sí mismos y estrecharse con los demás.

Las personas indolentes no leen; pero, ¿qué son el ocio y la indolencia, sino las formas plásticas del egoísmo?

La naturaleza es pródiga en sorprendentes escenas, en maravillosos espectáculos, que el hombre sedentario apenas conoce, y que los viajeros contemplan con estática admiración. Los placeres sociales encantan al hombre; pero no siempre vienen a su encuentro ni dependen de su voluntad. Entretanto, los placeres que proporciona la lectura son de todo tiempo y de cualquier lugar, y son los únicos que puede renovar a su albedrío.

El libro es enseñanza y ejemplo. — Es luz y revelación. — Fortalece las esperanzas que ya se disipaban: sostiene y dirige las vocaciones nacientes que buscan su camino al través de las sombras del espíritu o de las dificultades de la vida. El joven obscuro puede ascender hasta el renombre imperecedero, conducido, como Franklin, por la lectura solitaria.

El libro da a cada uno testimonio de su vida íntima. Es el confidente de las emociones inefables, de aquéllas que el hombre ha acariciado en la soledad del pensamiento y más cerca de su corazón. Así, la lectura del libro que nos ayudó a pensar, a querer, a soñar en días felices, es el conjuro de sus bellas visiones desvanecidas por siempre en el pasado.

Cuando puedo substraerme a lo que me rodea, y releo mis antiguos libros, parece que se renueva mi ser. Vuelvo a ser joven. — Lo que pasó está presente; y creo por un momento que puedo envolverme de nuevo en la suave corriente de los sueños desvanecidos cuando repitiendo con acento enternecido el verso de Lamartine o de Virgilio, los llamo y los nombro con las voces de mi antiguo cariño.

Enseñemos a leer y leamos. El alfabeto que deletrea el niño es el vínculo viviente en la tradición del espíritu humano, puesto que le da la clave del libro que lo asocia a la vida universal. Leamos para ser mejores, cultivando los nobles sentimientos, ilustrando la ignorancia y corrigiendo nuestros errores, antes que vayan con perjuicio nuestro y de los otros a convertirse en nuevos actos.

Nicolás Avellaneda.

El general Lavalle

Algo más que un héroe, porque fué un mártir, Lavalle perteneció a aquellas legiones inmortales que, destinadas por la Providencia para obrar la generación de un mundo, escalaron los Andes, repasaron el Maule, ocuparon la ciudad de los reyes, tomaron la bandera de Pizarro, llegaron a la línea de fuego del Ecuador, pisaron el Brasil, venciendo a los que intentaron oponerse al paso, y contribuyeron a la emancipación política de cinco Repúblicas, que hoy son naciones libres y soberanas.

Actor distinguido en esa lucha homérica, cábele al general Lavalle la gloria de haber sido el primero que, al doblar San Martín la cordillera de los Andes, se desprendió como un torrente de

aquella montaña de nieve, para sorprender en sus valles a los soldados españoles que, guarecidos por una valla de granito, dormían tranquilos a los reflejos de una apacible luna de verano.

Cábele también la de haber sido el argentino que llevó más lejos la bandera del 25 de mayo, paseándola en triunfo por los pueblos de Río Bamba y Pichincha, y clavándola victoriosa en la cima del Chimborazo.

Su vida puede decirse que es un itinerario glorioso de nuestros gloriosos triunfos. Doquiera que el cañón de la libertad se ha dejado oír en liza caballerosa y leal, la figura del general Lavalle ha aparecido para aterrar a los tiranos.

Alférez en los muros de Montevideo, teniente en Putaendo y Chacabuco, capitán en Maipú y en el sur de Chile, sargento mayor en Pasco, comandante en Río Bamba, Pichincha y Moquegua, coronel en Ituzaingó, general en Navarro, Puente de Márquez, Palmar, Carpintería, Yermal, Don Cristóbal, Sauce Grande, Tala, Quebrado y Famallá, se le vió siempre terrible en la pelea, generoso en el triunfo, incontrastable en la derrota.

Dotado de un valor sobrehumano y de una inteligencia superior, Lavalle era tan rápido para concebir como fuerte para ejecutar en los combates.

Educado en el regimiento Granaderos a Caballo, que nunca fué vencido, bajo los principios austeros del general San Martín, llevaba siempre la vista alta y el paso mesurado.

Habituado a triunfar de subalterno en los combates de la Independencia, cuando llegó a general ordenaba una batalla con la misma serenidad que si dispusiera una parada.

Su semblante, grave, pero apacible, no se alteraba nunca. Su alma de fuego se volvía de nieve cuando estaba en peligro, así como su voz plateada y dulce se dilataba como el eco del clarín cuando era necesario hacerse oír en las extremidades de la línea.

Razón ha tenido el publicista Sarmiento cuando, al describir el paso de los Andes, pone al general San Martín al nivel de Aníbal; mucha, el hábil coronel Mitre, cuando apellida Murat al bizarro general D. Mariano Necochea; así como nosotros no tenemos menos al asegurar que el general Lavalle reunía en sí el arrojo temerario del Bayardo del ejército francés y la serenidad e inteligencia del mariscal Ney, demostrada del modo más patente al sostener la retirada del ejército grande en el territorio ruso.

El general Lavalle, venciendo con 95 granaderos a 500 soldados españoles, en Río Bamba; acuchillando, con 100, en Pasco, a 300; cargando con tres escuadrones, en Puente de Márquez, a

300 gauchos, queda a la altura de Murat: cubriendo la retaguardia del ejército patrio después de los desastres de Moquegua y Torata, en que dió veinte cargas en tres horas, puede ponerse a la altura del afamado Ney.

En confirmación de lo que dejamos dicho, citaremos el juicio que el general San Martín tenía del guerrero que nos ocupa, siendo subalterno, y expresado con motivo de las proezas que había hecho como guerrero en los combates de Putaendo, Chacabuco y Maipú. A fe que nadie dudará de su competencia para juzgarlo. *Lo que Lavalle haga como valiente, decía, muy raro será el que lo imite, y el que lo exceda ninguno;* y el general Bolívar, con quien estuvo siempre en desinteligencia por el modo brusco con que el libertador de Colombia acostumbraba a tratar a sus jefes, decía con motivo de haberse negado el general Lavalle, siendo comandante, a obedecer una orden de arresto: *El comandante Lavalle es un león a quien es preciso tener enjaulado para soltarlo el día de la batalla.*

Pedro Lacasa.

Buenos Aires en 1815

Se necesita hacer un esfuerzo de imaginación para comprender hoy lo que era Buenos Aires ahora setenta años (1). La porción urbana que servía de asiento a la iniciativa política y gubernamental de la comuna, ocupaba un radio bastante modesto.

Tomando por texto el plano de la ciudad, que, por orden del virrey Avilés, levantó en el año 1800 el señor don Pedro Cerviño, agrimensor y piloto muy competente, se ve que los *suburbios*, es decir, la parte en que no había paredes sino cercos de *tunales*, comenzaban por el sur, en las manzanas limitadas hoy por las calles de *Méjico* y de *Chile*. A ese lado, la ciudad quedaba separada de sus orillas por esa *avenida* caudalosa de las lluvias que llaman el *tercero* del sur, cuyo nombre antiguo era el *Puente de los Granados*, porque atravesaba terrenos de propiedad de la familia de este nombre, a la que pertenecía la virtuosísima madre de nuestro amigo y corredactor don Juan María Gutiérrez. Allí comenzaban ya los cercos que encerraban una infinidad de huecos o eriales atravesados por sendas, y en cuya ancha extensión vivían, en casas muy modestas, no sólo las familias pobres, sino también un extenso número de las de mediana condición, sin necesidad y sin idea nin-

(1) Escrito en 1815.

guna de la riqueza. El amueblado de una familia común podía calcularse, cuando más, entre cien y ciento cincuenta pesos de plata. Duraba de una generación a la otra, y no se renovaba jamás sino por piezas muy insignificantes. La mesa y el mantenimiento se reducía, en general, al gasto de dos a cuatro reales por día, sin dejar de ser abundante y succulenta, porque todos tenían aves y verduras en sus corrales, y lo único que se compraba era la carne y el pan.

Estos suburbios, muy bien caracterizados por Cerviño con el nombre de *Tunales*, se corrían desde el *Puente de los Granados* (en la calle del Perú), siguiendo una línea oblicua hacia el noroeste, hasta la plaza de Monserrat, que quedaba lindera, diremos así, con el despoblado; y que era por lo mismo un *suburbio* popular de los más poblados, y muy turbulento por cierto. La iglesia y la parroquia de la Concepción quedaban naturalmente entre las quintas y entre los cerco agrestes de las *orillas*.

Entre Monserrat y la *Plaza Nueva* (hoy *Mercado del Plata*) había unas cuantas manzanas de población algo compacta, aunque de pura clase pobre; y lo que es hoy calle de *Salta*, quedaba entonces entre los eriales y los huecos, como una u otra quinta circunvalada por cercos de tunales, que eran verdaderos matorrales de hinojos y de cardos, erizados de arbustos de saúco, y de montes de durazneros que servían para abastecer de leña a la población. En toda la línea del norte, que es hoy la calle de *Corrientes*, comenzaban de nuevo los tunales, los huertos, los cercos agrestes, los eriales con sendas, hasta el Retiro, donde estaba la Plaza de Toros, y cuyas cercanías estaban rústicas y muy pobladas de *orilleros*. Habían también por allí algunas quintas, que eran verdaderas soledades bastante difíciles de cuidar: campo de la justicia de los prebostes de la Hermandad.

En un país tan lluvioso como el nuestro, formado por terrenos de aluvión, es evidente que entonces no podía haber caminos públicos en un estado de mediano servicio. Los pantanos rodeaban la ciudad haciendo un verdadero laberinto de *sendas* y de *portillos*, que requerían una especial baquía de parte de los que tenían que practicarlos. Más atrás de la zona solitaria de las quintas, había algunas chacras extensas erizadas de montes de talaes, de espinillos y de durazneros, entre los cuales eran célebres, como abrigos de bandidos. el monte de Campana, cerca de lo que es hoy la *Floresta*, el monte de Castro, entre Flores y Morón, el callejón de Ibáñez; a los que no les iban en zaga otros lugares, que, aunque más cercanos, tenían también malísima fama; como el hueco de los *Sauces*, los cercos de los *Ejercicios*, la quinta de Rivadavia, el paso

de Burgos, el hueco de *Cabecitas* y el de *doña Ingracia*; y sobre todo, los *zanjones* del *tercero del norte*, que eran hasta 1830 uno de los puntos más selváticos y agrestes que pudiera tener a su costado una ciudad civilizada y revolucionaria como era la de Buenos Aires en 1815.

Era natural que el centro más urbano y más noble de la Comuna participase en algo de las malas condiciones de sus *suburbios*. La carestía de la piedra, la dificultad de sacarla de la Banda Oriental, por falta de brazos aptos y por falta de buques en que conducirla, hacían que apenas hubiese una que otra calle malísimamente empedrada. Se conocía por la calle del *Empedrado* la que es hoy de la Florida; y no es poca lástima que se le haya quitado ese título original de *nobleza*, que le corresponde en la tradición de la cultura de nuestra ciudad. Las lluvias copiosísimas de aquellos tiempos, han dejado fama en el recuerdo de nuestros padres. Al correr como torrentes, para salir al río, o para empozarse en los pantanos, se llevaban gran parte del piso, abriendo curvas de zanjas profundas y de precipicios entre una y otra acera, y hacían imposible atravesar las calles (fuera de ocho o diez cuadras en el centro) por otra parte que por las esquinas, donde había apoyos de grandes piedras puestas a distancia para afirmar el pie. Era tal este estado, que en la parte que es hoy la calle de *Cangallo* (entre *Florida* y *Maipú*) había lagunas donde se ahogaron algunos lecheros en tiempos del virrey Vértiz, como consta de documentos oficiales.

Por la noche, esta espléndida ciudad de Buenos Aires presentaba un aspecto desolado, si es que las tinieblas pueden tener aspecto. A lo largo de la calle del *Correo* (hoy *Perú*) se divisaban de un extremo a otro, cuatro linternillas diminutas que señalaban las cuatro mesitas en que los loteros privilegiados por el Cabildo expendían cedulillas, arrimados a la pared y con un pequeño farol, que era la única luz de esa calle central. Las veredas eran de mal ladrillo, húmedas, estrechas, desiguales, y temblorosas dentro del barrial en que tenían su asiento; y en muy pocas calles las había.

Buenos Aires era una ciudad baja, aplastada y cubierta con las capuchas de los tejados de feísimo aspecto; que tenía, sin embargo, la reputación de la *belleza* entre las otras ciudades españolas. Pero esa fama le venía de sus habitantes más bien que de su suelo. En ambos sexos, ellos eran de espíritu alegre y suelto; de alma impresionable y simpática; admiradores entusiastas y copistas ardientes de las grandes novedades de la civilización. Naturalmente inclinados a lo liberal; con algo de aturdido y de liviano, pero siempre bien inspirados, inclinados a la pompa y halagados por la vanagloria que viene de hacer el bien y de realizar hazañas.

La sociedad era por esto expansiva y hospitalaria. Su arrogancia era abierta, porque consistía siempre en el anhelo de que su revolución y sus progresos sirviesen a todos, e hiciesen de nuestro suelo y de nuestras leyes, el abrigo de todas las razas del mundo que no estuvieran bien avenidas en el suyo.

Tal era entonces la capital, en cuyo frente el poeta de la Revolución había escrito estos versos tan arrogantes como adecuados, entonces, al genio de la *Comuna*:

*Calle Esparta su virtud:
Su grandeza calle Roma:
¡Silencio! que al mundo asoma
La Gran Capital del Sud.*

Pero, ésta era la ciudad que había hecho la revolución de Mayo, que la había defendido y salvado contra todo el poder de la España, proclamando los principios más elevados, más generosos y más humanitarios de la civilización moderna. Esta misma era la ciudad que había vencido y rendido dos ejércitos ingleses; que había deshecho y apresado tres escuadras españolas; que había plantado la bandera argentina en las murallas de Montevideo; que iba con un paso seguro a reconquistar a Chile, a libertar al Perú, y a llevarle soldados a Bolívar para ganar la batalla famosa de *Junín* y libertar a Quito. Para motejar, entonces, la arrogancia de la cuarteta, sería preciso ver cómo podrían borrarse de la historia o cómo podrían motejarse los hechos gloriosos que la inspiraron.

Vicente Fidel López.

Mis aficiones

Hace un momento ha salido el maestro; no hay nada comparable en la vida a estos breves y deliciosos respiros que los muchachos tenemos cuando se aleja de nosotros, momentáneamente, este hombre horrible que nos tiene quietos y silenciosos en los bancos. A las posturas violentas de sumisión, a los gestos modosos, suceden repentinamente los movimientos libres, los saltos locos, las caras expansivas. A la inacción letal, sucede la vida plena e inconsciente. Y esta vida, aquí entre nosotros, en esta clase soleada, en este minuto en que está ausente el maestro, consiste en subirnos a los bancos, en golpear los pupitres, en correr desafortunadamente de una parte a otra.

Sin embargo, yo no corro, ni grito, ni golpeo; yo tengo una preocupación terrible. Esta preocupación consiste en ver lo que dice un pequeño libro que guardo en el bolsillo. No puedo ya hacer memoria de quién me lo dió, ni cuándo comencé a leerlo, pero sí afirmo que este libro me interesaba profundamente, porque trataba de brujas, de encantamientos, de misteriosas artes mágicas. ¿Tenía la cubierta amarilla? Sí, sí, la tenía; este detalle no se ha desaferrado de mi cerebro.

Vestidos con la ropa de gala, salíamos de casa a mediodía, y llegábamos casi mareados a la Plaza de la Victoria, porque en aquella época se conservaba en pie todavía la buena costumbre de no ventear mucho a los niños, y de no dejarlos discurrir de cuenta propia por las calles de la ciudad.

En el trayecto recorrido, como en todas direcciones, no se veía una sola casa en que no flameara la bandera blanca y roja, con que se había sustituido, por orden superior, la azul y blanca de Belgrano.

Encontrábamos las bocacalles de la Plaza interceptadas por jinetes campesinos, engalanados a su manera, que venían a presenciar los festejos.

El adorno consistía en arquerías, templetes, banderas y gallardetes; y los demás atractivos, en la consabida rifa de cedulillas, las calesitas para los niños que iban acompañados, los rompecabezas para las criaturas que iban de su cuenta, y la cucaña para los marineros, que subían a ella, con arena en los bolsillos, para neutralizar el efecto del jabón, ávidos de conseguir la muda de ropa colocada como premio en la extremidad del mástil.

El pavimento estaba cubierto, literalmente, de cáscaras de naranja y de papelitos blancos de la rifa. Los ángulos y el centro de la Plaza eran los sitios preferidos de las negras expendedoras de pasteles con miel, y de los negros vendedores de tortas y roscas de maíz.

Llamábanos mucho la atención los pesados trenes de la artillería, arrastrados por mulas, el batallón de Restauradores, formado por los africanos y de descendientes de esa raza, los tambores mayores, negros y blancos, con sus delantales flamantes, y los gastadores con los instrumentos de zapa al hombro, barbas postizas y morriones de pelo.

A la sazón, el frontispicio de la Catedral y el Coliseo, estaban a medio concluir uno y a medio empezar otro. Cubiertas de verdín las columnas de la primera y habitados los capiteles por centenares de palomas, lo que más blanqueaba en aquella fábrica eran las plumas de sus aladas ocupantes.

Recostados a esas columnas, debajo de cuyo pórtico era prohibido el tránsito, los pirotécnicos disponían los fuegos artificiales. La pieza principal representaba, generalmente, la torre de Babel.

Penetrábase a la Catedral por la puerta traviesa. La lista civil y militar, con los miembros de la Cámara de Justicia, de calzón corto, y el Cuerpo Diplomático, de veinte mil alfileres, ocupaban la nave del centro.

En esa época los empleados públicos se guardaban muy bien de no acompañar a las ceremonias religiosas al delegado del Gobernador, como sucede ahora, en que se ve con frecuencia que el Presidente de la República entra en la Catedral seguido de cuatro gatos.

Cantábase un *Tedéum* en acción de gracias al cielo por el beneficio de la Independencia, y ocupaba el púlpito un orador sagrado, y refería las hazañas de nuestros antepasados.

Terminada la función de iglesia, desfilaban las tropas, debiendo, de retirada a sus cuarteles, pasar, indefectiblemente, por delante de la casa de Rosas, las más de las veces cerrada a piedra y lodo.

Apenas anocheecía, se retiraban las banderas de las puertas y ventanas, y se encendían las luminarias, que consistían en faroles amarrados a las rejas o en candelabros colocados detrás de los cristales de las ventanas. El alumbrado de la Plaza, consistía en farolitos de hoja de lata, vasos de colores, y candilejos, dispuestos en forma de pirámides.

A las ocho en punto, aparecía la concurrencia oficial en los balcones del Cabildo y de la Policía, y se incendiaban las baterías de fuegos de artificio. La abundancia de voladores y buscapiés, que ocasionaban muchas desgracias, estaba en relación con el exceso de humo de la pólvora y del carbón, que llegaba hasta entoldar una buena parte del cielo.

Con el último cohete se dispersaba el concurso, tomando la mayoría el camino de sus habitaciones, y la minoría el de los teatros de la Victoria y Argentino.

Santiago Estrada.

Cafés, hoteles y fondas del antiguo Buenos Aires

Los cafés más lujosos y mejor atendidos, eran el *Café de Marcos* y el de la *Victoria*; seguía el de *Catalanes*, *Martín*, *Santo Domingo* y varios otros de segundo orden.

* * *

En aquellos tiempos de Dios, no se conocían los helados (por lo menos en la forma que en el día se expenden); solían fabricarse en las casas de familia, allá a su modo; ni la grosella, la soda, el tamarindo, ni tanta otra cosa que hoy se encuentra en establecimientos de esta clase y en las confiterías. No se daba de almorzar en los cafés; el despacho quedaba reducido a café, té, chocolate, candial, horchata, naranjada y algunas copitas.

Servíase entonces el *café con leche*: o como muchos decían, café y leche, en inmensas tazas que desbordaban hasta llenar el platillo; jamás se veía azúcar en azucarera: se servía una pequeña medida de lata llena de azúcar, generalmente no refinada; venía colocada en el centro del platillo y cubierta con la taza; el parroquiano daba vuelta a la taza, volcaba en ella el azúcar, y el mozo echaba el café y la leche hasta llenar la taza y el plato.

Las *tostadas* con manteca, siempre tenían azúcar por encima.

El chocolate que se servía era, por lo general, bueno, acompañado invariablemente de su correspondiente vaso de agua.

Los *mozos* respetaban poco a los concurrentes, presentándose en verano en mangas de camisa, y ésa, no siempre de una limpieza intachable, y muchas veces fumando su cigarrillo.

* * *

Una mirada a nuestros innumerables hoteles de hoy, bastará para comprender cuánto hemos adelantado a este respecto.

Allá por los años creemos que entre 22 y 25, existían dos hoteles ingleses, uno de *Faunch*, el otro de *Keen*; el de *Faunch*, era de primer orden y satisfacía por completo el gusto inglés; de manera que allí se celebraban sus suntuosos banquetes, sus días de festividad nacional, el cumpleaños del Soberano reinante, etc.

A estas espléndidas comidas asistían siempre los miembros del gobierno argentino.

Antes de esto, la comunidad inglesa celebró la victoria de Maipú, dando al regreso del general San Martín, un espléndido baile en casa del señor Sarratea, ocupada entonces por el señor Brittain.

Los residentes escoceses testeaban también en aquellos años, el día de San Andrés (30 de noviembre), en este mismo célebre hotel, con presencia, casi siempre, del gobernador y sus ministros.

Los norteamericanos en Buenos Aires han acostumbrado siem-

pre a celebrar su independencia (4 de julio), en aquellos tiempos, en los hoteles de mayor rango, y después, con banquetes dados por sus ministros residentes.

• • •

Más o menos, por la misma época en que citamos la existencia de los hoteles de *Faunch* y de *Keen*, teníamos también el de *Smith*; hombre de color, pero en su trato un cumplido caballero. *Smith* servía también a la inglesa, y se hizo célebre por sus *beefsteaks*.

Los norteamericanos frecuentaban uno, tenido con esmero por una señora norteamericana, la señora de *Thorn*.

Después de los hoteles que acabamos de citar, si mal no recordamos, nada había en ese ramo que pudiera ofrecer mediano *confort*. Teníamos *bodegones*, *fondines* y *fondas*; entre éstas, la *Fonda de la Ratona*, en la calle hoy Cangallo, y otras varias por el mismo estilo.

En estas fondas todo era sucio, muchas veces asqueroso; manteles rotos, grasientos y teñidos con vino carlín, cubiertos ordinarios y por demás desaseados. El *menú* no era muy extenso, ciertamente; se limitaba generalmente, en todas partes, a lo que llamaban comida *a uso del país*: sopa, puchero, carbonada con zapallo asado, guisos de carnero, porotos, mondongo, albóndigas, bacalao, ensalada de lechuga y poca cosa más; postre, orejones, carne de membrillo, pasas y nueces, queso (siempre del país), y ése de inferior calidad.

El vino que se servía quedaba, puede decirse, reducido al añejo seco, de la tierra y particularmente carlón.

Este último vino nos trae a la memoria una anécdota de aquellos tiempos. Había un tal *Ramírez*, hombre de alta estatura y bastante corpulento, que tenía grande apego al teatro y a todo lo que se relacionaba con él. Ayudaba entre bastidores al acomodo, cambio de decoraciones, etc., y solía hacer también de vez en cuando su papelillo, de aquellos en que entra un criado, presenta una carta y se va, o cosa por el estilo; aunque algunas veces se aventuraba a roles un poco más largos, y en los que no podemos decir se portase mal.

Pero viendo sin duda *Ramírez* que esto no daba para satisfacer sus necesidades, resolvió ocuparse de otro negocio y estableció (contando siempre con la protección de sus hermanos de arte) una especie de *fondin*, en muy modesta escala, en la esquina que hacia cruz con el *Teatro Argentino*, siendo los actores sus más constantes clientes.

El vino que daba era carlón, del que traía una damajuana de algún almacén inmediato, cada vez que lo precisaba. Pero algunos parroquianos quisieron variar, y siendo ese el vino más barato, tuvo que idear cómo satisfacer ese deseo, consultando a la vez su propio interés, y un día anunció, con mucho aplomo, que tenía en su *fonda* tres clases de vino, *carlón*, *carlín* y *carlete*; todos estos vinos salían, por supuesto, de una misma damajuana; el secreto estaba en la mayor o menor cantidad de agua con que rebajaba el carlón. La broma fué muy bien recibida; lo cierto es que sus clientes tomaban de los tres vinos. Pero continuemos nuestra historia.

* * *

Los mozos se presentaban en verano a servir en mangas de camisa; baste decir que sólo se ponían la chaqueta para salir a la calle, esto es cuando no la llevaban colgada sobre un hombro a lo gitano: en chancletas y algunas veces aún sin medias, y, como los del café, fumando su cigarrillo, y con el aire más satisfecho del mundo, entrando en conversación tendida y familiar con los concurrentes.

Este tipo se conserva aún hoy en los *fondines* y *bodegones* de la ciudad, y en la campaña en algunos *hoteles*, presentándose los mozos sin saco ni chaleco, con el pantalón mal sujeto por medio de una faja y en chancletas.

Se ha repetido muchísimas veces que los pueblos tienen el gobierno que merecen, y este dicho es, en cierto modo, aplicable a los parroquianos de aquellos tiempos; no porque dejase de ser gente muy digna, sino porque no sabían infundir respeto, dando lugar a la descortesía, y aun a insolencias de los sirvientes.

Por ejemplo: en verano cada concurrente, no bien salvaba el dintel del comedor en la fonda, entraba *resbalándose* la chaqueta, saco o levita y comía en mangas de camisa; nadie soñaba en quitarse el sombrero para comer. En fin, toda regla de urbanidad desaparecía por el mero hecho de hallarse en una fonda. Esa falta de respeto recíproco entre los concurrentes, esa familiaridad, nada más que porque comían en una misma pieza, pronto se hacía extensiva a los mozos, que terciaban también. Puede ser que esa intimidad ya extremada, haya nacido de la circunstancia que, siendo la población mucho más reducida, éramos casi todos más o menos conocidos, puros *nosotros*; no se veían entonces en las fondas tantas caras desconocidas. Sea de ello lo que fuere, a poco andar la conversación se hacía general de mesa a mesa; cada uno levantaba

cuanto podía la voz, a fin de hacerse oír de aquel a quien se dirigía, armándose al fin una tremolina en que nadie se entendía, entre este fuego cruzado de palabreo.

Los jóvenes, también, que las frecuentaban, y muy especialmente los militares, hacían alarde de portarse mal y tenían el singular gusto de perjudicar cuanto podían al fondero, ya mellando a hurtadillas los cuchillos, rompiendo los dientes a los tenedores, echándole vinagre al vino que quedaba, mezclando la sal con la pimienta, en fin, haciendo mil diabluras que sin duda reputaban travesuras de muy buen gusto; previniendo que generalmente, eran jóvenes de buenas familias los que hacían gala de mal educados. Todo esto, pues, concurría, sin duda, para desalentar al dueño de casa, en sentido de mejorar el servicio de mesa.

¡Qué diferencia entre aquéllos y los hoteles de hoy! ¡Qué orden, regularidad y limpieza se nota en la generalidad de éstos! La circunspección y mutuo respeto en los concurrentes; la atención y actividad en la falange de sirvientes, bajo el ojo vigilante del propietario, uniformemente vestidos, bien peinados, bien calzados, y ostentando su albo delantal.

José Antonio Wilde.

El "Teatro Argentino"

Por muchos años no tuvimos otro teatro o *Casa de Comedias*, como generalmente se llamaba, que el *Argentino*, situado frente a la iglesia de la Merced, donde hoy se encuentra lo que se denomina *Pasaje del Teatro Argentino* (1). El frente, completamente destituido de todo ornato, ostentaba por entrada un portón de pino, más aparente, sin duda, para una cochera que para un teatro; y como nada hay que ver aquí, visitemos el interior.

El proscenio tenía suficiente extensión para las representaciones de la época y para el personal de que se disponía.

Las decoraciones, bastante pobres, fueron pintadas, en su mayor parte, por don Mariano Pizarro, argentino, maquinista del teatro. El telón de boca y cierto número de bastidores, eran obra de algún artista o aficionado extranjero que caía a la mano.

El alumbrado se hizo, por mucho tiempo, por medio de velas de sebo, y más tarde con aceite. Por más de un año, una fila de

(1) El *Teatro Argentino* se dispuso en 1904. Antes de ese año sólo había existido la *Casa de Comedias*, construida en la *Ranchería* en tiempo de Vértiz, e incendiada en 1792; y sólo en 1833 se edificó otro teatro, que lo fué el de la Victoria.

candilejas que corría a lo largo de la orquesta, sobre el borde del proscenio, ofuscaba la vista del espectador, solamente por no haber tenido la previsión de colocar una tabla, o cosa semejante, delante de ellas, que defendiese de la desagradable impresión de la luz y la arrojase sobre el proscenio. La fila de *candilejas*, a más, era permanente y fija; por consiguiente, el proscenio no podía oscurecerse cuando el caso lo requiriese, lo cual hacía ridículas escenas. Las cortinas o cenefas color carmesí, que ocupaban la bóveda de la decoración destinada a representar un palacio, por ejemplo, servían igualmente para figurar la bóveda del cielo en todos los jardines y bosques y aún en todas las tempestades.

En el centro y parte anterior del proscenio o *las tablas*, aparecía la garita del apuntador. Este personaje, indispensable (y que lo fué por muchos años un señor Insúa), hablaba siempre en alta voz, así que el espectador oía dos veces la pieza, una de boca del apuntador y otra de los actores.

La maquinaria no estaba muy adelantada en esa época; y en prueba de ello, veamos cómo se manejaban para subir y bajar el telón.

Para subirlo, colocábanse uno o dos hombres de cada lado, en la parte más alta de la boca del proscenio, detrás del telón, entre las bambalinas; allí permanecían sentados. Cuando se hacía la señal para subir el telón, abandonaban su asiento, y bien asidos de las cuerdas, descendían al piso por su propio peso, haciendo, hasta cierto punto, el oficio de poleas; el telón subía en proporción que ellos bajaban. Aseguraban bien las gruesas cuerdas en unos postes destinados al efecto, y cuando querían que el telón bajase, soltaban las cuerdas, como quien suelta hilo a una pandorga, o como se va soltando con precipitación el balde al aljibe.

Al frente del proscenio se leía la siguiente inscripción:

“ES LA COMEDIA ESPEJO DE LA VIDA”

La platea contenía, más o menos, 250 asientos. Unos bancos largos, muy estrechos, divididos por brazos, formaban las lunetas, cubiertas con un pequeño cojín forrado de pana. Las señoras jamás concurrían a esta parte del teatro.

La entrada general valía diez centavos y las lunetas quince; costando algo menos cuando se tomaba por temporada, que creemos era de diez funciones.

En nuestra juventud tuvimos, por mucho tiempo, luneta por temporada; y citamos este incidente trivial, sólo para recordar que a nuestro lado había un señor algo excéntrico (y no era inglés), que

tenía, no una, sino dos lunetas; una para sí y la otra para su capote, su sombrero, sus gemelos y bastón. Este señor era alemán, y por lo que se ve, muy amigo de su comodidad.

José Antonio Wilde.

En el hogar

AT HOME

Bella es la vida que a la sombra pasa
Del heredado hogar; el hombre fuerte
Contra el áspero embate de la suerte
Puede allí abroquelarse en su virtud;
Si es duro el tiempo y la fortuna escasa,
Si el aéreo castillo viene abajo,
Queda la noble lucha del trabajo,
La esperanza, el amor, la juventud.

Hijos, venid en derredor; acuda
Vuestra madre también ¡fiel compañera!
Y levantad a Dios con fe sincera
Vuestra ferviente, cándida oración;
El es quien nos reúne y nos escucha.
Quien puso en vuestros labios la sonrisa,
Da su aroma a la flor, vuelo a la brisa,
Luz a los astros, paz al corazón.

Después de la fatiga y del naufragio
Ansio rodearme de cariños;
La serena inocencia de los niños
De la herida mortal calma el dolor.
Es para el porvenir dulce presagio
Que al hombre con el mundo reconcilia,
El ver crecer en torno la familia,
Bajo las santas leyes del amor.

El vano orgullo, la ambición insana.
Aspiren a las pompas de la tierra,
Su nombre ilustre en la sangrienta guerra
Llene de encono el bárbaro adalid;

Nuestra misión es, hijos, más cristiana:
Amar la caridad, amar la ciencia;
Puras las manos, pura la conciencia,
Dar el licor a quien nos dió la vid.

El sol de cada día nos alumbra
El sendero del bien; nada amedrente
Al varón justo, al ánimo valiente
Que fecundiza el suelo en que nació;
La libertad amemos por costumbre,
Por convicción y por deber; en ella
El despotismo estúpido se estrella:
¡La patria esclavizada redimió!

Guido Spano.

La poesía

“La poesía es bella y santa; responde a esa necesidad suprema que nos impulsa hacia las regiones del ideal”.

La poesía mantiene vivas las gloriosas tradiciones de los pueblos. En los versos de los ilustres cantores se han transmitido de generación en generación las ideas religiosas y sociales de todas las razas. Las ciencias mismas deben a la poesía preciosas informaciones, y refiriéndome a la jurisprudencia que he cultivado especialmente, puedo citar, en apoyo de lo que digo, un bello libro que se llama *Los poetas juristas*. ¿Quién pretenderá conocer la civilización antigua, sin haber leído a Homero y a Virgilio? ¿Quién se considerará iniciado en los secretos de la Edad media, si no ha sido guiado por el Dante en aquel período crepuscular que precede a los tiempos modernos? ¿Y quién puede mostrarnos un espíritu que haya penetrado más profundamente en los senos del alma humana, y dejándonos revelaciones más sorprendentes de nuestra propia naturaleza, que el admirable autor de *Hamlet* y de *Macbeth*? La poesía nos arrulla con los himnos de la esperanza, suaviza nuestras penas con las confidencias de los dolores ajenos y purifica nuestros sentimientos, despertando en nosotros la admiración por los tipos que honran la humanidad, y el horror por los monstruos que la deshonoran. La poesía es noble y santa; responde a esa necesidad suprema que nos impulsa hacia las regiones del ideal, hacia un mundo superior al mundo en que nos agitamos devorados por

un anhelo misterioso que no sacian las riquezas ni la gloria de la tierra. Hermana de la religión y de la ciencia, ella también es una sublime revelación del infinito.

Todos los que creen en la sublimidad del destino humano, todos los que sufren y esperan, todos los que se consuelan en las angustias de la vida, con la visión de la eterna ventura, aman y veneran la poesía.

Pedro Goyena.

Algunos usos y costumbres del antiguo Buenos Aires

Nos ocuparemos ahora de algunos usos y costumbres, que gradualmente han ido cayendo en desuso unos, y modificándose otros.

En aquellos tiempos no había vigilantes apostados en las bocacalles; el servicio de policía en la noche se hacía por medio de *patrullas* encabezadas por un alcalde, un teniente alcalde o algún vecino. Todos los hombres estaban obligados a hacer la patrulla cuando llegaba su turno o a poner un personero, que costaba, generalmente, de veinte a treinta centavos.

Casi excusado parece decir, que eso se convertía (como todo es susceptible de convertirse) en negocio, y que las *citaciones* se menudeaban para con aquellos que podían pagar. Muchas veces estas patrullas prestaban buenos servicios, impidiendo peleas, llevando a la policía ebrios o mal entretenidos; pero algunas *ganaban* un baile y no salían sino cuando amanecía, hora en que debía terminar su tarea.

Durante la noche empleaban la siguiente fórmula: cuando llegaba cierta hora y veían gente, el comandante de la patrulla daba la voz: — “¿Quién vive?” La contestación, de la que la población estaba al corriente, era: “La patria”. — “¿Qué gente?” — “Patrulla”. — “Haga alto la patrulla y avance el comandante a rendir santo y seña”. Entonces ambas patrullas hacían alto, los comandantes avanzaban algunos pasos a vanguardia de su respectiva comitiva, y el uno decía en voz baja el “santo” y el otro contestaba la “seña”.

Si en vez de patrulla era uno o más individuos. al “¿quién vive?” se contestaba — “la patria” — al “¿qué gente?” — “paisano”, “militar” o lo que fuere; y como es de suponer en ese caso, no había ni santo ni seña.

En estas patrullas iban, ya por tocarles el turno o como personeros por los veinte centavos, algunos vejetes que podrían derribarse de un soplido, armados, uno de un machete o un latón, otro de un fusil de chispa, tal vez sin gatillo.

La verdad es que la vigilancia armada no era tan necesaria como ha llegado a serlo después; los crímenes de toda clase eran infinitamente menos numerosos.

No queremos decir que absolutamente no se cometía alguno; pero lo cierto es que eran rarísimos; los robos y los asesinatos premeditados, excepcionales; la mayor parte de las muertes violentas resultaban de peleas. Entre los crímenes cometidos recordaremos el siguiente: Creemos que fué en 1824, un genovés Miseroti (ignoramos si era nombre o apodo), que tenía hojalatería, del Colegio media cuadra para el río, fué bárbaramente asesinado por dos negros de su servicio. Estos fueron fusilados en la plaza del Retiro; y un muchacho cómplice, se salvó de la última pena por su poca edad, pero se le obligó a presenciar la ejecución.

* * *

Existía la costumbre invariable del saludo; todas las personas que se encontraban en la calle se hacían un saludo de paso; unos con una simple inclinación de cabeza, otros quitándose o tan sólo tocándose el sombrero; pero la generalidad en la clase culta con un "beso a usted la mano", "buenos días, tardes o noches", y a las señoras "a los pies de usted, etc."

En la campaña aun no se ha extinguido del todo esa manifestación de fraternidad y cortesía.

En aquellos años sobraba el tiempo para poder ser cumplido con todo el mundo; hoy sólo saludamos a las personas de nuestra relación y eso no siempre. A través de los tiempos se operan estas mudanzas en las costumbres de los pueblos; entre nosotros, el aumento de población, el trato con extranjeros (a quienes, sea dicho de paso, bastante hemos criticado eso que llamábamos descortesía), el materialismo mercantil, ha influido, sin duda, en el cambio.

* * *

Entre las medidas filantrópicas que adoptó Rivadavia, se encuentra la supresión de la exposición de presidiarios cargados de cadenas, que se colocaban el jueves santo a pedir limosna, al lado de una mesa en las puertas de las iglesias.

También se suprimió el afligente espectáculo de ver en las calles, delincuentes montados a caballo, azotados por mano del verdugo, en cumplimiento de alguna sentencia judicial. Estos eran legados de los antiguos usos de la colonia española, que ya chocaban con el adelanto e ilustración de la época. También se mandó no llevar los presos encadenados a los trabajos públicos.

* * *

Allá por los años 1816 hasta 1821 se jugaba una lotería — creo que por cuenta de la Hermandad de Caridad, — que se efectuaba en armonía con el atraso en materia administrativa de aquellos tiempos.

El billete se vendía a diez centavos; para efectuar esta venta se ponía en la esquina de cada cuadra un hombre a quien se le llamaba *lotero*, que estaba sentado, teniendo por delante una mesita con los papeles necesarios rayados y numerados, un enorme tintero y arenillero de estaño, una larga pluma de ganso, etc. Cuando se retiraban de noche, dejaban la mesita en el zaguán de alguna casa inmediata.

El que quería comprar una o más cédulas, que así se llamaban los números, que eran unos papelitos de dos pulgadas cuadradas, numerados y al reverso llevaban escrita la contraseña, le decía al *lotero*: — “Quiero una cédula”. — “¿Qué quiere usted poner?” — le preguntaba aquél, calándose ya las antiparras. — “Ponga usted” — contestaba el comprador — “San Antonio, dame suerte”; — “¿y de contraseña?”... — Animas benditas”.

Esta se transcribía en el reverso del pequeño billete que contenía el número elegido.

* * *

La lotería se jugaba todos los martes en la plaza de la Victoria, delante del *Cabildo*, y en presencia del pueblo, a la una del día.

Unos muchachos sacaban de los globos los números, y un andaluz llamado Clavijo, los repetía en alta voz. A cada suerte que salía, el populacho gritaba: ¡viva Clavijo! Las suertes eran de cien pesos y una entre ellas de trescientos. Sólo había ocho o diez suertes, y los extractos impresos se entregaban a los *loteros*, a quienes ocurrían los interesados a saber si sus números habían obtenido premio.

* * *

Como en ese tiempo, según nuestros lectores saben, había esclavos, éstos entraban con interés a tomar un billetito todas las

semanas, y como éste sólo valía diez centavos, tenían casi siempre cómo comprarlo; y sucedió más de una vez que uno de estos desgraciados se sacase una de 300 pesos y con ellos rescata-se su libertad.

Los extractos se publicaban con la seña y contraseña, en esta forma: por ejemplo:

“Virgen del Carmen, dame suerte”.

Contraseña: — “Alma de mi abuela, con 100 pesos, número 240”.

“La calva de Clavijo”. — Contraseña: — “Jesús me ampare, con 100 pesos, número 350”.

Tal era la lotería de aquellos días.

José Antonio Wilde.

El bautismo de la caballería argentina

El episodio que vamos a narrar es indudablemente una de las más bellas páginas, a la vez que la primera en el tiempo, de los famosos jinetes del Río de la Plata. Allí se mostraron con su audacia y valor natural, los que adiestrados más tarde por Alvear o por Belgrano, llevaron la espada y la bandera de la independencia hasta el círculo máximo del Ecuador donde hicieron flaquear victoriosos los colores argentinos.

Tomada por sorpresa la ciudad de Buenos Aires, ausente el cobarde virrey, la bandera inglesa tremolaba en el Fuerte y las armas británicas eran señoras de nuestro río y de nuestros hogares. Empero, la idea de sacudir el yugo echando a los ingleses a viva fuerza, se dejaba sentir entre los hijos del país y algunos españoles, y trabajaban con sigilo en este propósito lo mismo en Buenos Aires que en Montevideo. Viéndose vigilados en la ciudad, los reaccionarios plantaron su misteriosa logia en unos caseríos llamados de Perdriel, cuatro leguas al noroeste de la capital. Allí habían levantado un simulacro de defensa con algunos viejos cañones de mar, unos pocos fusiles y otras armas destinadas a la caballería. Daba consistencia a estos proyectos la esperanza de una próxima expedición que, mandada por el capitán de navío D. Santiago Liniers, debía llegar desde la Colonia, y además tenían el inmediato apoyo del regimiento de Blandengues mandado por el coronel Echevarría. Entre los que más decididamente trabajaban por obtener la reconquista, hacíase notar el joven porteño don Juan Martín de Pueyrredón, tipo varonil y hermoso que apenas frisaba

en los treinta años. Tan alentado sujeto, rico de fortuna y muy querido de sus paisanos, había conseguido levantar un escuadrón voluntario de caballería que, mal armado, pero con excelentes caballos, lo acompañaba en el reducto de Perdriel, esperando la hora de señalarse con un rasgo digno de pasar a la historia. Habiendo llegado a noticia del jefe inglés, coronel Beresford, el proyecto que se tramaba y el sitio donde tenían sus recursos los defensores de la cautiva Buenos Aires, se resolvió a concluir rápidamente con aquellos elementos contrarios. En la madrugada del 1° de agosto, antes de rayar el alba de un día frío y nebuloso, emprendió su marcha al frente del regimiento número 71, ocho piezas de artillería y una veintena de jinetes. A las 6 de la mañana estaban los intrépidos ingleses sobre la meseta de Perdriel, hermosa colina que supera el extinguido arroyo de la Merced, tributario del Luján, y que volcaba sus raudales a la altura del vado de Carupá. La presencia inesperada de los enemigos sorprendió a los revolucionarios, y el primero en darse a una retirada que tenía todo el carácter de fuga, fué el jefe de los Blandengues, cuya tropa le siguió al centro de la campaña, sin temor de ser perseguida, porque los ingleses no llevaban bastante caballería. Mal servida y peor montada la artillería, no pudo ni supo resistir a los infantes del 71, y todo quedó perdido en poco más de una hora. Lleno de ira y de vergüenza el noble Pueyrredón invita a los soldados de su reducido plantel, para dar una carga a los enemigos que ya se aprestaban para celebrar el triunfo, y encontrando acogida generosa a su proyecto, se pone a su frente y da la primera y más brillante carga sobre las compañías inglesas; rompen las filas, llegan hasta el carro de las municiones y lo arrebatan del centro mismo de los enemigos asombrados de tanto valor. Corren con la presa, pero, antes de ponerse en salvo, una bala de cañón, certeramente dirigida, destroza el caballo del arrogante caudillo, quien queda milagrosamente de pie, y con la espada centelleante en la mano. Los ingleses se precipitan, lo rodean y creen ya cierta su captura, cuando volviendo riendas uno de los más audaces compañeros de Pueyrredón, clava las espuelas a su caballo, atropella y destroza cuanto se opone sobre los jarretes al brioso animal y le presenta el anca, gritándole: *!Suba pronto!* — Pueyrredón, sereno, no se detiene, y de un salto como sólo puede darlo un ágil gaucho, toma la grupa, y parten como una saeta dejando pasmados a los bravos ingleses. Estos célebres jinetes que rompían las líneas del heroico 71, fueron los *húsares de Pueyrredón*, que once días más tarde dividieron los laureles de la reconquista con el valiente escuadrón venido desde la

Colonia, a las órdenes del capitán don Benito Chain. Así nació la caballería argentina, y así se bautizó en el fuego y en la gloria.

Mariano A. Pelliza.

Himno patriótico infantil

CORO

¡Ni el Catón más exigente
dirá nunca, sin mentir,
que hay un solo doncel argentino,
ni ancestral, ni holgazán, ni servil!

VOCES

Oíd mortales el grito sagrado
de la noble, argentina niñez,
y acoged, cual un voto solemne,
la infantil profesión de su fe;
profesión que cantamos en coro
frente a frente del sol inmortal,
y es el guante gentil que imponemos
de los niños del Orbe a la faz.

Somos, sí, la falange más tierna
de la joven, sublime nación,
que al brotar de los senos humanos
cual un beso de amor resonó;
mas juramos hacerla tan sabia,
revestirla de tanta virtud...
¡que a través de los tiempos la llamen,
la Nación Capital de la luz!

Nuestros padres nacieron muy lejos,
más allá del abismo del mar,
bajo tantas banderas distintas
cual naciones históricas hay;
Pero vino el Dolor providente
y al abismo del mar les lanzó...
¡y el abismo del mar, en sus ondas,
les condujo a la Tierra del Sol!

A la tierra del Sol y a la Patria
que hace un siglo fundó San Martín,
para todos los parias del mundo
que resuelvan ser hombres al fin:
a la patria que alzaron los hijos
del genial, quijotesco español,
renegando con fibra estupenda
su gloriosa carnal filiación.

Almafuerte (Pedro B. Palacios).

El rancho

A la margen de un arroyo encantador, a cuatro pasos de su orilla y a la sombra de un grupo de sauces elevados y coposos, una simple estacada en un ámbito de seis varas en cuadro, sosteniendo un techo de paja con paredes formadas de junco o de ramas; tal es el rancho del isleño. Es su obra de pocos días, que dura muchos años. Su mueblaje se compone de un cañizo para dormir, y otro más alto para despensa; una mesa de seibo; algunos bancos y platos de la misma madera; asador, olla y *paba* o caldera de hierro. un *mate* y un saco de camuatí para la sal. He aquí un edificio que con su menaje todo no vale tanto como uno solo de los muebles que el lujo ha hecho necesarios al habitante de las ciudades. Y esa pobre choza con su rústico ajuar comprende cuanto el hombre puede necesitar para su seguridad y reposo, su comodidad y placer... pero que no se aloje en ella el que haya llegado a enervarse al extremo de ser más delicado que el picaflor que la prefiere para suspender bajo su alero la cuna de sus hijuelos.

¡Cuán poco necesita el hombre para vivir satisfecho y tranquilo, cuando las necesidades ficticias y las vanidades del mundo no le han hecho esclavo de mil gustos nocivos e innecesarios, de mil ridiculeces, y de un sinnúmero de costosas bagatelas!

¡Qué artesonado puede igualarse a la pompa y hermosura de un grupo de sauces de Babilonia que abraza en su extensa bóveda la cabaña con su patio y el puerto y la *chalana* y el baño, defendidos del sol por sus ramas colgantes y frondosísimas?

¿Aun consultando la variedad y delicadeza de los gustos (si se ha de combinar su satisfacción con la salud), nada de las mesas opiparas se puede echar de menos al probar las sencillas preparaciones del fogón de las islas.

Yo hasta ahora no he gustado un plato que supere al odorífero y jugoso asado, que sólo nuestros campesinos saben preparar. Dificilmente la cocina del rico aderezará un manjar tan sabroso como sano y succulento. Para el sobrio habitante de las islas, el simple *té del Paraguay* o *mate*, suple con ventaja para su paladar y su salud, todos los licores y pociones conocidas. El agua exquisita que corre al pie del rancho del carapachayo bastaría para hacerlo preferible a las habitaciones ciudadanas con todas sus bebidas peregrinas. El agua del Paraná, tan digna de su fama por su excelencia, quizá sea más eficaz que todas las panaceas y elixires inventados, para recobrar la salud y conservarla.

¡Oh, qué hechicera y agradable es la morada del isleño a la margen del arroyo, al abrigo de los copudos sauces, con su baño delicioso y su chalana! ¡Qué deleitable contemplar las bellezas de la primavera desde su rústico y pintoresco albergue! ¡Qué grato es aspirar el aire vivificante de la mañana, que penetra en el rancho libremente, incitándonos a gozar el bello espectáculo de la salida del sol!

¡Qué encanto escuchar a la alborada el cuchicheo de los nidos y los alegres preludios de los himnos a la aurora que asoma por el oriente! Todavía no se muestran para el hombre señales del alba, cuando bajo su mismo techo se la anuncia la charla bulliciosa de las golondrinas, seguida muy pronto por las tiernas canciones de la tacuarita, y los gritos del bienteveo repitiendo su nombre. Todas las aves abandonan la espesura que les sirvió de refugio contra los temores de la noche; dejan sin cuidado sus polluelos, y cada una a su modo celebra la vuelta de la luz que les trae la alegría y los placeres! La calandria se remonta por los aires entonando sus inimitables cantos, para anunciar desde el cielo a los dormidos el nacimiento del sol. El hornero, modelo de industria y parsimonia, nos avisa con su ruidoso claqueo, que ha llegado la hora del trabajo. El boyero (pájaro tejedor) parece despertar a los ganados con sus silbidos sonoros que imitan la voz humana. El carpintero, sin pérdida de tiempo, continúa a golpe de pico en un duro tronco, la obra laboriosa de su nido; y millares de jilgueros, cantando todos a la vez, aumentan el regocijo de la madrugada con el gracioso desconcierto de sus trinos.

Toda la naturaleza se despierta a gozar el placer de la existencia desde los primeros albores del nuevo día. El verdor del follaje, la frescura de la brisa, la fragancia y belleza de las flores, el susurro de los árboles, la trisca de las aves y los peces, el brillo de la luz sobre las hojas barnizadas por el rocío, y las aguas que

centellean con sus reflejos... todo infunde el más puro alborozo. todo embarga los sentidos y los llena de una deleitación sosegada y pura, todo nos inspira vehementes deseos de fijar nuestro domicilio en la cabaña situada a la margen del arroyo, a la sombra de los elevados y coposos sauces, con su chalana y su baño entre las ramas colgantes y las flores y los pájaros canoros.

Marcos Sastre.

Mi infancia y adolescencia

Acaeció que en vez de nacer en el valle de Tempe, por una equivocación del destino, abrí tamaños ojos a la luz en la mismísima plaza de la Victoria en Buenos Aires. Esto y declarar que fui ladino y travieso desde el cascarón, viene a ser igual cosa. Pasóse la niñez entre caricias. Ráfagas frescas me llegan todavía de aquella edad feliz, cuyos celajes vívidos vanse poco a poco apagando entre las sombras de la noche que se aproxima silenciosa. En la escuela aprendí a deletrear, aventajando en esto a Homero, pues el ciego de Esmirna no conocía ni la jota. Fui el primer rabonero; sabía dónde se encontraban en los cercos de los arrabales los mejores huevos de gallo, los camambuses más dulces, los tallos más tiernos; era la pesadilla de un viejo vizcaíno llamado en casa *ño Morao*, torvo cancerbero de la quinta de la familia, quien a pesar de su vigilancia tenaz, no consiguió nunca presentar al amo de la casa ni una breva, ni un durazno maduros. Nadie me ganaba a la rayuela, a la pelota, a los cocos; pero en lo que más adelanté fué en el juego de la taba, bajo la dirección del sargento Rojas, atezado tagarote riojano, un ordenanza de mi padre, con quien tenía yo hecha íntima aparcería. También tocóle a él ser mi maestro de equitación. Tenía un caballazo moro que a cada instante ensillaba. Rojas no daba un paso a pie. Si le enviaban a la botica de enfrente, le plantificaba encima a su rocín el recado, empleando una hora en el acomodo de la complicada montura, en que figuraban multitud de jergas y cueritos. De contado, el primero a ahorcarse en el paciente bruto, al cual le habíamos puesto *el escribano* por ciertos trabados manoteos cuando tomaba el trote, era yo.

No bien cumplido los trece años, allá por el de 1840, cuando ya me había engullido cuanto libraco me cayera a la mano, quiso mi estrella me apartase del triste espectáculo que ofrecía la patria, víctima de los estragos de la guerra civil, y de la dictadura

tremenda engendrada entre las convulsiones políticas. Mi padre, residente a la sazón en Río Janeiro a donde, con mis dos hermanos mayores, José Tomás y Daniel, había ido en calidad de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario, para asistir al acto de la coronación de Don Pedro II, conservando su carácter diplomático, llamaba a todos los suyos a su lado, queriendo apartarnos del foco ardiente de las pasiones de que era entonces Buenos Aires la encendida hornaza.

Héteme ya navegando en compañía de mi madre (bendita su memoria) a bordo de la fragata de guerra francesa la "Gloire", que enarbolaba la insignia del Almirante Mathieu de Clerval, y se perdió más tarde en el mar de la China; navegando digo a todo trapo, en dirección a Río Janeiro. Por la primera vez veía el mar. Le hice un saludo digno de un joven Tritón: "Gran espejo de la naturaleza, le dije, te saco tres veces el sombrero; sólo tus aguas, aún después de haberse bañado en ellas el sol desde el principio del mundo, serían capaces de lavar las inmundicias de la tierra sumergiéndola. Eres un elemento más limpio y más decente; sigue criando eternamente tus pescados; muge, brama, rabia cuanto quieras, y no bañes sino las costas en donde el hombre pueda mirarte cara a cara sin avergonzarse de sí mismo".

Carlos Guido Spano.

El teatro de la ranchería

Hasta noviembre de 1747 no se conocía por estas tierras lo que era una representación de comedias; solamente los indios de las reducciones lo sabían, debido a que los jesuitas les habían enseñado música, cantos y algunas escenas teatrales en las que predominaba la parte cantada; y esta circunstancia ha hecho suponer erróneamente a algunos que aquéllos cantaban "óperas", es decir, lo que por entonces era el melodrama italiano del XVII y XVIII.

El primer espectáculo de comedias que tuvo lugar en la ciudad de Buenos Aires, fué en noviembre del año mencionado, con motivo de las solemnes y prolongadas fiestas que se organizaron para celebrar la coronación del rey Fernando VI.

Fué en el tiempo del virrey Vértiz cuando se habló ya decididamente de la edificación de un teatro, y es aquí donde el de Buenos Aires comienza a figurar como un elemento de progreso

de no escasa importancia; a él se debieron el primer alumbrado de la ciudad, el arreglo de las calles por cuadrillas de peones (presos de la cárcel), el sostenimiento y prosperidad de la casa de Expósitos, el adelanto de los barrios donde se instalara, (Moreno, Alsina, Chacabuco y Perú primeramente, Cangallo, Reconquista, veinticinco años después), la afición a las letras, el estudio de la literatura, las primeras reuniones democráticas, con sus demostraciones colectivas, el funcionamiento de la imprenta y la idea del empedrado de las calles.

Vértiz fué indudablemente el más progresista de los virreyes que tuvo el Río de la Plata, y sin él, tal vez la institución teatral hubiérase retardado de treinta años; cierto es que en materia literaria teatral poco pudo o supo hacer, pero ¿qué podía él contra la corriente establecida y la perversión del gusto de su época?

Fué don Francisco Velarde, primer empresario teatral de esta ciudad, el que propuso al virrey don Juan José de Vértiz y Salcedo la construcción de un teatro. Presentóse a él diciendo que se comprometía a edificar "un coliseo a todo costo, a similitud de las casas de comedias de España" pudiendo el gobierno nombrar un ingeniero de confianza que confeccionara los planos y vigilara las obras. Entretanto, el proponente edificaría — también con intervención del ingeniero que se le indicara — un *galpón* provisorio, con capacidad suficiente y todas las comodidades necesarias, para lo cual se le había de permitir disponer de un terreno cualquiera en la Ranchería, junto al mercado de frutos. El galpón sería de madera y techo de paja bien concluído, con entradas amplias y un corredor junto a ellas.

El paraje conocido por la Ranchería, era un barrio de la ciudad, por las alturas del hoy Mercado Viejo, (Chacabuco, Moreno, Alsina, etc.), en que la edificación predominante era el rancho de barro y techo de paja. El mercado de frutos era donde hoy está el actual, y su manzana anterior, hacia el Oeste.

Prefería el empresario Velarde un terreno en la Ranchería, porque allí abundaban los disponibles de propiedad fiscal y por su proximidad con "el cuartel de tropa" (cuartel de artillería), que prestaría su auxilio en un caso posible de incendio, que a producirse, "*haría perder más de nueve mil pesos*", que iban a costar las edificaciones, bastidores, vestuario, telones, muebles e instalaciones generales del teatro.

Para la edificación, el gobierno había de facilitar al empresario, preferentemente a cualquier otro trabajo de orden público ni privado, todos los presos que hubiera en la cárcel o los que él

le pidiera. Una vez concluído y decorado, empezaría a trabajar en él una compañía de actores traída de España o contratados en el país, representándose las principales comedias famosas del teatro, loas, sainetes, entremeses y canto de tonadillas de la madre patria. Los precios que se cobrarían al público serían de *dos reales a los blancos y uno al que no lo sea*: la entrada de dos reales daría derecho a ocupar un asiento cualquiera en el patio o en las gradas superiores.

Mariano G. Bosch.

Noche de luna

Ya la luna en su disco a etérea cumbre
Sobre el silencio universal levanta,
Y con la voz de su nevada lumbre
Muda elegía en los espacios canta.

¡Cómo un día en su albor mi pensamiento
Quedaba dulcemente adormecido,
Resbalando en mi ser un fresco aliento
De regiones celeste desprendido!

Mas hoy, cuando en mi alma calla el mundo
¡Oh luna! al contemplar tu faz errante,
A henchirla toda, con clamor profundo,
Resurge en ella mi dolor vibrante.

Tus rayos, siempre de mi alma dueños,
A ella bajan, rompiendo sus neblinas,
No ya a alumbrar mis encantados sueños,
Sino un montón de solitarias ruinas.

Mi mente entonces desolada y vaga,
A la mansión de los extintos vuela,
Do el mundanal rumor sordo se apaga,
Donde la muerte sus arcanos cela.

Y donde yace allí muerta mi vida
Junto al sepulcro en que mi hija mora,
Sin voz, inmensamente dolorida,
Mi alma entera se arrodilla y llora.

¡Cómo tu luz, oh luna, triste baña
La blanca tumba en que mi amor se estrella,
Y la besa, y la halaga, y la acompaña,
Cual si quisiera conversar con ella!

Ya su sepulcro, alucionado, veo
Resplandecer con místicos fulgores
Y se entreabre radioso a mi deseo,
Y vuela de él un ángel entre flores...

.....

Calixto Oyuela.

Un paseo por las islas

Sencilla es mi canoa como mis afectos; humilde como mi espíritu. Ella boga exenta y tranquila por las ondas bonancibles sin osar lanzarse a las olas turbulentas del gran río. Bien ve las naves fuertes naufragar; bien ve los verdes camalotes fluctuantes, que separados de la dulce linfa natal, al empuje de las corrientes, vagan acá y allá, ora batidos y desmenuzados contra las riberas, ora arrebatados por el océano de las aguas amargas hasta las playas extranjeras.

¡Paraná delicioso! tú no me ofreces sino imágenes risueñas, impresiones placenteras, sublimes inspiraciones; tú me llamas a la dulce vida, la vida de la virtud y la inocencia. ¡Cuántos goces puros! ¡cuán deleitosas fruiciones plugo a tu Hacedor prepararnos en tu seno! En medio de tus aguas bienhechoras, de tus islas bellísimas, revestidas de flores y de frutos; entre el aroma de tus aires purísimos; en la paz y la quietud de la humilde cabaña hospitalaria de tus bosques... allí, allí es donde se encuentra aquel edén perdido, aquellos dorados días que el alma anhela!

La leve canoa, al impulso de la espadilla, se desliza rápida y serena sobre la tersa superficie que asemeja a un inmenso espejo guarnecido con la cenefa de las hojosas y floreadas orillas, reproducidas en simétricos dibujos. El sol brilla en su oriente sin celajes; las aves, al grato frescor del rocío y del follaje, prolongan sus cantares matinales, y se respira un ambiente perfumado. Las islas por una y otra banda, se suceden tan unidas, que parecen las márgenes del río; pero este gran caudal de agua que hiende mi

canoa no es más que un simple canalizo del grande Paraná, cuyas altas riberas se pierden allá, bajo el horizonte.

A medida que adelanta la canoa, nuevas escenas aparecen ante la vista hechizada, en las caprichosas ondulaciones de las costas, y en los variados vegetales que las orlan. A cada momento el navegante se siente deliciosamente sorprendido por el encuentro de nuevos riachuelos, siempre bordados de hermoso verdor; sendas misteriosas que transportan la imaginación a elíseos encantados.

Al paso que se desarrollan las vueltas salientes de las costas, vanse descubriendo nuevas abras y canales arbolados, y continuados bosques, no como aquellas selvas vetustísimas, donde los resquebrajados troncos seculares levantan sus copas infructíferas, jamás penetradas por el sol, sofocando bajo de sí toda vegetación, y ofreciendo el reino de la noche y del silencio. No: sobre este suelo de reciente formación, surcado por una red de corrientes cristalinas que fluyen sobre lechos de flores, se elevan bellos árboles y arbustos que protegen los raudales, coronando sus orillas de opimos presentes de Flora y de Pomona; bellos árboles variados, de mil formas y matices, que la vista contempla embebecida. Ya, separados por familias, o bien, entremezclados forman acá y allá espesos boscajes, interrumpidos por claros espaciosos que dejan gozar libremente de la luz y hermosura de los cielos. Unas veces desplegando libremente su ramaje, se muestran con la fisonomía peculiar a cada especie; otras veces en densos grupos forman sombríos embovedados; y otras, se encorvan sobre las aguas, oprimidos con la muchedumbre de sus frutos.

Aquí el naranjo esférico ostenta majestuoso su ropaje de esmeralda, plata y oro; allí el cónico laurel de hojas lucientes, refleja el sol en mil destellos; allá asoman sus copas el álamo piramidal, la esbelta palma, el enhiesto aliso y el sauce de contornos aéreos, que mece sus cabellos al leve impulso de los céfiros; más allá los durazneros, de formas indecisas, compiten entre sí en la copia y variedad de sus pintados frutos; y por todas partes el ceibo florido, patriarca de este inmenso pueblo vegetal, muestra orgulloso sus altos penachos del más vivo carmín y extiende sus brazos a las amorosas lianas, que lo visten de galas y guirnaldas, formando encumbrados doseles, graciosos cortinados y umbrosas grutas que convidan al reposo y al deleite.

Aun los árboles privados de su verdor y de su savia se ven vistosamente adornados de agáriscos y líquenes, festoneados de bonitas enredaderas, y embalsamados por la flor del aire, planta inmortal que vive de las auras.

Los globosos panales de camuati y la lechiguana, cual desmesurados frutos, cuelgan aquí y allí, doblegando los arbustos con el peso de la miel más pura y delicada.

Marcos Sastre.

El Carnaval de Rosas

Había entonces en Buenos Aires más de veinte mil negros, distribuidos en innumerables sociedades, cada una con su nombre bárbaro, sus hábitos y reyes según los usos y jerarquías que probablemente traían desde sus tierras africanas. Alrededor de la ciudad formaron un conjunto de colonias libres, y los domingos y días de fiesta ejecutaban sus bailes salvajes, hombres y mujeres a la ronda, cantando sus refranes en sus propias lenguas y al compás de tamboriles y bombos grotescos. La salvaje algazara que se levantaba de aquel extraño concurso atronando al aire, la oíamos — dice un testigo, a quien copiamos — como un rumor siniestro desde las calles del centro, semejante al de una aterradora invasión de tribus africanas enloquecidas por el olor de la sangre. Faltábame agregar un *hachure* sugerente a este pequeño grabado al agua fuerte: desde que subió Rosas al gobierno, se hizo concurrente discreto de los *candombes* y asistía religiosamente a algunas de sus fiestas. Con aquella forzada modestia que en él era habitual, aceptaba los nombramientos y pomposos honores que le discernían. El les daba el concurso de su presencia y el de su hija, y ellos, el de su adhesión servil y de su sangre generosa, porque lo era en efecto, puesto que el Cuarto Batallón sólo contaba de 800 plazas y fué uno de los favoritos de la Guardia.

El "Carnaval de Rosas", como se le ha llamado después, era la institución popular por excelencia. El estado de cultura y la libertad usada por el pueblo bajo están pintados allí con viva elocuencia. Llegó a tal punto el brutal desborde, que el mismo dictador se vió obligado a reglamentarlo en un decreto lleno de considerandos, en el cual él mismo revelaba cierto respetuoso temor ante el empuje del indomable populacho. Si alguna diversión, en los anales de la locura, ha superado a las Bacanales, ha sido aquélla, sin duda alguna. Este extraño género de *sport* concentraba todo el fuego de las pasiones populares, y en ocasiones debió ser una especie de emuntorio que daba escape a todas las fuerzas reprimidas durante el curso del año por la disciplina y el trabajo.

Era necesario ver aquella plebe usando del placer, para explicársela en la venganza y el motín.

Como actores de la infernal orgía, tomaba parte principal todo lo que el pueblo tenía de menos pacífico. De las orillas y de los pueblecitos inmediatos, la gente afluía a caballo o en carreta y llenaba los fondines y pulperías en un hacinamiento desagradable. Tres o cuatro días duraba la preparación espiritual, durante los cuales se bebía en abundancia, se combinaban las agresiones y, en medio de la excitación de tanta locura, se organizaban los más extraños instrumentos de combate: carros adornados con abundancia de sauce y paraíso, grandes pipas para el agua, tristes monumentales, vejigas llenas de aire en cuya confección el ingenio demoníaco del guarango y del orillero se complacía en agregar el detalle maligno. Era lo menos la pica-pica en el ramo de flores, el agua sucia en el tristel, la pólvora en el cigarro cuyo éxito llenaba el ambiente con el estruendo de la carcajada popular, una vez producida la grave lesión que se esperaba. Los candombes empezaban a fermentar con la alegría gritona y agitante de los negros en libertad.

Sonaba el *cañonazo* y estallaba el acceso. Los carros comenzaban a rodar por el mal empedrado, llevando enormes toneles llenos de agua, escaleras para el asalto, sandías, zapallos, huevos de pato y de avestruces llenos de agua infecta, vermeilón o harina para los balcones de los unitarios; y detrás o a los lados, trepados o a pie, una turba de pilluelos de todas las edades y aspectos, atornando el aire con sus silbidos, gritos y palmoteos salpicados del infaltable: *¡Viva la federación, mueran los salvajes inmundos unitarios!* Pelotones pintorescos de hombres a caballo, medio disfrazados y pintarrajeados, con ponchos y chalecos colorados, barbas postizas de crines y colas de caballo. A tan desaforada peregrinación, que iba a detenerse frente a la casa elegida para el festín o para el ultraje, servíanle de orquesta los tachos y calderas más sonoras, cornetas desafinadas, pitos, tambores, bombos, cencerros colosales, en montones, agitados nerviosamente y golpeados por la turba desenfrenada. Allí era recibida con palmoteos y gritos de entusiasmo. Las mujeres arremangábanse las polleras, el cabello iba a la espalda con caluroso garbo y empezaba el torneo.

José María Ramos Mejía.

De las "Ondas seculares"

FRAGMENTOS

Un verde matinal lustra los campos,
Donde el otoño, en languidez dichosa
Con dorados de soles que se atardan,
Va dilatando madureces blondas.
A través de la pampa un río, turbio
De fertilidad, rueda silenciosa
Su agua que tiene por modesta fuente
La urna de tierra de la tribu autóctona.
Negrea un monte en la extensión, macizo
Como un casco de buque cuya proa
Entra en el agua azul del horizonte,
Avanzando a lo inmenso de la zona,
La civilización del árbol, junta
En la fresca bandera de su sombra,
Tiende el cerco su párrafo de alambre
Sobre el verdor de las praderas solas,
Que en divergentes líneas de dibujo
Allá a lo lejos insinúan lomas,
Y mientras desde la invisible estancia
Algún gallo los campos alborozaba
Aventando su ráfaga de hierro
El recio tren las extensiones corta.

Allá en la luz del horizonte inmenso,
Como una parva de gavillas blondas,
Un nubarrón magnífico progresa
Evocando doradas Babilonias.
Y el tesoro del agua que anticipa,
Parece propiciar en dulce gloria,
La justicia del cielo embellecido
A las futuras patrias de concordia.

Cantemos al maíz cuyo tesoro
Es lingote cabal en la mazorca.
Y en cristalización de sol madura,
O pálidos topacios monta en joya;
Y pinta un oro púber en la mecha
Que del muslo del choclo se desfloca,

Bajo el crujiente ajuste a cuyo aniparo
Su blanca y dura desnudez conforma.

Cantemos las primicias de la lana
En la cordura honesta de la ropa;
Y en ese bienestar equitativo
Que al vecindario dan las casas propias;
Y en esa gravedad que economiza
Los pasos de las madres numerosas,
Como honesta balanza bien cargada;
Y en ese encanto de invernables horas,
Que la velada hasta las diez hilaba
Con paciente virtud, contando historias.

Cantemos a la carne brava y fuerte
Que enciende el fuego de la vida heroica,
En el bocado previo del combate,
En la ración del labrador que torna.
Temple en el brazo activo; flor de llama
En el ramo arterial de sangre roja;
Calor de inteligencia y de coraje,
Fundamento de razas vencedoras.

Cantemos a la leche cuyo gusto
Sabe a beso infantil en nuestra boca.
La leche, plata líquida del pobre,
Que las jícaras blancas alboroza
Y en el aro del queso se amoneda.
Y en lo más tierno del manjar provoca.
Abramos a las miseras infancias
El dulce manantial de la ubre rosa.
Y al prodigarse floreciendo en niños,
Esa prosperidad tenga su gloria.
Como en los paraísos legendarios,
Ríos de leche nuestra dicha portan.

Leopoldo Lugones.

El Kacuy

Vive en la Selva un pájaro nocturno que al romper el silencio
de las breñas, estremece las almas con su lúgubre canto. Esa ave

tiene una historia; y es la tragedia de su origen lo que evoca su grito lastimero, ayeando entre las arboledas tenebrosas.

En época muy remota, dicen las tradiciones indígenas, una pareja de hermanos habitaba su rancho en las selvas. Solos vivían desde la muerte de sus padres, sin que la comunidad de su sangre hubiese atenuado las diferencias de sus idiosincrasias antagónicas. El era bueno; ella era cruel. Amábala el muchacho como pidiéndole ventura para sus horas huérfanas; pero ella acibaraba sus días con recalitrante perversidad. Desesperado, abandonaba en ocasiones la choza, internándose en las marañas; y amainando en el aislamiento sus iras, la mala se apaciguaba hilando alguna vedija en la rueca o tramando una colcha en sus telares. Vagando él triste por las umbrías, pensaba en ella: las algarrobas más gordas, los mistoles más dulces, las más sazonadas tunas, llevábala al rancho.

Todo esto le costaba trabajo y pequeños dolores; pero ella, en cambio, mostrábase indiferente, como gozándose en sus penas. . . Volvió una tarde sediento, fatigado, tras un día de infructuosa pesquisa, pues, como reinaba la seca, estaban yermos y en escasez los campos. Sangrábale la mano, porque al pretender agarrar una perdiz boleada a lives y caída entre unas matas, pinchóle un *uturuncu-huakachina*, el cactus espinoso "que hace llorar al tigre". Pidió entonces a su hermana un poco de hidromiel para beberla y otro de agua para restañarse los harponazos.

Trajo ambas cosas, mas, en lugar de servírselas, derramó en su presencia la botijilla con agua y el tubo de miel.

El hombre una vez más, ahogó su desventura; pero, como al siguiente día le volcara la ollita donde se cocinaba el locro de su refrigerio matinal, la invitó para que le acompañase a un sitio no distante, donde había descubierto miel abundante de *moromoros*. Su invitación encubría upalleros designios de venganza.

No vistió su zamarra profesional, ni los guanteletes, ni el sachasombrero, ni llevó la bocina de las meleadas porque juzgaba fácil la aventura. El árbol, un abuelo del bosque, era, sin embargo, de gigantesca talla. Cuando llegaron allí, la persuadió a que debían operar con cuidado, buscando beneficiarse del néctar sin destruir las abejas pequeñitas, pues se referían historias de meleros desaparecidos misteriosamente a manos de un dios invisible que protege las colmenas. . . Sobre la horqueta más alta hizo pasar su brazo; y preparó en un extremo a guisa de columpio para que subiese su hermana, bien cubierta por el poncho, en defensa del enjambre ya alborotado por la maniobra. Tirando al

otro extremo, a manera de corrediza palanca, la solivió en el aire, hasta llegar a la copa; y cuando ella se hubo instalado allá, sin descubrirse, él empezó a simular que ascendía por el tronco, desgajándolo a hachazos, mientras bajaba en realidad. Safó después el lazo; y huyó sigilosamente...

Presa quedaba en lo alto la infeliz.

Transcurrieron instantes de silencio.

Ella habló.

Nadie le respondía...

Como empezara a temer, solevantó la manta que la tapaba dejando apenas una rendija para espiar. El zumbido de los insectos la aturdió, pues el armado enjambre revolaba furioso en derredor, vibrante de alas y de trompas. Ese rumor confuso revelaba la profundidad del silencio. ¿Qué podría ser? No sospechaba la hora, ni el lugar. Ciega de horror y de coraje, se desembozó de súbito, así la acribillaran las *moro-moros*; y al descubrir el espacio, el vacío del vértigo la dominó... ¡Sola, sola, sola para siempre!

Abandonada a semejante altura, sobre un tronco liso y largo sin otras ramas que esas a las cuales se aferraban sus manos prietas en constreñir de nudo, espiaba para ver si el hermano reaparecía por ahí. La acometían deseos de arrojarle, pero la brusquedad del golpe amilanábala. No obstante, si perecía allá, quién sabe si los caranchos voraces no vendrían a saciarse en ella como en las osamentas de los animales que morían ignorados en el monte.

Mientras tanto la noche iba descendiendo en progresiva nitidez de sombra. El sol, hundiéndose tras de los árboles, la impresionó más soberbio que nunca, iluminando el enorme lomo del bosque con su claridad apacible y decorado el cielo de occidente por cosmogónicos esplendores. Luego vió aquella gran luz aguararse hasta disolverse toda en la noche, ¡noche sin astros para mayor desventura!... Nunca se le mostraron más pavoroso el cielo, ni más callada la breña. Viniéronle ansias locas de perderse en lo ignoto, de hender esa inmensidad de árboles y tinieblas, o llenar el silencio de un solo grito.

Mas, ahora, se le añuscaba la garganta muda y la lengua se le pegaba en la boca con sequedad de arcilla.

Tiritaba como si el ábrego la azotara con su punzante frío y sentía el alma toda mordida por implacables remordimientos. Los pies, en el esfuerzo anómalo con que ceñían su rama de apoyo, fueron desfigurándose en garras de buho; la nariz y las uñas se encorvaban; y los dos brazos abiertos en agónica distensión empu-

mecían desde los hombros a las manos. Dispnea asfixiante la estranguló; al verse, de pronto, convertida en ave nocturna, un ímpetu de valor arrancóla del árbol y la empujó a las sombras.

Así nació el Kacuy, y la pena que se rompió en su garganta llamando a aquel hermano justiciero, es el grito de contrición que aún resuena sobre la noche de los bosques natales, gritando:

—¡Turay... turay... turay!...

Ricardo Rojas.

Santa María del Buen Aire

Bello nombre, nombre de carabela, de carabela venturosa. Henchido, soleado el velamen; blanco por sotavento, rubio por barlovento; la Virgen pintada en la lona. Bonanza.

Sin embargo, de nada le valió esta vez el agujero del nombre. No pudo ser menos feliz el comienzo. Ninguna otra capital de América tuvo comienzo tan desastroso, tan mísero.

Aquí la tierra defendióse con fiereza única. Los naturales no se dejaron intimidar, como en otras partes, por la novedad del caballo (vocación misteriosa), ni por el trueno de la pólvora. Empleaban una arma terrible. La bola arrojadiza. Además, los tigres llegaban hasta el foso, hasta la empalizada, todas las noches.

Esta comarca, que había de ser un día dehesa del mundo, acabó por arrojar de sí a los primeros conquistadores con el flagelo del hambre. Fuera de algunas perdices, que no tardarían en alejarse amedrentadas por los disparos del escandaloso arcabuz, no había nada que llevarse a la boca en todo el contorno. Llanura hirsuta; pastos amarillos y duros, tierra maligna.

Quien sabe si la sensibilidad futura más golosa de expresión que de brillo, no acaba un día por encontrar mayor belleza en la quijotesca desgracia de ese cuadro nuestro con su fondo de horizonte salvaje, que en las aventuras espléndidas del Perú y de Méjico, al empezar la conquista.

Don Pedro de Mendoza

Por lo menos, un sabor más agudo: la especia del desengaño. Sabor cervantino. Pimienta de Insula. Nunca vino de España expedición más brillante. El jefe, un Mendoza, don Pedro de Men-

doza, gentil-hombre del Emperador, soldado de Italia, cortesano disoluto y magnífico. Muchos trajes y joyas. Harto dinero. Se le decía enriquecido en el saqueo de Roma con tesoros de cardenales y de basílicas. Sus cofres sacrílegos huelen a incienso.

Al tiempo de pillar hinchó la mano

Canta el maldiciente poeta. No hay que espantarse. En esos tiempos el saqueo era el medio más honroso de hacer fortuna cuando se trataba de un noble, tal vez porque nada se diferenciaba tanto del paciente oficio manual, que, como es sabido, acarreaba la infamia.

Acompañaban a Mendoza, treinta y dos mayorazgos. Hubo que rechazar a muchos por falta de espacio en los bajeles. Esta vez se entraría por el Río de la Plata y, siguiendo siempre aguas arriba, se llegaría seguramente al Pacífico. Sería como pasar la red por un mar de riquezas. Las capitulaciones decían: "Que de todos los tesoros que se ganasen, ya fueran metales, piedras u otros objetos y joyas..." "Que en caso de conquistar algún imperio opulento..." Parecen palabras de don Quijote a su escudero.

Enrique Larreta.

Don Segundo Sombra

La laguna hacía en la orilla unos flequitos cribados. Por la parte media, en unos juncales malos, gritaban los pájaros salvajes.

Una fatiga grande pesaba en mi cuerpo y en mis pensamientos, como un hastío de seguir siempre en el mundo sembrando hechos inútiles.

Iba a pasar un momento triste, el momento que en mi vida representaría, más que ningún otro, un desprendimiento.

Tres años habían transcurrido desde que llegué, como un simple resero, a trocarme en patrón de mis heredades. ¡Mis heredades! Podía mirar alrededor, en redondo, y decirme que todo era mío. Esas palabras nada querían decir. ¿Cuándo, en mi vida de gaucho, pensé andar por campos ajenos? ¿Quién es más dueño de la pampa que un resero? Me sugería una sonrisa el solo hecho de pensar en tantos dueños de estancia, metidos en sus casas, corridos siempre por el frío o por el calor, asustados por cualquier peligro que les impusiera un caballo arisco, un toro embra-

vecido o una tormenta de viento fuerte. ¿Dueños de qué? Algunos parches de campo figurarían como suyos en los planos, pero la pampa de Dios había sido bien mía, pues sus cosas me fueron amigas por derecho de fuerza y baquía.

Está visto que en mi vida, el agua es como un espejo en que desfilan las imágenes del pasado. A orillas de un arroyo resumí antaño mi niñez. Dando de beber a mi caballo en la picada de un río, revisé cinco años de andanzas gauchas. Por último, sentado sobre la pequeña barranca de una laguna, en mis posesiones, consultaba mentalmente mi diario de patrón.

Si al recibir mi campo de manos de Don Leandro, hubiera seguido mi sentir, andaría aún dejando el rastro de mi tropilla por tierras de eterna novedad. Dos cosas me decidieron entonces a cambiar de parecer: los consejos de mi tutor, apoyados en claras razones, y el refuerzo que de éstos me llegaban por boca de mi padrino. Más sólido argumento, fué recibir de Don Segundo la aceptación de quedarse en el campo.

Casi de más está decir que, los dos primeros años, viví en el rancho de mi padrino. Desde mi llegada, por cierto, no miré a la casa principal como residencia de elección. Conservaba yo muy vívido un instinto salvaje, que me hacía tender cama afuera y escapar de todo encierro. También continué levantándome al alba y acostándome a la caída del sol, como las gallinas.

La casa grande y vacía, poblada de muebles serios como mis tías, no me veía más que de paso. Seguían sus vastos aposentos siendo del otro hombre, cuya memoria no podía acostumbrarme a encarar como la de un padre. Y, además, me parecía que también ella se iba a morir, significando su presencia sólo un recuerdo frío. De haberme atrevido, la hubiera hecho echar abajo, como se degüella, por compasión, a un animal que sufre.

Como el potrero a cargo de Don Segundo quedaba lindando con el campo de los Galván, nos reuníamos frecuentemente con Raucha. Nuestra amistad se había sellado muy pronto, ofreciéndonos como prenda de simpatía el gusto de intercambiar potros: El me dió los primeros galopes a unos bayos, que me regaló para entablar la tan deseada tropilla de ese pelo. Yo le correspondí de igual modo y en igual cantidad, con unos alazanes. Mutuamente nos servimos de padrinos durante la amansadura. Nuestro compañerismo, por cierto, no podía haberse cimentado mejor, ni de modo más gaucha. Para dos muchachones que andaban a caballo, de sol a sol, era una forma de estar siempre presentes el uno para el otro.

Nuestro trato era frecuente en lo de Don Segundo, sin contar los días en que Don Leandro nos llamaba a su lado, para enseñarnos el manejo de un establecimiento. Pero en casa de mi padrino pasábamos los mejores ratos, mano a mano con el mate o una guitarra por medio, mientras el grande hombre nos contaba fantasías, relatos o episodios de su vida, con una admirable limpidez y gracia que he tratado de evocar en estos recuerdos.

Fué a raíz de estas charlas, que Raucho acertó a influenciar-me con aficiones suyas. Sabía una barbaridad en cuanto a lecturas y libros. Prestándome algunos me hablaba largamente de ellos. Pero ¡qué diferencia! Mientras yo me veía limitado no sólo por el idioma sino por mi falta de costumbre, él leía con extraordinaria facilidad, lo mismo en francés, italiano y en inglés. que en español. Al lado de esto, Raucho me parecía a veces una criatura libre de dolores, sin verdadero bautismo de vida. Otro motivo de su conversación era el de sus aventuras y diversiones. ¿Qué creía que iba a encontrar? La vida, a mi entender, estaba tan llena, que el querer meterle nuevas combinaciones, se me antojaba lamentablemente infantil. Mis argumentos simples, nada podían contra su fantasía y al fin, lo dejaba desfogarse a su gusto.

A todo eso, poco a poco, me iba formando un nuevo carácter y nuevas aficiones. A mi andar cotidiano sumaba mis primeras inquietudes literarias. Buscaba instruirme con tesón.

Pero no quiero hablar de todo eso, en estas líneas de alma sencilla. Baste decir que la educación que me daba Don Leandro, los libros y algunos viajes a Buenos Aires con Raucho, fueron transformándome exteriormente en lo que se llama un hombre culto. Nada, sin embargo, me daba la satisfacción potente que encontraba en mi existencia rústica.

Aunque no me negara a los nuevos modos de vida y encontrara un acerbo gusto en mi aprendizaje mental, algo inadaptado y huraño me quedaba del pasado.

Y esa tarde iba a sufrir el peor golpe.

Miré el reloj. Eran las cinco. Monté a caballo y fui para el lado del callejón, donde hallaría a mi padrino. Resultaba ya imposible retenerlo, después de tanta insistencia inútil. El estaba hecho para irse, siempre, y tres años de permanencia en un lugar, lo habían saturado de inmovilidad. Demasiado sentía yo en mí la sorbente sugestión de todo camino, para no comprender que en Don Segundo, huella y vida eran una sola cosa. ¡Y tenerme que quedar!

Nos saludamos como siempre.

A la par, tranqueando, hicimos una legua por el callejón. Entramos a un potrero, para cortar campo, y llegamos hasta la loma nombrada "del Toro Pampa", donde habíamos convenido despedirnos. No hablábamos. ¿Para qué?

Bajo el tacto de su mano ruda, recibí un mandato de silencio. Tristeza era cobardía. Volvimos a desearnos, con una sonrisa, la mejor de las suertes. El caballo de Don Segundo, dió el anca al mío y realicé, en aquella divergencia de dirección, todo lo que iba a separar nuestros destinos.

Lo vi alejarse al tranco. Mis ojos se dormían en lo familiar de sus actitudes. Un rato ignoré si veía o evocaba. Sabía cómo levantaría el rebenque, abriendo un poco la mano, y cómo echaría el cuerpo, iniciando el envión del galope. Así fué. El trote de transición le sacudió el cuerpo como una alegría. Y fué el compás conocido de los cascos trillando distancia: galopar es reducir lejanía. Llegar no es, para un resero, más que un pretexto de partir.

Por el camino, que fingía un arroyo de tierra, caballo y jinete repecharon la loma, difundidos en el cardal. Un momento la silueta doble se perfiló nítida sobre el cielo, sesgado por un verdoso rayo de atardecer. Aquello que se alejaba era más una idea que un hombre. Y bruscamente desapareció, quedando mi meditación separada de su motivo.

Me dije: "ahora va a bajar por el lado de la cañada. Recién cuando cruce el río, lo veré asomar en el segundo repecho". El anochecer vencía lento, seguro, como quien no está turbado por un resultado dudoso. Unas nubes tenues hacían largas estrias de luz.

La silueta reducida de mi padrino apareció en la lomada. Pensé que era muy pronto. Sin embargo era él, lo sentía porque a pesar de la distancia no estaba lejos. Mi vista se ceñía enérgicamente sobre aquel pequeño movimiento en la pampa somnolente. Ya iba a llegar a lo alto del camino y desaparecer. Se fué reduciendo como si lo cortaran de abajo en repetidos tajos. Sobre el punto negro del chambergo, mis ojos se aferraron con afán de hacer perdurar aquel rezago. Inútil, algo nublada mi vista, tal vez el esfuerzo, y una luz llena de pequeñas vibraciones se extendió sobre la llanura. No sé qué extraña sugestión me proponía la presencia ilimitada de un alma.

"Sombra", me repetí. Después pensé casi violentamente en mi padre adoptivo. ¿Rezar? ¿Dejar sencillamente fluir mi

tristeza? No sé cuántas cosas se amontonaron en mi soledad. Pero eran cosas que un hombre jamás se confiesa.

Centrando mi voluntad en la ejecución de los pequeños hechos, di vuelta mi caballo y, lentamente, me fui para las casas.

Me fui, como quien se desangra.

Ricardo Güiraldes.

Viaje al Río de la Plata

Llegan al Río de la Plata y Puerto de San Gabriel. Los Charrúa

De allí navegamos al *Río de la Plata* y dimos con una corriente de agua dulce, que se llama *Parnau Wassu* (Paraná Guazú), y tiene de ancho en la boca, donde deja de ser mar, una extensión de 42 millas (leguas) de camino, y desde Río Gena hasta esta agua se cuentan 500 millas (leguas) de camino.

En seguida arribamos a una bahía que se llama *Sannt Gabrihel* (San Gabriel) y allí en la susodicha agua corriente *Parnau* largamos las anclas de nuestros 14 navíos. Y comouviésemos que hacer quedar los navíos mayores a un tiro de arcabuz de la tierra, nuestro general thon *Pietro Manthossa* había ordenado y mandado que los marineros desembarcasen la gente en los pequeños esquifes, que con este fin estaban ya dispuestos, y se llaman *podel* o *poet* (batel o bote). Así pues, con el favor de Dios llegamos al *Río de la Plata* el año 1536.

Allí nos encontramos con un pueblo de Indios llamados *Zechuruass* (Charrúas) que constaba como de 2.000 hombres, y que no tenían más de comer que pescado y carne. Estos al llegar nosotros, habían abandonado el pueblo huyendo con mujeres e hijos, de suerte que no pudimos dar con ellos...

Entonces el general thon *Pietro Manthossa* mandó que se vuelva a embarcar la gente, y que la hagan pasar a la otra banda del agua *Parnau* (Paraná), que allí no tiene más anchura que 8 millas (leguas) de camino.

La ciudad de Buenos Aires y los indios Querandí

Allí levantamos una ciudad que se llamó *Bonas Ayers* (Buenos Aires), esto es en alemán — *gueter windt* (buen viento). También traíamos de España, en los 14 navíos, 72 caballos y yeguas.

En esta tierra dimos con un pueblo en que estaba una nación

de Indios llamados *Carendies*, como de 2.000 hombres con las mujeres e hijos, y su vestir era como el de los *Zechurg* (Charrúa), de la cintura a las rodillas; nos trajeron de comer carne y pescado. Estos *Carendies* (*Querandí*) no tienen habitaciones propias, sino que dan vueltas a la tierra, como los Gitanos de nuestro país; y cuando viajan en el verano suelen andarse más de 30 millas (leguas) por tierra enjuta sin hallar una gota de agua que poder beber. Si logran cazar ciervos u otras piezas del campo, entonces se beben la sangre. También hallan a veces una raíz que llaman *Cardes* (Cardos) la que comen por la sed. Se entiende que lo de beberse la sangre sólo se acostumbra cuando les falta el agua o lo que la suple; porque de otra manera tal vez tendrían que morir de sed.

Estos *Carendies* traían a nuestro real y compartían con nosotros sus miserias de pescado y de carne por 14 días sin faltar más que uno en que no vinieron. Entonces nuestro general *thonn Pietro Manthossa* despachó un alcalde llamado *Johann Pabón*, y él y 2 *lanskenetes* se arrimaron a los tales *Carendies* que se hallaban a 4 millas (leguas) de nuestro real. Y cuando llegaron adonde estaban los indios, acontecióles que salieron los 3 bien escarmentados, teniéndose que volver en seguida a nuestro real.

Pietro Manthossa, nuestro capitán, luego que supo del hecho por boca del alcalde, (quien con este objeto había armado cierto alboroto en nuestro real) envió a *Diego Manthossa*, su propio hermano, con 300 *lanskenetes* y 30 de a caballo bien pertrechados; yo iba con ellos, y las órdenes eran bien apretadas de tomar presos o matar a todos estos indios *Carendies* y de apoderarnos de su pueblo. Mas cuando nos acercamos a ellos había ya unos 4.000 hombres, porque habían reunido a sus amigos.

La batalla con los indios Querandí

Y cuando les llevamos el asalto se defendieron con tanto brío que nos dieron harto que hacer en aquel día. Mataron también a nuestro capitán *thon Diego Manthossa* y con él a 6 hidalgos de a pie y de a caballo. De los nuestros cayeron unos 20 y de los de ellos como mil. Así pues, se batieron tan furiosamente que salimos nosotros bien escarmentados.

Estos *Carendies* usan para la pelea arcos, y unos *dardes* (dardos), especie de media lanza con punta de pedernal en forma de trisulco. También emplean unas bolas de piedra aseguradas a un cordel largo; son del tamaño de las balas de plomo que usamos

en Alemania. Con estas bolas enredan las patas del caballo o del venado cuando lo corren y lo hacen caer. Fué también con estas bolas que mataron a nuestro capitán y a los hidalgos, como que lo vi yo con los ojos de esta cara, y a los de a pie los voltearon con dichos *dardes*.

Así, pues, Dios, que todo lo puede, tuvo a bien darnos el triunfo, y nos permitió tomarles el pueblo; mas no alcanzamos a apresar uno solo de aquellos indios, porque sus mujeres e hijos ya con tiempo habían huído de su pueblo antes de atacarlos nosotros. En este pueblo de ellos no hallamos más que mantos de *nuederen* (nutrias) como se llaman, iten harto pescado, harina y grasa del mismo; allí nos detuvimos 3 días y recién nos volvimos al real, dejando unos 100 de los nuestros en el pueblo para que pescasen con las redes de los indios y con ello abasteciesen a nuestra gente; porque eran aquellas aguas muy abundantes de pescado; la ración de cada uno era de 6 onzas de harina de trigo por día y al tercero un pescado. La tal pesquería duró dos meses largos; el que quería aumentar un pescado a la ración se tenía que andar 4 millas (leguas) para conseguirlo.

Se fortifica Buenos Aires y se padece hambre

Y cuando volvimos al real se repartió la gente en soldados y trabajadores, así que no quedase uno sin qué hacer. Y se levantó allí una ciudad con un muro de tierra como de media lanza de alto a la vuelta, y adentro de ella una casa fuerte para nuestro general; el muro de la ciudad tenía de ancho unos 3 pies; mas lo que un día se levantaba se nos venía abajo al otro; a esto la gente no tenía qué comer, se moría de hambre, y la miseria era grande; por fin llegó a tal grado que ya ni los caballos servían, ni alcanzaban a prestar servicio alguno. Así aconteció que llegaron a tal punto la necesidad y la miseria que por razón de la hambruna ya no quedaban ni ratas, ratones, ni culebras, ni sabandija alguna que nos remediase en nuestra gran necesidad e inaudita miseria; llegamos hasta comernos los zapatos y cueros todos.

Y aconteció que tres Españoles se robaron un rocín y se lo comieron sin ser sentidos; mas cuando se llegó a saber los mandaron prender e hicieron declarar con tormento; y luego que confesaron el delito los condenaron a muerte en horca, y los ajusticiaron a los tres. Esa misma noche otros Españoles se arrimaron a los tres colgados en las horcas y les cortaron los muslos y otros pedazos

de carne y cargaron con ellos a sus casas para satisfacer el hambre. También un Español se comió al hermano que había muerto en la ciudad de Bonas Ayres.

Ulrich Schmídel.

Fundación de la Biblioteca Pública de Buenos Aires

Los pueblos compran a precio muy subido la gloria de las armas; y la sangre de los ciudadanos, no es el único sacrificio que acompaña los triunfos; asustadas las Musas con el horror de los combates, huyen a regiones más tranquilas, e insensibles los hombres a todo lo que no sea desolación y estrépito, descuidan aquellos establecimientos, que en tiempos felices se fundaron para cultivo de las ciencias y de las artes. Si el magistrado no empeña su poder y su celo en precaver el funesto término a que progresivamente conduce tan peligroso estado, a la dulzura de las costumbres sucede la ferocidad de un pueblo bárbaro, y la rusticidad de los hijos deshonra la memoria de las grandes acciones de sus padres.

Buenos Aires se halla amenazada de tan terrible suerte, y cuatro años de glorias han minado sordamente la ilustración y virtudes que las produjeron. La necesidad hizo destinar provisionalmente el colegio de San Carlos, para cuartel de tropas; los jóvenes empezaron a gustar una libertad tanto más peligrosa, cuanto más agradable; y atraídos por el brillo de las armas, que habían producido nuestras glorias, quisieron ser militares antes de prepararse para ser hombres. Todos han visto con dolor destruirse aquellos establecimientos de que únicamente podía esperarse la educación de nuestros jóvenes y los buenos patriotas lamentaban en secreto el abandono del gobierno, o más bien, su política destructora, que miraba como mal de peligrosas consecuencias la ilustración de este pueblo.

La junta se ve reducida a la triste necesidad de crearlo todo; y aunque las graves atenciones que la agobian no le dejan todo el tiempo que deseara consagrar a tan importante objeto, llamará en su socorro a los hombres sabios y patriotas, que reglando un nuevo establecimiento de estudios, adecuado a nuestras circunstancias, formen el plantel que produzca algún día hombres que sean el honor y la gloria de la patria.

Entretanto que se organiza esta obra, cuyo progreso se irá

publicando sucesivamente, ha resuelto la junta formar una biblioteca pública, en que se facilite a los amantes de las letras un recurso seguro para aumentar sus conocimientos.

Las utilidades consiguientes a una biblioteca pública son tan notorias que sería excusado detenernos en indicirlas. Toda casa de libros, atrae a los literatos con una fuerza irresistible, la curiosidad incita a los que no han nacido con positiva resistencia a las letras y la concurrencia de los sabios con los que desean serlo produce una manifestación recíproca de luces y conocimientos, que se aumentan con la discusión y se afirman con el registro de los libros, que están a mano para dirimir las disputas.

Estas seguras ventajas hicieron mirar en todos los tiempos las bibliotecas públicas como uno de los signos de la ilustración de los pueblos, y el medio más seguro para su conservación y fomento. Repútese en horabuena un rasgo de loca vanidad la numerosa biblioteca de Ptolomeo Filadelfo: setecientos mil libros entre el edificio antiguo de Ptolomeo Sater, y la nueva colección del templo de Serapis, no se destinaron tanto a la ilustración de aquellos pueblos, cuanto a ser una demostración magnífica del poder y sabiduría de los reyes que los habían reunido. Así, los fines de esta numerosa colección correspondieron al espíritu que le había dado principio; seis meses se calentaron los baños públicos de Alejandria con los libros que habían escapado del primer incendio ocasionado por César, y el fuego disipó ese monumento de vanidad de que los pueblos no habían sacado ningún provecho.

Las naciones verdaderamente ilustradas se propusieron y lograron frutos muy diferentes de sus bibliotecas públicas. Las treinta y siete que contaba Roma en los tiempos de su mayor ilustración, eran la verdadera escuela de los conocimientos que tanto distinguieron a aquella nación célebre, y las que son hoy día tan comunes en los pueblos cultos de Europa, son miradas como el mejor apoyo de las luces de nuestro siglo.

Por fortuna tenemos libros bastantes para dar principio a una obra que crecerá en proporción de sucesivo engrandecimiento de este pueblo.

La junta ha resuelto fomentar este establecimiento, y esperando que los buenos patriotas propenderán a que se realice un pensamiento de tanta utilidad, abre una subscripción patriótica para los gastos de estantes y demás costos inevitables, la cual se recibirá en la secretaría de gobierno, nombrando desde ahora por bibliotecarios al doctor Saturnino Segurola y al reverendo padre fray Cayetano Rodríguez, que se han prestado gustosos

dar esta nueva prueba de su patriotismo y amor al bien público; y nombra igualmente por protector de dicha biblioteca al secretario de gobierno que subscribe, confiriéndole todas las facultades para presidir a dicho establecimiento y entender en todos los incidentes que ofreciese.

Mariano Moreno.

Belgrano y San Martín

Repartida la labor política entre las guerras de la independencia y la revolución interior, habrían sido débiles los esfuerzos del pueblo argentino en favor de la emancipación sudamericana, si ésta no hubiera sido por sí sola un propósito bastante atractivo para dominar ciertos espíritus con exclusión de cualquier otro interés. El sentimiento de la fraternidad continental fué extraordinariamente fecundo en aquella época, y le representan en nuestra historia dos personajes diversos por su índole, pero igualmente admirables por su patriotismo y por su fe incontrastable.

Era el primero un hombre manso y austero, sano y pensador, desinteresado y superior a todas las tentaciones del poder y de la gloria. No sobresalía del pueblo sino por el cultivo de su espíritu, por la fisonomía moral que le imprimían sus ideas, y por la lealtad con que desde las más remotas manifestaciones de inquietud social, se puso en la primera línea de los reformadores, chocando intereses bastardos, esclareciendo los derechos comunes e ilustrando, por medio de luminosas controversias, los problemas económicos y los principios salvadores. Prestigiado por su patriótico concurso en las guerras de 1806 y 1807, el pueblo le arma en el día de la revolución, y encabezando soldados valerosos y voluntarios, es el primero que enarbola la bandera nacional y la consagra con victorias decisivas. Modesto en el triunfo, como era paciente y fuerte en la adversidad, aquel noble varón, el primer representante del pueblo bajo su faz guerrera, esquiva el poderío, rehuye los laureles, entrega sin resentimiento su puesto a los que ganan el prestigio que él pierde, y termina en la desgracia y bajo la pesadumbre de la injusticia una vida ilustre por sus virtudes cívicas y por su abnegación.

Era Manuel Belgrano.

El otro es San Martín. Predilecto de la gloria, nació para la guerra. Tenía el numen que improvisa la victoria, la prudencia que la prepara sabiamente. El pueblo hizo de Belgrano un héroe.

San Martín hizo del pueblo armado un Ejército. Amenazada la última almena de la libertad sudamericana, le arrebató una inspiración, capaz de arredrar al que no tuviera sus nervios de acero y su alma de espartano. Pero, ¿qué son las montañas erguidas sobre la cáscara del globo para estorbar la redención de pueblos que tienen Aníbal en la guerra y Cincinatos en la paz? San Martín salvó la revolución y la condujo triunfante por tres naciones, cuya libertad aseguró, huyendo del teatro político sin escuchar los llamamientos de su ambición, gozoso de haber completado la obra más hermosa que se haya acometido en el Nuevo Mundo con el hierro y con la sangre.

Belgrano y San Martín son las dos grandiosas personificaciones del sentimiento americano y de la edad homérica de la patria.

José Manuel Estrada.

A mi bandera

Página eterna de argentina gloria,
melancólica imagen de la patria,
núcleo de inmenso amor desconocido
que en pos de tí me arrastras,
¿bajo qué cielo flameará tu paño
que no te siga sin cesar mi planta?

Cuando el rugido del cañón anuncia
el día de la gloria en la batalla,
tú, como el Ángel de la inmensa Muerte,
¡te agitas y nos llamas!
¡Allá voy, allá voy sobre las olas,
allá voy, allá voy sobre la Pampa,
bajo el cañón del enemigo injusto,
a levantarte un trono en su muralla!

¡Ah, que la sombra de la noche eterna
me anuble para siempre la mirada,
si un día triste te verán mis ojos
huyendo en la batalla,
página eterna de argentina gloria,
melancólica imagen de la patria!

Juan Chassaing.

La caza del carpincho y de la nutria

Para hacer la cacería del carpincho y de la nutria es preciso tener perros adiestrados a la lucha, pues ambos son agresivos cuando se ven en peligro, y el primero es tan bravo que atropella las canoas, las vuelca con su empuje y muerde con sus largos y fuertes colmillos, haciendo heridas no sólo graves por su extensión, sino por su profundidad.

La nutria no ataca a las canoas, pero si encuentra a su alcance un hombre, lo atropella y lo hiere como el carpincho.

Los perros destinados a esta caza tienen siempre los hocicos cruzados de cicatrices y, por lo general, las narices y las orejas las ostentan reducidas a su más mínima expresión. Son más apreciados, por ser más veteranos, aquellos que muestran mayor número de heridas: ellas son el mejor certificado de su valer.

Al carpincho es necesario matarlo a bala la mayor parte de las veces, pues los perros, a no ser que sean varios y de gran alzada, no pueden con él, siendo, como es, animal de gran fuerza; además, difícilmente lo vencen sin causarle muchas heridas, y esto hace desmerecer el cuero.

Los cazadores se sirven de los perros, en esta caza, más para acorralar la presa y poder hacer su tiro con precisión, que para librarla a sus esfuerzos. El tiro lo hacen siempre a la cabeza, a fin de que el plomo quede dentro del hueso y poder extraerlo y volverlo a usar después de fundido, y tratan de que el proyectil penetre por el ojo, para obtener la piel sin un solo desperfecto.

Con las nutrias, el procedimiento es distinto. Un perro pequeño — un *cupé*, como le llaman en la región — penetra en lo más enmarañado del pajonal y con sus ladridos las asusta, obligándolas a abandonar los albardones, donde, con su cría, van a tomar el sol bajo la salvaguardia de los machos que, en son de guerra, merodean alrededor de la tribu, y a buscar el agua donde su salvación de todo peligro es indiscutible.

El cazador, con sus perros de presa y su rifle, las espera en el punto más estratégico y ahí comienza la batalla y la matanza.

La caza durante la noche es más fácil, aun cuando menos productiva. El cazador se sienta cerca de la costa, en la proa de su embarcación, y con un farol con reflector o con un manojo de pajas secas, proyecta un rayo de luz sobre el agua. Como el carpincho y la nutria son animales sumamente curiosos — como lo son los cisnes, los patos y demás aves de los bañados — se agrupan

atraídos por la claridad y poco a poco se van acercando al foco para reconocerlo; el cazador, entonces, elige su pieza y hace fuego. Cuantas veces repite la operación, obtiene resultado, y esto hace decir a los cazadores que esos animales y esas aves “se encandilan” y no pueden disparar aún cuando lo deseen.

La nutria es animal que pueden cazar los perros sin hacer desmerecer la piel, pues las heridas se las producen generalmente en el lomo o en la parte superior del cuello, siendo más apreciada la parte de la barriga, que queda intacta. Por esta razón los cazadores prefieren siempre matar la nutria de día y las expediciones nocturnas se las dedican a los carpinchos, que sobre ser más raros y no andar en grupos, no pueden cazarlos con auxiliares.

La época de la caza de la nutria, así como la de la garza, es, precisamente, el invierno, cuando viste su traje de gala, echando el pelo o plumón más espeso y flexible, pero coincidiendo desgraciadamente con la época del procreo: esta razón ha traído casi el agotamiento de la raza, no solamente en las islas y esteros de la costa porteña, sino también en la entrerriana y santafecina.

En cuanto al carpincho, se le caza todo el año y por esa razón ya no se le halla como en otros tiempos.

La explotación del ramo de riqueza tan importante y tan productivo como la caza, no está reglamentada y se agotará por completo si no se adoptan medidas que impidan la destrucción absoluta de lo poco que queda.

—¿Y el carpincho y la nutria no son animales vigilantes? ¿Cómo los sorprenden con tanta facilidad?

—¿Qué van a ser vigilantes?... ¡Son unos zonzos! Cuenta la tradición, aquí en los bañados, que cuando el tigre declaró la guerra a todos los animales del pajonal — antes de ser su rey, por supuesto — aquéllos se reunieron y formaron un ejército, esperando al enemigo en un gran albardón. Como es de regla, destacaron centinelas en el bañado y confiaron esta comisión al chajá, al carpincho y a la nutria.

Una noche éstos sintieron, de repente, un ruido sospechoso.

El chajá alzó el vuelo gritando: “¡ahí está!”; el carpincho gruñó: “¿dónde?”, con su voz cavernosa, y se zambulló; la nutria se limitó a decir entre dientes: “¡qué flojos!”, y se quedó dormitando.

¡Claro!... Cayó prisionera y desde entonces es esclava, y por lo tanto el ser más inofensivo del bañado pues entre los animales, como entre los hombres, al que es confiado y no se precave, lo carnean!

“Fray Mochó”. — (José S. Alvarez).

En la Patagonia

La *picana* con piedra es un plato indígena del que hablan primores cuantos lo han comido; consiste en la armazón posterior de un avestruz gordo — o flaco si no hay otro, — en cuyo interior se echa una piedra previamente calentada todo lo posible; luego se cierra la caparazón cosiendo la piel, que se ha dejado a ese objeto, y se pone el todo un rato al escoldo. En un momento más la *picana* está hecha, se abre, y en la fuente natural queda un guiso exquisito — dicen cuantos lo gustaron, — en que los trozos de carne se bañan en una salsa que no podría imitar el más hábil cocinero.

Pero ese manjar, antes cotidiano en Patagonia, escasea hoy sobre la costa, porque los avestruces han ido retirándose hacia el interior, en un repliegue defensivo a que los han obligado los intrépidos e infatigables cazadores. Digo intrépidos, porque se necesita valor real para correrlos a rienda suelta, cuesta arriba y cuesta abajo, por campos cubiertos de piedras y guijarros, donde si no hace la vizcacha sus madrigueras, practica sus obscuras minas el *tucu-tucu*, más temible porque sus trampas no se ven, como las del otro roedor. Este avestruz difiere de su hermano de la provincia de Buenos Aires, no sólo en su carne, más apetitosa, sino también en varias particularidades, que lo han hecho llamar *Struthio Darwinii*, mientras el otro lleva el nombre de *Struthio Rhea*.

No se le caza entre muchos, como en las *bo'eadas* de nuestra provincia; en Patagonia suele un solo jinete ir con sus perros — esos extraños perros que sólo se ven allí y en el Jardín Zoológico — y volver con varios ejemplares del enorme pájaro, cuya pluma se vende a buen precio, cuyos alones y *picana* se comen, y de cuya piel del pescuezo se hacen tabaqueras (*chupas*) sacándola al estilo de las botas de potro.

Los perros — especie de galgos mestizos de largo hocico — adiestrados ya por el atavismo y perfeccionados por el ejercicio, tienen tan rara habilidad, que a veces cazan sin necesidad de ayuda; corren, matan el ave, y luego vuelven en busca del amo para conducirlo adonde está la presa. Pero éstos son excepcionales, y la mayoría se limita a retardar la carrera del avestruz y hasta detenerlo colgándose de él, a pesar de sus patadas, que rehuyen con agilidad pasmosa.

En cuanto a las costumbres del ave gigantesca de la Patagonia, nada digo, por cuanto han sido ya tan descriptas que no

incurriré en el exceso de volver sobre ellas. Corre como el viento, ayudándose con las alas; la hembra pone gran número de huevos que el macho incuba; sabe y puede nadar largos trechos, aunque no le agrada el agua; es muy curioso, y tiene un estómago... de avestruz.

El guanaco, tan desconfiado como su vecino patagónico, y al mismo tiempo tan curioso como él, se caza en la misma forma, y son los perros los que hacen el mayor gasto en las partidas cinegéticas. Este animal, que Darwin señalaba como análogo en Patagonia al camello en Oriente, suele encontrarse en gran número en las *travesías* más extensas, donde no hay agua en decenas de leguas a la redonda. Muchos afirman que bebe agua salada; lo cierto es que puede pasar mucho tiempo sin sufrir sed, y luego corre con tal rapidez, que no existen para él distancias demasiado largas.

Ya hice referencia a la versión — que trato de comprobar — de que, a semejanza del camello, llevan un depósito de agua en el estómago. Es verosímil, puesto que se trataría de una adaptación al medio, en forma más perfecta que la poca o ninguna necesidad de beber de ciertos animales — hasta la misma oveja del territorio, que se contenta con el rocío cuando no tiene otra cosa.

La caza del guanaco es de más peligro que la del avestruz, porque aquél, como la gamuza europea, trepa montañas y salta precipicios y grietas, poniendo en duro trance al jinete que lo persigue. Pero, como los perros, los caballos se han habituado a esa suerte de ejercicios, y no es raro verlos bajar a galope por una cuesta ruda y pedregosa, casi tan rápidamente como los cantos que hacen rodar sus patas, de tal modo que no se sabe a quién admirar más, si al noble animal o a quien lo monta.

El guanaco sirve para comer cuando no está muy cansado; la fatiga hace desmerecer mucho su carne, que en ese caso se acepta sólo por necesidad.

En la región, y como recurso, hay también liebres — ya en menor cantidad que más al norte, — algunas aves, y el mismo tucu-tucu, que, bien preparado, es un aceptable manjar. Más al centro aparece el *huemul*, el ciervo chileno, que cerca de la cordillera no teme todavía al hombre, o lo observa, con la misma curiosidad del guanaco y del avestruz, pero más ingenua y confiadamente. Las grandes manadas de animales alzados, de *baguales*, que caza y come con tanto placer el habitante de la Patagonia, se han retirado mucho, y van en marcha hacia el sur. También con ese rumbo han ido las vacas, que antes vagaban por el terri-

torio del Río Negro, rechazadas poco a poco por el hombre, que las persigue sin descanso!

Para la caza de estos animales, el perro es también poderoso auxiliar, y se adapta a ella con singular resultado, como se adapta a la del zorro, que abunda, pero que se toma preferentemente por medio de trampas, evitando así trabajos y gastos. Con la piel del zorro se hacen *quillangos*, no tan estimados como los de guanaco y avestruz, pues se necesitan muchos para hacer uno solo de esos curiosos tapices, esparcidos hoy por el mundo entero. No vale la pena de matar caballos y de cansar perros en su busca. Pero los canes suelen hacer esa caza por su cuenta y de pura afición, cuando la encuentran a tiro o la olfatean en las cercanías.

—¡Oh, yo no creía que estos animales fueran tan buenos cazadores, aunque me lo hubieran afirmado muchas veces personas serias y conocedoras del país.

Esto me decía un ingeniero francés, que acaba de explorar aquella región. Y me contó cómo un día, que — poco después de llegar — recorría el territorio, vió a lo lejos, a una distancia tal que era locura pensar en perseguirlo, un avestruz de gran alzada.

El perro que llevaba, y que era un hermoso ejemplar perteneciente a un explorador francés que lo había precedido, se puso a ladrar, como invitándolo a que lo siguiera. En lugar de hacerlo, ordenó a un peón que detuviera al animal; pero, como si hubiera comprendido, éste se lanzó a toda carrera, antes de que el peón se hubiera bajado del caballo, en dirección al avestruz y hasta perderse de vista... Largo rato después, y cuando el explorador creía que el perro se había escapado, volvió jadeante, y con sus ladridos, ora alegres, ora disgustados, tanto hizo, que un peón lo siguió hasta donde el avestruz yacía con el cuello fracturado por sus mordiscos.

Bastará, por ahora, de perros, cuando diga que en Patagonia sirven también, y con mucha fidelidad y eficacia, de pastores de rebaño. La escasez de hierba hace que las majadas de ovejas tengan que esparcirse en vastísimos espacios, calculándose algunas veces, y en ciertos parajes, que se necesita una hectárea por animal. Para el hombre sería ímprobo trabajo rodearlas y recogerlas, pero el perro se encarga de ello, y lo hace a las mil maravillas. Aun más: toma y detiene a la res que el amo le indica, y llena sus funciones con una seriedad y una competencia que pocas veces se halla en los *puesteros* y peones de estancia, más aficionados al fogón que a la labor.

Roberto J. Payró.

Los árboles

Es innegable que las grandes arboledas dejan caer el agua de lluvia de un modo más suave; por medio de las raíces vuelven el terreno más poroso, de modo que las aguas se infiltran en él con mayor facilidad; anulan la denudación de las aguas que corrían antes en la superficie sin ser absorbidas por el suelo; favorecen la formación del humus cuyas propiedades higrométricas son bien conocidas; contrarrestan en parte los efectos desastrosos de las inundaciones impidiendo que se efectúen con demasiada rapidez; atenúan la evaporación que producen los rayos solares y los vientos demasiado secos, conservando en el suelo mayor grado de humedad; impiden el derrumbamiento de las barrancas de los ríos y riachuelos, regularizando sus cursos; templan las temperaturas excesivamente cálidas; purifican la atmósfera deteniendo los miasmas palúdicos que transportan los vientos; atraen los vapores acuosos de los aires cargados de humedad, obligándolos en parte a condensarse en lluvias, etc.

En todas partes donde se han ido talando los montes se han ido cambiando igualmente las condiciones climatológicas. En el Asia Menor, en las riberas del Eufrates, en las orillas del Mediterráneo, etc., la destrucción de las selvas ha convertido en eriales, campos antes fértiles, haciendo desaparecer las pequeñas corrientes de agua. La tierra de Canaán, tan famosa en otros tiempos por su fertilidad, a causa de la destrucción de las arboledas es en el día un desierto. Y en la misma República Argentina, en la falda de los Andes, especialmente en las provincias de Mendoza y San Juan, en donde en vez de aumentarlas se están destruyendo las pocas arboledas que allí había, ya están haciéndose sentir sus efectos en la disminución del caudal de agua de las lagunas, de las que muchas ocupaban una extensión tres veces mayor hace tan solo un siglo, y en la desaparición rápida de las pequeñas corrientes de agua. Y en todas partes donde se han restablecido las antiguas condiciones por medio de la creación de bosques artificiales, han desaparecido las inundaciones y las secas, se ha aumentado el caudal de agua de los ríos y riachuelos y el suelo ha recuperado su antigua fertilidad.

La influencia benéfica de las grandes arboledas sobre el clima y el régimen de las aguas es, entonces, innegable.

Ahora, desde unos veinte años a esta parte, las arboledas se han multiplicado notablemente en las llanuras de Buenos Aires,

antes desnudas, aunque no todavía en la proporción necesaria a tan vasta llanura. Sin embargo, se ha notado, aunque no con la precisión científica que sería de desear, que en las inmediaciones de aquellos pueblos que se hallan rodeados de muchas quintas y chacras, y por consiguiente de una gran cantidad de árboles, las secas no se hacen sentir con tanta intensidad como a algunas leguas de distancia, aunque no se ha podido constatar si ello depende de un aumento en la cantidad de lluvia anual o de una nueva condición higrométrica del terreno superficial; pero es indudable que, por una parte debe atribuirse a un aumento de rocío, fenómeno general en la proximidad de las grandes arboledas.

Si este benéfico resultado se ha obtenido, casi podría decirse inconscientemente, plantando árboles al acaso, según las conveniencias personales de cada uno, indudablemente, aumentando las plantaciones en grande escala, combinadas con otros trabajos, como ser: canales de desagüe y de navegación, represas en las corrientes de agua que cruzan los terrenos elevados, estanques y lagunas artificiales según un cierto plan que se trazara de antemano, se llegaría a modificar por completo las condiciones climáticas de la Pampa y del Sudeste. Los inviernos serían entonces más húmedos y los veranos no tan calurosos, menos secos y con fuertes rocíos contribuirían poderosamente a fertilizar las tierras. Entonces desaparecerían las secas, y por consiguiente tampoco habría peligro en abrir un pequeño número de canales de desagüe suplementarios a los ríos actuales, por los que, en caso de lluvias verdaderamente extraordinarias, se pudiera conducir al océano el excedente de las aguas, evitando así los desastres de las inundaciones.

Pero esos canales deberían estar contruídos de manera que sólo dieran desagüe a los campos inundados en los casos excepcionales aludidos, evitando el desagüe en todo el resto del año para conjurar los peligros de las secas y la esterilidad de los campos que, como lo he demostrado, resultaría de un desagüe ilimitado y perpetuo.

Florentino Ameghino.

La despedida

Una tarde sofocante y tormentosa esparcía sus sombras sobre la ciudad de Tucumán. Nubes plomizas y densas, orladas por franjas azufradas en occidente, cubrían el cielo ordinariamente puro, sin dejar el menor claro azul.

Tras de las rejas de una ventana, desde la cual se dominaba gran parte del paisaje, dos hombres contemplaban en silencio la muerte del día. Uno de ellos vestía uniforme; en su hermoso rostro pálido llevaba las huellas indelebles de sufrimientos morales y físicos: era el general don Manuel Belgrano, quien, desengañado y triste, sin esperanzas ni ilusiones, enfermo y pobre, se disponía a salir de Tucumán para regresar a Buenos Aires, donde quería esperar la muerte, que él presumía.

—¿Cuándo partimos? — preguntó a su compañero el médico escocés doctor Joseph Redhead, uno de los pocos amigos que había permanecido fiel en la desgracia y en la pobreza.

—Dentro de un momento, general. He transmitido sus órdenes para anticipar el viaje, ya que usted quiere partir hoy y no mañana, como pensó hacerlo al principio.

—Me voy a salir de Tucumán — dijo Belgrano. — No puedo soportar más la permanencia aquí en estos momentos de intranquilidad, porque tras todos mis desvelos sólo encuentro mortificaciones y hostilidad. Esta Tucumán que me conoce, que me ha aclamado, donde he vivido durante años enteros, que sólo me debe beneficios, que en procesión salió a rogarme que no la abandonase cuando Tristán llegaba a sus puertas, quiere ser mi enemiga...

—Deseche esos pensamientos sombríos, mi amigo — suplicó el médico; pero Belgrano movió tristemente la cabeza.

—No soy yo quien los busca — repuso. — Ellos vienen solos a atormentarme.

En seguida se sumió en un largo silencio, que el médico no osó interrumpir.

* * *

El rodar de un carruaje que vino a detenerse ante la puerta despertó de sus meditaciones a Belgrano. Al mismo tiempo entraron en el aposento tres hombres: dos militares y un fraile franciscano. Eran los edecanes del general, don Jerónimo Elguera y don Emilio Salvigni y el P. Villegas, capellán del mismo, tres amigos que, a la par del médico, querían acompañarle a Buenos Aires.

—Señor, el coche — anunciaron.

—Nada tengo que esperar — repuso el general. — Partiremos cuando usted guste. Vamos.

Elguera y Redhead se dispusieron a alzarle para conducirlo en brazos al coche, pues el enfermo no podía caminar.

En aquel momento la calle se pobló de rumores, de voces.

Un joven apareció acompañado de una treintena de niños. Todos entraron en el patio de la casa.

—¿Qué significa ese ruido? — preguntó Belgrano. — ¿Quiere asomarse, padre?

El capellán salió y regresó un instante después.

—Señor general — dijo con voz emocionada: — son los niños de la escuela, con su maestro; desean saludarlo y desearle un feliz viaje.

El semblante de Belgrano mostró la más profunda sorpresa, y de pronto se iluminó con una grande e intensa alegría:

—¡Los niños! ¡Mis niños! — exclamó. — Que entren, quiero verlos.

Al momento se vió rodeado de los muchachos que recibían la instrucción primaria en una escuelita de la patria que vigilaba especialmente Belgrano, a la cual destinaba una parte de los 40.000 pesos que le había prometido el gobierno como premio por la victoria de Salta.

El maestro explicó que, a pesar de haber el general visitado la escuela para despedirse, había creído de su deber acudir con los niños para dar el último saludo en el momento de la partida, al benemérito patricio. Agregó que la visita oficial debía efectuarse en la mañana siguiente; pero que felizmente había sabido a última hora que el viaje se verificaría con anticipación.

En seguida, el maestro hizo una seña a uno de sus alumnos, muchacho de diez años, de ojos negros, brillantes de vivacidad y travesura, el que, sin la menor cortedad ni timidez, hizo un mohín picaresco a sus compañeros, se plantó delante del general y empezó a declamar unos versos compuestos para la ocasión por el maestro mismo. En ellos despedía al protector de la escuela, agradeciéndole sus beneficios, asegurándole la gratitud imperecedera de los niños que en ella se educaban y de aquellos que se educarían en el transcurso de los tiempos, y concluyó por implorar para el general la bendición del Señor.

Los versos eran muy malos; sus expresiones huecas, exageradas, altisonantes, y la declamación del chico movía más a la sonrisa que a la emoción; pero Belgrano se sintió conmovido en lo más íntimo de su ser. El, tan correcto y severo, tan parco en sus manifestaciones de sentimiento, apenas pudo contener las lágrimas que llenaron sus ojos. Llamó a sí al niño que acababa de recitar los versos y le estrechó entre sus brazos. En seguida, sacó del bolsillo una moneda de oro y se la dió diciéndole:

—Toma esto, hijo mío; no lo consideres dinero; guárdalo como un recuerdo mío y del grato momento que acabas de darme.

Luego ofreció al maestro un lápiz de oro que acostumbraba llevar consigo, y en sentidas palabras le rogó que lo aceptara, agradeciéndole su delicada atención. Dirigió a los niños frases bondadosas, llenas de cariño y de sanos consejos, exhortándolos a estudiar para poner más tarde sus conocimientos al servicio de la patria.

Poco después se retiró el maestro con sus alumnos, y el general, transfigurado el rostro, los siguió con la vista hasta que desaparecieron.

Por primera vez en muchos años, una dulce felicidad lo inundaba. Había creado, pues, algo más durable que los laureles de la victoria, que el favor fugaz de las multitudes, que la gratitud de los gobiernos. No toda la semilla arrojada se la llevaba el viento: algunas habían caído en tierra virgen y fecunda y brotaban desplegándose triunfantes como la vida. ¡La escuela, cuna de las civilizaciones, foco perenne de luz, subsistiría, perpetuaría su nombre, daría testimonio de su inmenso amor a la patria!... ¡No había trabajado en vano!

Un rayo de noble alegría iluminó su alma. Belgrano alzó los ojos, ya no sombríos, ni tristes, e indicando el carruaje, dijo a sus amigos:

—Partamos ahora, para llevar como último recuerdo de Tucumán esta grata y dulce impresión.

Ada M. Elflein.

Los niños pobres

—¿Quién cuida a este niño?

—Un curandero...

—Desde hoy lo cuido yo.

—¿Y usted quién es?

—Ricardo Gutiérrez.

Horas más tarde, el generoso médico — selecto espíritu que gustaba restañar en las almas el mismo dolor que curaba en las clínicas y cantaba en aquella sollozante lira monocorde — volvía trayendo él mismo los remedios; los remedios eran juguetes, muchos juguetes, una profusión de juguetes, y cuando se retiró, dejando a su rubio sano y bueno entre los muñecos y los pierrots que parecían sonreírle fraternalmente, como si también ellos sintieran la dicha inefable de transmitir un poco de felicidad, dió

este diagnóstico que sólo podía inspirar su doble alma de sabio y de filántropo:

—Su hijo no estaba enfermo, señora: estaba triste.

¡Pensad que hay niños que lloran porque tienen frío, porque bajo el trapo precario vibra una siniestra trepidación de carnicitas; pensad que hay niños que lloran porque tienen hambre, porque en la desolación del cuartujo, diez veces se abrieron sus labios pidiendo pan y otras tantas recibieron de la madre un sollozo por respuesta...; pensad que hay niños que lloran porque sienten la nostalgia de una caricia, de un beso, de un arrullo, de un regazo; pensad que hay niños que lloran porque una noche han comprendido que están solos en el mundo!... Cuidemos de los niños, al menos para que, cuando se asomen al mundo desde el pórtico enorme de la pubertad, puedan sentirse espontáneamente inclinados al bien sin que turbe su conciencia el deseo, a veces misteriosamente imperativo, de vengar en sus semejantes, dolores que no se apagan y agravios que no se olvidan, porque así como el tajo hecho en la corteza del arbusto, se prolonga a través del tronco corpulento, las heridas abiertas en el alma de los niños perduran a través de la vida y sus azares, al modo de esas cicatrices de hacha sobre las cuales no pasa el tiempo, como no sea para hacer más enérgica y rotunda la hondonada del hachazo...

Belisario Roldán (hijo)

Las primeras ovejas

Las crónicas del Descubrimiento y Conquista de la América del Sur hablan a menudo de las ovejas que los españoles admiraron al servicio de los indios o retozando audazmente en cerros, selvas y llanuras.

Algunos cronistas tuvieron la precaución de llamarlas ovejas de América, porque se referían, en verdad, a las llamas y huanacos.

La oveja europea fué importada a América por los conquistadores, como los otros ganados, multiplicándose de una manera asombrosa, a favor del clima benigno y de los pastos de localidades privilegiadas.

En Méjico alcanzaron un prodigio de prosperidad, si ello no es fantasía de la crónica. Por el año 1531, un pequeño núcleo de criadores conocidos, tenía ya 300.000 ovejas. Uno de ellos, cuyo nombre pasa casi ignorado, merecería además de la celebridad,

agregar este proverbio a la lengua castellana: Fecunda como las ovejas de Camargo.

Don Diego Muñoz de Camargo, en efecto, vecino de la Provincia de Flaxco, en el Arzobispado de Méjico, introdujo dos ovejas y un carnero. La crónica de Herrera afirma gravemente que a los diez años sus majadas pasaban de cuarenta mil cabezas.

En el Perú, la conquista de Pizarro formó planteles, que en 1522 eran ya considerables, y se esparcían hasta Quito. Uno de los reales cronistas de la época elogia vivamente sus productos "porque el pasto y el temple es muy acomodado, y en catorce meses paren don veces las ovejas y las cabras".

El Perú no es hoy un país productor de lanas, como no lo es Méjico. Sin embargo, los Estados Unidos recibieron de éste la base de sus millones de ovejas, y el Río de la Plata debe al Perú sus rebaños. Los descubridores de nuestros grandes ríos, Solís y Gabotto, no traían ovejas en sus naves, y cuando don Pedro de Mendoza siguió sus huellas, equipando la expedición más rica y poderosa de las lanzadas a la sazón a mares de América, embarcó simplemente caballos y yeguas como elementos de guerra.

Esto sucedía en 1534, y en las capitulaciones del Adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca, de 10 de marzo de 1540, se renueva la obligación de traer caballos, sin hablar de ovejas.

Ellas vinieron casualmente. Martínez de Irala, que había consolidado la colonia del Río de la Plata, organizó una expedición de castellanos con tres mil indios auxiliares, para abrir el camino del Perú.

Los expedicionarios salieron del Paraguay, atravesaron la inmensa extensión desconocida del Chaco, las selvas, las cordilleras y las tribus de indios, entre el Paraguay y el Perú, venciendo con esfuerzo homérico dificultades, ante las cuales hoy mismo retroceden vencidas las expediciones mejor preparadas con recursos y elementos no soñados en el siglo XVI.

Desconfiado la Gasca, obsequió generosamente a los esforzados capitanes del Río de la Plata, y los despachó con destino a la Asunción. Sus jefes Ñuflo Chaves, Miguel de Rutia y Rui García, recibieron una pequeña majada de ovejas y otras de cabras del Cuzco, que resolvieron introducir al Río de la Plata, luchando con contrariedades inmensas, en la marcha a través de aquel horrible desierto. Rui Díaz de Guzmán refiere que sostuvieron victoriosamente muchos combates con los indios, a lo largo del camino. Una noche, agrega, treinta mil bárbaros reunidos se aproximaban para caer de sorpresa sobre el campo de Ñuflo Chaves, y al oír

el balido de los carneros y cabrones, como no conocían estos animales, creyeron que eran señales de alerta de los centinelas, y se retiraron, mostrándose a la mañana siguiente a lo lejos. Este plantel llegó en 1549 a la Asunción.

Al mismo tiempo, entraba a la conquista del Tucumán el capitán Juan Núñez del Prado, autorizado y armado por la Gasca, después de su triunfo sobre Pizarro. Esta expedición introdujo a Tucumán en 1550 una majada de ovejas procedente de rebaños de Chichas.

Estos gérmenes pequeños, tuvieron una propagación lógicamente lenta. Lozano dice, que su multiplicación fué escasa, más por descuido que por inhabilidad del terreno. No obstante, el interés de aclimatar la oveja en el Río de la Plata estaba ya despertado, y las capitulaciones del Adelantado Juan Ortiz de Zárate, datadas el 10 de julio de 1569, estipularon la introducción de cuatro mil cabezas de los rebaños merinos de la madre patria.

La muerte no le permitió coronar sus aspiraciones y empresas; pero su hijo político, el licenciado Juan Torres de Vera y Aragón, casado en Santa Fe con la distinguida hija del Adelantado, cumpliendo las estipulaciones de éste, trajo del Perú, en 1587, las cuatro mil ovejas, con ocho mil quinientas cabezas de otros ganados.

Un escritor contemporáneo ha dicho: "Esta introducción de "animales, muy considerados por aquel tiempo, fué la que levantó "realmente el coloso de prosperidad de este país. Todas ellas "fueron repartidas entre las provincias de Buenos Aires, Santa "Fe y Corrientes".

Por esos tiempos, a fines del siglo XVI, una oveja valía de seis a ocho pesos plata; dos siglos más tarde valía cuatro reales de peso del Rey, lo que demuestra con claridad el grande aumento de los rebaños. Durante los siglos XVII y XVIII las ovejas no tenían más importancia comercial que las aves. La carne de los corderos apenas se mezclaba la consumo en los días de fiesta, como la gallina y el pavo en los natalicios, porque la base de la alimentación pública eran los cereales y la carne de vaca, de la cual se calculaban, acaso fantásticamente, en el siglo XVII, hasta cuarenta y ocho millones de cabezas. La lana era lacia, larga, quebradiza y gruesa; cada animal producía escasa cantidad, a veces libra y media, y las enfermedades atacaban los pequeños planteles o rebaños de los vecinos.

No se mejoraba el tipo, ni se curaba la manquera, porque la cría de la oveja no era una industria, como he dicho; y el vecino campestre de cualesquiera de las provincias del Plata, desde Mon-

tevideo a Charcas, y desde Chile al Paraguay, que tenía quinientas ovejas, era un curioso afortunado, mientras que no había hombre de armas que no contara su rebaño casero.

Se infiere de esto que el comercio de lanas no existía en realidad, durante los primeros tiempos. La esquila era casual. Muchos no esquilaban jamás.

La producción limitada, apenas satisfacía las exigencias de almohadas y colchones, y sobre todo, las del rústico telar de cada casa, instalado a la sombra de los árboles o en la ramada de los ranchos, para producir las famosas frazadas arribeñas, los ponchos vicharaces, las alfombras de misa, primorosamente teñidas, jergas y demás tejidos populares, que constituían una industria valiosa en el siglo XVIII, y hoy están desalojados de nuestra circulación comercial, por la baratura de las imitaciones muy inferiores del extranjero. La primera huella de movimiento de lanas en el comercio colonial del Río de la Plata, corresponde a fines del siglo XVI.

Estanislao S. Zeballos.

Rivadavia

El recuerdo del gobierno de Rivadavia, los derechos de los pueblos tan altamente proclamados por él, salvaron la moral y la patria: levantaron hombres fuertes que, nunca rendidos, destruyeron de un golpe la obra que las furias del infierno habían levantado sobre las ruinas de Buenos Aires.

Rivadavia, ni en su destierro ni en su muerte dejó conjuraciones. Su poder estaba en la civilización, en la inteligencia, en las libertades sociales, en los ejemplos que legaba a la posteridad.

El gran principio de su gobierno fué la más absoluta moralidad. Jamás el desconocimiento de un derecho, jamás una injusticia. Los enemigos políticos de Rivadavia vivieron completamente tranquilos y seguros. A él jamás le fué necesario un acto de violencia. Llevó al destierro, y lo habrá acompañado hasta el sepulcro, el dulce consuelo de que jamás hizo derramar lágrimas a ninguna familia ni obligó a nadie a abandonar la patria.

Llegado al poder en una larga y desastrosa guerra con los pueblos litorales, y en medio de la más profunda anarquía, hizo una paz definitiva, y proclamó por una famosa ley el olvido de los errores políticos, abriendo a todos las puertas de Buenos Aires.

Rivadavia ha sido el verdadero fundador de la libertad de imprenta, pues fué el primer gobernante que toleró sus abusos.

Varió las formas administrativas.

Creó las leyes de retiro y jubilación de los servidores del Estado.

Fundó el Registro Estadístico, el depósito histórico de todos los pueblos de la República. Creó el Museo y emprendió las más importantes construcciones para el adorno de esta ciudad.

Fundó el Departamento Topográfico y el Departamento de Ingenieros, e hizo arreglar a un plan todas las vías públicas.

Estableció los mercados que hoy existen. Creó los cementerios públicos, que antes estaban dentro de los templos o en sus atrios.

Fundó el establecimiento de la vacuna y dió al pueblo este elemento de salud.

Antes que otras naciones nos dieran el ejemplo, él nos mostró que estaba en nuestras manos crear generaciones pacíficas y laboriosas, enseñando y educando a la juventud: que la escuela era el secreto de la existencia futura de los pueblos nacientes. Creó las escuelas de la ciudad y de la campaña.

Fundó las escuelas de niñas y creó la Sociedad de Beneficencia para su dirección y fomento.

A las escuelas siguieron establecimientos literarios para la enseñanza de las ciencias. Rivadavia fundó la universidad; reglamentó los varios estudios que en ella se hacían y trajo de Europa hábiles profesores que dieron a la enseñanza de las ciencias una extensión y riqueza desconocidas hasta entonces en las universidades de la América española.

Mandó, en todo el tiempo que estuvo en el gobierno, multitud de jóvenes a educarse a Europa, para cursar estudios que aquí no podían hacerse.

Creó la enseñanza de la medicina; fundó la academia y el tribunal de esta Facultad.

Buenos Aires, en fin, se llenó de establecimientos literarios y científicos.

Rivadavia descollaba en la ciencia de la creación de la riqueza pública. Más de una vez alzó su voz para decirnos que la mayor abundancia de los elementos naturales de la riqueza no determinaba los diferentes grados de prosperidad reservada a las naciones. Para Rivadavia, el hombre moral era el verdadero instrumento de la riqueza pública, y no el hombre y los instrumentos materiales de la naturaleza.

La inteligencia primero que todo. La nación más culta, más civilizada, más inteligente, será siempre la nación más rica y poderosa.

El nos enseñó que la libertad de industria, que la libertad de comercio, eran el primer derecho y la primera necesidad de la especie humana; que los intereses de todas las naciones estaban en la más absoluta armonía; que jamás había antagonismo alguno entre la riqueza de una nación y los progresos de las otras. La fraternidad de la especie humana demostrada por el comercio.

Destruyó el principio de las Corporaciones, la apropiación exclusiva de los elementos de la actividad humana, y declaró libre la industria.

Acabó con las prohibiciones aduaneras, con los derechos repulsivos de los productos extranjeros; bajó los impuestos sobre el comercio, y creó sobre estas bases un nuevo y desconocido sistema de hacienda, mucho antes que los primeros hombres de Europa levantaran la bandera que Cobden y Sir Roberto Peel hicieron triunfar después en Inglaterra.

Rivadavia comprendió desde el primer día que Buenos Aires tenía en las tierras públicas un poderoso elemento de riqueza, y prohibió desde entonces su enajenación.

Creó el sistema de las concesiones enfitéuticas y puso el orden de las posesiones territoriales, creando por primera vez registros públicos de los terrenos del Estado y de los del dominio privado.

El halló sólo las instituciones del gobierno colonial, y dejó a Buenos Aires como el pueblo más adelantado de la América del Sur. Reconozcamos, ante el mundo todo, que Rivadavia es el creador, es el fundador del orden actual, de las formas administrativas, de los principios de que hoy Buenos Aires puede gloriarse. El, con mil fatigas, con mil contradicciones, venciendo con su carácter y su palabra abusos inveterados, nos abrió el ancho y fácil camino por donde marcharemos. El nos señaló el fin adonde debíamos llegar; la efectiva soberanía del pueblo; la fraternidad con todos los hombres de la tierra; la mejora moral e intelectual de todas las clases; la dignidad humana demostrada por el libre pensamiento, por la libre conciencia, por el libre trabajo, por las garantías de todos los derechos individuales.

Dalmacio Vélez Sársfield.

La reconquista

Con buena sombra y simpatía evidente por la protagonista, refiere el mayor Gillespie una pequeña escena de que fueron testigos él y cinco o seis compañeros de armas, la noche misma de su entrada triunfal en la ciudad.

Para rehacerse de tanta penuria reciente, habían ido a comer a la célebre fonda de los *Tres Reyes*, situada, como todo el mundo sabe, en la calle de Santo Cristo (25 de Mayo). Tocóles sentarse en la misma mesa que algunos oficiales españoles y un señor Barrera, "criollo letrado", que amablemente les servía de intérprete. Mezquina era la cena, como que los mercados no se abastecían desde la antevíspera; pero alegraba la vista una arrogante muchacha, hija del mesonero, que ayudaba al servicio. El excelente mayor, recién llegado del Cabo, observaba a la joven con vivísimo interés. No tardó en sospechar que algo muy grave pasaba en ella: su ceño airado, sus encendidas mejillas y ojos centelleantes eran indicio de una tempestad interior... El narrador confiesa de buena fe que se sentía desazonado, ignorando sobre quién descargaría la tormenta. Al fin estalló. Cuadrándose de repente delante de los pobres milicianos, la hija de los *Tres Reyes* espetó esta arenga desnuda de artificio: "Caballeros, debieron ustedes avisarnos de antemano que era su intención cobarde entregar a Buenos Aires; pues juro por mi vida, que a saberlo, nosotras las mujeres hubiéramos salido a la calle y echado a pedradas a esos ingleses!" Después de este desahogo, recibido a quemarropa en el silencio general, la Bradamante criolla, bruscamente serenada, siguió mudando el cubierto a vencedores y vencidos, con una sonrisa encantadora.

La anécdota es significativa; en nuestros días se la tendría por un "símbolo" de la psicología popular durante esa crisis solemne. Hase visto cómo el negrero Wayne no engañaba a los ingleses, pintándoles infalible la captura de la ciudad con un golpe de mano atrevido. La habían realizado sin mucho esfuerzo ni grandes peligros. Fugado el virrey, rendidos los jefes y soldados, resignadas las autoridades, inerme y al parecer conforme la población, pudo el conquistador creer en la realidad de su conquista. Al día siguiente de estar instalado Beresford en la Fortaleza, comenzaron a acudir las corporaciones, haciendo cabeza el obispo y su clero; se juramentaron oficiales y empleados, prestaron pleito homenaje y ofrecieron su valioso concurso "moral" los prelados

y priores de conventos. Bastó una intimación para que el sub-inspector Arce y el Cabildo hicieran bajar de Luján los caudales extraídos de las cajas reales. Pronto volvieron a abastecerse los corrales y mercados, a abrirse las tiendas y pulperías, como que, por circular en manos inglesas, no perdían los pesos y doblones su conocida efigie española. Si no hubo función de comedias en todo julio, lidiáronse toros en el Retiro. Jefes y soldados "colorados" formaron relaciones en sus respectivas esferas. Las mismas familias, en cuyas casas se hospedaban los oficiales, trataban a éstos con afabilidad... Decididamente aquello andaba a maravilla, y la contagiosa ilusión del comodoro se transmitió al general. Como Sancho en la insula Barataria, comenzó Beresford a creer en su gobernación, y prodigó las órdenes, decretos y reglamentos a nombre del soberano británico. Así pasaron algunas semanas sin que los incautos vencedores se dieran cuenta exacta de la situación. Habiendo asaltado la casa y con facilidad suma desalojado a sus dueños, los intrusos se instalaron en ella y armaron franquicia, sin sospechar que los propietarios pudieran juntar a los vecinos y preparar una vuelta. Gillespie se mostró sabio con no prolongar su sobremesa en los *Tres Reyes*, a pesar de las sonrisas de la huéspeda! Cuando los síntomas se hicieron harto visibles y reventó afuera lo que adentro pasaba; cuando los invasores llegaron a comprender que un pueblo no está subyugado mientras el alma no está sumisa; cuando se descubrió que las fórmulas cortesanas, ni las protestas de los funcionarios, ni los sermones de los frailes interpretaban el alma de un pueblo estremecido y recién vuelto de su estupor, ya era tarde; y cogido en su propia trampa, no podía Beresford, aunque quisiera, seguir el consejo del forbante Popham que proyectaba bombardear y poner a saco la ciudad, embarcándose luego con el botín.

Paul Groussac.

Patria

Patria es la tierra donde se ha sufrido,
Patria es la tierra donde se ha soñado,
Patria es la tierra donde se ha luchado,
Patria es la tierra donde se ha vencido.

Patria es la selva, es el obscuro nido,
La cruz del cementerio abandonado,
La voz de los clarines, que ha rasgado
Con su flecha de bronce nuestro oído.

Patria es la errante barca del marino
Que en el enorme piélagos sonoro
Deja una blanca estela en su camino.

Y patria es el airón de la bandera
Que ciñe con relámpagos de oro
El sol, como una virgen cabellera.

Leopoldo Díaz.

Una excursión a los indios ranqueles

De cálculo en cálculo, de sospecha en sospecha, de esperanza en esperanza, mi caravana se movía pesadamente, envuelta en una inmensa nube de polvo.

Mora decía: Los indios van a creer que somos muchos.

Yo seguía tranquilo; un secreto presentimiento me decía que no había peligro.

Hay situaciones en que la tranquilidad no puede ser el resultado de la reflexión. Debe nacer del alma.

El campo se quebraba otra vez en médanos vestidos de pequeños arbustos, espinillos, algarrobos y chañares.

Nos aproximamos a una ceja del monte.

Todos, todos los que me acompañaban, paseaban la vista con avidez por el horizonte, procurando descubrir algo.

Marchábamos en alas de la impaciencia, subiendo a la cumbre de los médanos, descendiendo a los bajíos guadalosos, esquivando los arbustos espinosos, bajo los rayos del sol, que estaba en el cenit, alargándose la distancia cada vez más por ciertas equivocaciones de Mora, cuando casi al mismo tiempo, varias voces exclamaron: ¡Indios! ¡Indios!

En efecto, fijando la vista al frente, y estando prevenida la imaginación, descubrí varios pelotones de indios armados.

Parémonos, señor, me dijo Mora.

—No, sigamos, repuse, pueden creer que tenemos miedo, o desconfiar. Adelantémonos más bien.

Dejé mi comitiva atrás, aunque mi caballo iba bastante fatigado, y apartándome del camino, que ya habíamos encontrado, y poniéndome al galope, me dirigí al grupo más numeroso de indios.

Tendiendo la vista en ese momento a mi alrededor, vi que

me hallaba circulado de enemigos o de curiosos. Poco iba a tardar en saber lo que eran.

Vinieron a decirme que estábamos rodeados.

—Que avancen al tranco, contesté, y seguí al galope.

Rápido como una exhalación, varios pelotones de indios estuvieron encima de mí.

Es indescriptible el asombro que se pintaba en sus fisonomías.

Montaban todos caballos gordos y buenos. Vestían trajes lo más caprichosos, los unos tenían sombrero, los otros la cabeza atada con un pañuelo limpio o sucio. Estos, binchas de tejido pampa, aquéllos, ponchos, algunos, apenas se cubrían como nuestro primer padre Adán, con una jerga: muchos estaban ebrios: la mayor parte tenían la cara pintada de colorado, los pómulos y el labio inferior; todos hablaban al mismo tiempo, resonando la palabra ¡winca! ¡winca!, es decir, ¡cristiano! ¡cristiano!, y tal cual desvergüenza, dicha en el mejor castellano del mundo.

Yo fingía no entender nada.

—¡Buen día, amigo!

—Buen día, hermano, era toda mi elocuencia, mientras mi lenguaraz apuraba la suya, explicando quién era yo, y el objeto de mi viaje.

Hubo un momento en que los indios me habían estrechado tan de cerca, mirándome como un objeto raro, que no podía mover mi caballo. Algunos me agarraban la manga del chaquetón que vestía, y como quien reconoce por primera vez una cosa nunca vista, decían: ¡ese coronel Mansilla! ¡ese coronel Mansilla!

—Sí, sí, contestaba yo, y repartía cigarros a diestra y siniestra, y hacía circular el chifle de aguardiente.

Notando que mi comitiva, siguiendo el camino, se alejaba demasiado de mí, resolví terminar aquella escena. Se lo dije a Mora, habló éste, y abriéndome calle los indios, marchamos todos juntos al galope, a incorporarnos a mi gente.

Pronto formamos un solo grupo, y confundidos, indios y cristianos, nos acercábamos a un medianito, al pie del cual hay un pequeño bosque. Llamábase Aillancó.

Mis oficiales y soldados no sabían qué hacerse con los indios — dábanles cigarros, yerba y tragos de aguardiente.

—*Achucar* (azúcar), pedían ellos. Pero el azúcar se había acabado, la reserva venía en las cargas, y no había cómo complacerlos.

Nuevos grupos de indios llegaban unos tras otros.

Con cada uno de ellos tenía lugar una escena análoga a la que

dejo descripta, siendo remarcable las buenas disposiciones que denotaban los indios, y la mala voluntad de los cristianos cautivos o refugiados entre ellos. La afabilidad, por decirlo así, de los unos, contrastaba singularmente con la desvergüenza de los otros. Cuando ésta subió de pronto, hablé fuerte, insulté groseramente a mi vez, y así conseguí imponerles respeto a aquellos desgraciados o pillos, a quienes, viéndonos casi desamparados, se les iba haciendo el campo orégano.

Llegamos a Aillancó, y como allí hay una lagunita de agua excelente, hice alto, eché pie a tierra y mandé mudar los caballos.

Lucio V. Mansilla.

El cóndor

He observado mil veces esta escena, ya durante mis viajes, ya desde el viejo corredor de un rancho de la hacienda, perdido entre los valles de la montaña, o entre las rocas de una ladera pastosa. Mas quiero situarme en lugar solitario para transmitir lo primitivo, lo salvaje, lo grandioso. El día se ausentaba y el enjambre de los cóndores seguía girando con la misma estoica serenidad en remolinos innumerables; repercute de súbito el eco de un ruido extraño, que las ráfagas conducen de muy lejos; el relincho del potro indómito que pace y retoza en sitio distante, o una piedra que se desquicia y se estrella con estrépito detrás de un cerro vecino, y se ve entonces a uno de los buitres desprenderse solo de la ronda, y volar hasta el punto donde resonaron el relincho o el derrumbe, volviendo en seguida a continuar la gira. Si durante el día no han desaparecido sus temores, no abandonarán la región aunque la noche los sorprenda; antes bien, la esperan, porque a su amparo, y cuando todo descansa, ellos descenderán al fin a gozar tranquilos de la ansiada cena, en la cual la res exánime se rodea y se cubre de aquellos voraces y silenciosos convidados, que la desgarran, la mutilan, la descuartizan, la desmenuzan, arrancándole jirones de carne, abriéndole el vientre con sus cuádruples puñales, que luego son garfios para extraer cada uno una víscera: el corazón desprendido de sus profundas raíces; el hígado chorreando sangre negra; los intestinos dispersos o enredados como cuerdas entre aquel laberinto de calludas y plumosas patas, que se los disputan, estirándolos para cortarlos en pedazos. Allá uno ha enterrado sus férreos ganchos en la cuenca del ojo inmóvil

de la víctima, y apoyado en la pata izquierda tira con fuerza hercúlea: oyes un seco estribor de fibras y músculos que se rompen, y el corvo pico rasga después la suplicante pupila.

El cuadro se desarrolla en un rincón tenebroso de la selva; la hambrienta banda ejecuta la fúnebre tarea sin darse reposo; sólo se desprenden del conjunto los fatigosos resoplidos de la horrible y trágica faena, y de tiempo en tiempo gruñen y graznan, ahogados por los trozos engullidos a prisa, para volver más pronto a renovar la ración sangrienta. Cuando ya no queda sino el desnudo esqueleto, y en torno suyo los grumos de sangre amasados en el polvo, formando un charco infecto y nauseabundo; cuando cada comensal se aparta de la mesa por sentirse harto, o porque antes se agotara la provisión, empiezan a levantarse como a escondidas, volando a las rocas próximas, donde limpian los picos frotándolos como cuchillos contra la piedra. Entonces, comienza a adormecerlos ese vago sopor de las digestiones lentas, encogen el cuello, hunden la cabeza entre los arcos superiores de las alas, y por breves instantes se cierran esos rugosos párpados que por tanto tiempo no se juntaron, ni en las deslumbrantes irradiaciones de los soles estivales, ni en las tinieblas de las noches pasadas de centinelas sobre las cimas estremecidas por el trueno o por las convulsiones internas... Después, un gigantesco rumor de alas que azotan el aire y las ramas en medio del abismo, y un desparramarse de nuevo más arriba de los altos dorsos de piedra, en el espacio estrellado, por donde sus sombras se desbandan como nubes de tormenta que el viento dispersa de súbito. Ya pagó su tributo a la miseria de la carne el señor ideal de las etéreas comarcas; el misterio, la oscuridad, velaron el acto salvaje, el momento prosaico del rey de los dominios inconmensurables de la luz!

Para apresar a este osado ocupante de la hacienda ajena, sólo en virtud de ese derecho inventado por los fuertes y los poderosos, el hombre ha debido recurrir a la astucia y al veneno, porque se siente incapaz de perseguirlo en su vuelo, y porque sólo así la humanidad ha podido vencer a los grandes rebeldes a sus leyes y a sus dogmas. Yo he visto también al indomable cóndor caer en manos del campesino montañés. Cuando conduciendo el ganado por los desfiladeros y las agudas cuchillas de los montes, alguna res se derrumba y queda entregada a la voracidad de las aves carniceras, él espera la noche para tender la celada a los convidados del banquete próximo, que ya se ciernen sobre la víctima a alturas increíbles, para descender sobre ella en el silencio de las sombras; impregna de mortífero ungüento la carne muerta, y

escondido a larga distancia, dentro de una piedra socavada por las aguas, o en paraje cerrado por tupidas e impenetrables ramas, aguarda la catástrofe. El hambre congrega la negra multitud sobre la presa; comen, engullen, devoran con ansia, con desesperación e inquietud por marcharse pronto, y con la avidez de una prolongada abstinencia; y cuando llega el instante de emprender la fuga de sospechados peligros, sienten que sus alas no tienen vigor, que los músculos potentes que los agitan y los sostienen sobre los vientos y las calmas de la atmósfera, se vuelven flácidos y débiles, y ya no pueden siquiera levantar el peso de las plumas que los visten; desmayo, aniquilamiento, agonía, invaden sus cuerpos antes invulnerables; se esfuerzan por huir y se revuelcan como ebrios; abren los picos, untados aún en el cebo de la carne, y los resoplidos de la angustia resuenan ahogados, pavorosos, horribles; uno tras otro, en confusión, lanzando posteros graznidos que retuercen el alma y erizan el cabello, van cayendo en espantosa lucha con la muerte, mordiendo la tierra con ira satánica, azotándola con aletazos feroces, rasgándola en hondos surcos con sus garfios acerados, como queriendo arrancarle las entrañas, hasta que, por último, después de un estertor de intraducible resonancia, abandonan sus cuerpos al polvo, extienden el rugoso cuello, y abriendo en toda su extensión las gigantescas alas, expiran...

Joaquín V. González.

Buenos Aires

En 1716 Buenos Aires había merecido el título de muy noble y leal ciudad. En 1712 D. Juan de Ulloa la llama ciudad famosa. "No la conocemos los que entonces la vimos — dice el P. Lozano; — hase aumentado muchísimo el número de los vecinos, y se ha extendido el sitio casi doblado y mejorado en toda la calidad de los edificios". Desde esa época comienza su crecimiento sensible. Consolidadas las fortunas adquiridas por el ahorro sobre el trabajo esclavo y proletario, durante el siglo XVII, la riqueza modificaría los sentimientos de la clase dirigente, facilitando la comprensión simpática de la nueva filosofía liberal, dominante entonces en Europa. La revolución se nota en el estilo de los documentos públicos, en las tendencias humanitarias de los gobiernos, en cierta curiosidad por las cuestiones que se refieren al bienestar social, en el deseo de educarse que se manifiesta por la matrícula

de los colegios. "Los quince mil blancos que había en Buenos Aires en 1773 — dice Gutiérrez — dan una población escolar de mil doce alumnos, fuera de los que hay en casas particulares, en que también se comprende bastante número".

En cuanto pueden notarse las cosas morales en una época sin literatura y arte, el sentimiento nuevo que aparece es el de la *Patria*. A principios del siglo XVIII el P. Neyra emplea la palabra en sus viajes, sin relacionarla con el Rey o su servicio: "Es tan cierta la amorosa inclinación a la patria, dice, que no ay hijo por mas inutil que sea, que alentado no se ofrezca, o a defenderla, si escucha que se la injurian, o a publicar las bondades que la idea le propone, si acaso ella no las tiene, pues la pasion le ha de hazer, que precisamente las halle: con lo raro, que ha sucedido enterrarse algunos vivos en celebracion de dilatarle sus terminos. Assi lo hicieron aquellos dos hermanos Philenos, que salendo al desafio con los otros dos de Ciro, vencidos estos en la carrera, intentando hacerles la apuesta droga, propusieron que se confesarían superados si los Philenos se enterraban vivos en el sitio: en lo que vinieron gustosos, por ver dilatada su Cartago: que a esto se sacrifican los hijos, quando encuentran ocasiones de engrandecer sus Provincias y Ciudades.

"Siendo, pues, la congenita inclinacion a la patria. tan eficaz promotora; para que le impongan ó refieran su belleza, ¿cómo pudiera sufrirlo la mia? Y más, cuando no son ideaticas sus bondades; sino tan conocidas de tantos sus influencias apacibles". En su concepto la patria es su ciudad. Era el concepto antiguo y clásico que se amoldaba bien con las condiciones geográficas y políticas del país. En esa vida aislada las diversas agrupaciones sociales no se compenetraron jamás, y en el amor de la patria-ciudad entran como elementos principales el odio al extranjero y la fe en la grandeza del país.

Este odio había sido hábilmente fomentado por España. Era una de las tantas maneras de preparar un alma colectiva, adecuada para la dependencia política y social. Especialmente los ingleses eran objeto de una propaganda incesante. Las rivalidades políticas se complicaban en este caso con las religiosas. "Los ingleses — dice Gutiérrez — no eran conocidos en estos países, antes de 1810. sino como enemigos mortales de la religión que se profesaba, fuera de la cual nadie esperaba salvarse. Todos hablaban del gobierno, de la nación, de las leyes y costumbres inglesas, como de objetos de perversidad y corrupción, de cuyo contacto era necesario huir, como se huye del infierno".

Como base de orgullo y amor propio, indispensables para que surja el patriotismo, estaba el sentimiento de la grandeza del país. A fines del siglo XVIII podía apoyarse en su corta historia, animada por unos cuantos incidentes guerreros suficientemente decorativos y románticos para impresionar las imaginaciones. Las varias empresas de conquista de los holandeses, franceses e ingleses, todas rechazadas; las aventuras con piratas que pretendieron saquear la ciudad, Fontano en 1582, Cavendish en 1587, Pointis en 1698; las luchas con los portugueses, formaban una tradición popularizada por las guías o almanaques. "El conocimiento de estas acciones — dice Núñez — era común en Buenos Aires entre españoles y americanos. Ellas habían formado entre los habitantes de este pueblo, pero con más especialidad entre los hijos de los españoles, un sentimiento vanidoso, que se fortificaba por los progresos en que marchaba la población, por los *adelantos que se hacían en los estudios*".

Estos adelantos, cuyo principal efecto era darle conciencia de sí misma a la ciudad, se habían difundido, no obstante los propósitos radicalmente contrarios de la monarquía. Los primeros síntomas eran los vivos deseos de instruirse que dominaran a aquellas generaciones: "Toda la juventud, penetrada de la insuficiencia de su educación, procura suplirla buscando ávidamente instrucción en los libros extranjeros. Se ven pocos jóvenes que no aprendan con el único auxilio de diccionarios a traducir el francés y el inglés, haciendo toda clase de esfuerzos para aprender el primero de estos idiomas de preferencia. Ellos no participan del error de sus mayores, que la geografía es una ciencia superflua, que la historia no da luz alguna sobre el porvenir". El 1769, para satisfacer los vivos deseos de los padres de familia, el Cabildo se dirige a la Corte, proponiendo la creación de casas de educación con los bienes confiscados a los jesuitas. El amor a los libros era general en toda América, pero especialmente en Buenos Aires. "Fueron célebres en su tiempo — dice Gutiérrez — las librerías del uso particular de los doctores Maziel y Rospuglosi, las cuales al comenzar este siglo se tasaron y anunciaron a venta, la una por el valor de 4.162 y la otra por 1.400 pesos fuertes. En la *Gaceta* de los años 1811 y 1812 se encuentran repetidas donaciones de obras importantes, hechas por vecinos de Buenos Aires, para formar nuestra biblioteca pública: por estas donaciones se puede inferir la riqueza de los libros selectos, introducidos en la capital del virreinato aun antes de su emancipación". El semanario *El Telégrafo* tuvo doscientos cincuenta y seis suscriptores y una entrada mensual de quinientos pesos.

Todos estos anhelos que flotaban vagos y confusos, sin rumbo fijo, algo como la sospecha, el presentimiento de que existían conceptos del mundo, de la sociedad y sobre todo de la vida, dignos de conocerse, que traían implícito el progreso moral e intelectual, el bienestar material, eran fuerzas sociales irresistibles. La tendencia hacia lo bueno o lo mejor era demasiado contagiosa para que pudieran limitarla. Bastaría la propaganda, tal vez inconsciente de algunos españoles distinguidos, o altos funcionarios en misión especial, como Cerviño, Azara; de algunos frailes estudiosos que hallaron los libros reveladores y sugestivos, el P. Neyra, el canónigo Maziél, ¡y tantos otros que permanecerán eternamente ignorados!

El rasgo característico de todos esos hombres era el liberalismo; un sentimiento profundo de simpatía humana que salvaba los límites estrechos de la patria, de la religión y hasta de la raza, una tolerancia universal, una benévola indulgencia en su intelectualidad. La capital era cosmopolita, sustituiría el viejo rencor español contra el extranjero y el hereje con el amor y la simpatía, seducida por el optimismo de las nuevas doctrinas, de progreso indefinido, las generosas ideas políticas y sociales de la filosofía del siglo. Y todos estos factores morales, conjunto de sensaciones e ideas frescas y vigorosas, reaccionaban sobre el sentimiento de la futura grandeza del país, fortificándolo. Ese progreso indefinido, ese porvenir brillante que profetizaba la teoría, en ninguna parte se realizaría mejor que en Buenos Aires, país nuevo, con recursos inagotables, una situación geográfica y un clima privilegiados, un campo abierto para que vivieran felices millones de hombres. Y su imaginación latina se exaltaría ante estas soñadoras prosperidades, un miraje prodigioso de riquezas y de cultura que perturbaba sus inteligencias, haciéndoles exclamar con un énfasis lleno de ingenuidad:

Calle Esparta su virtud,
Su grandeza calle Roma.
¡Silencio! que al mundo asoma
La gran Capital del Sud.

Juan Agustín García.

Moreno

La historia política de la República Argentina da comienzo con un hombre de letras: Mariano Moreno, escritor público, pri-

mer periodista propiamente dicho, y muy versado en las ciencias sociales de su tiempo.

El Colegio San Carlos no podía ampliar los conocimientos, ni aun en años posteriores, más allá de las "humanidades", que representaba el bagaje del clérigo don Pedro Fernández, por lo que la familia de Moreno se vió precisada a enviarlo a la Universidad de Charcas, donde la biblioteca del canónigo Terrazas, tan mentada en las páginas consagradas al prócer, prestó los incalculables servicios de nutrir su alma, desviándola, por lo pronto, de la carrera eclesiástica.

Del Alto Perú regresó Moreno consagrado civil y revolucionario por influjo de Juan Jacobo, que traía en el bolsillo, y que tradujo al llegar a Buenos Aires. El *Contrato Social* es así como el abuelo de la Revolución de Mayo.

La revolución argentina no es obra de un tumulto. La democracia no la engendra. No es mar roto salido de madre como las demás revoluciones. Es la expresión de la clase pensadora: el pensamiento mismo. El cabildo abierto es academia vecinal convocada para oír y resolver sobre un debate de ciencia política, comenzado y terminado como la sesión de un Congreso de carácter constitucional. Pero, si así nace, en cuna aristocrática, apenas la besa el aura callejera, olvida y se desprende de la clase urbana y se vigoriza en contacto con la multitud.

Moreno aprendió en Rousseau que todo el error de la política colonial había estado en el concepto de la muchedumbre: donde antes había existido el feudo castellano era menester colocar ahora al pueblo. Las invasiones inglesas habían alumbrado esta sencilla idea, que es el triunfo de la emancipación doctrinaria discutida entre trozos oratorios de obispos, fiscales y abogados.

No está estudiada definitivamente la personalidad de Moreno como para plasmarla indeleble en la mente de su posteridad. Los elementos que han servido a ese propósito han sido suministrados por el testimonio de su hermano don Manuel, que ostenta, entre sus virtudes y pasiones, la de un recuerdo idolátrico por la memoria de don Mariano. El escribió, como se sabe, en Londres, en 1812, la *Vida* del ilustre secretario de la Junta, que más tarde aumentó, sin nombre propio de autor, en la introducción de las *Arengas* del mismo personaje, dadas a luz también en Londres en 1836. Pero, frente a estas noticias, se necesitan las de sus émulos y adversarios, como las de las demás personalidades que forman el núcleo de Mayo de 1810, para arribar a ese

término medio que nos ha de dar la noción de la verdad acerca de este hombre ilustre.

Hasta el momento de la Revolución, Moreno es un abogado de la Real Audiencia y más tarde relator de dicho Tribunal. No figura, como Rodríguez Peña, conspirador silencioso, ni hay un acto de su vida que lo ligue a la vida tumultuaria de la ciudad colonial, como a Belgrano, por ejemplo. Perteneció a los que trabajan bajo la luz del candil hasta altas horas, entremezclando a las vigiliadas los ensueños más hondos del espíritu, sin otro contacto con la masa que los muy propios de esa sencilla vida crepuscular, interrumpida por los sonidos de las campanas o los festejos expansivos del virrey.

Es a partir del Cabildo Abierto del 22 de Mayo de 1810 cuando su figura resplandece y se incorpora a todos los sucesos vertiginosos de la revolución y de la guerra, merced, principalmente, a sus condiciones de escritor y a sus ideas decisivas que él tiene la virtud de presentar bajo la claridad de su palabra y de su pluma, inextinguibles instrumentos constructores del mundo moral. Su puesto de secretario de la Junta Provisional de Gobierno y de redactor de *La Gaceta*, que acaba de fundar, son las tribunas de que se vale para imprimir, antes que nadie, rumbo a las ideas y a las cosas.

Andan por ahí unos ensayos, ciertas tentativas, que acaso tomen vigoroso cuerpo y puedan dar el conocimiento que nos falta de esta personalidad, que, en seis meses de actuación, siempre intelectual, llega a los honores de la posteridad gloriosa. El historiador don Luis L. Domínguez, por ejemplo, en cartas confidenciales a su amigo don Juan María Gutiérrez, escritas en los días que preparaba la primera edición de su interesante *Historia Argentina*, es el primero que pone en duda los atributos eficaces reconocidos a Moreno, acaso trabajado por la influencia de algunos papeles de la época, desfavorables al ilustre secretario. Pero se contiene y no llega a estampar en el texto de su libro las dudas mortificantes, porque don Juan María le demuestra, por sobre las demás excelencias de este espíritu, que es Moreno quien salva con su energía aquella revolución que nace sin recursos y sin arraigo en el seno de las masas. Después de Domínguez se han insinuado algunos otros escritores, en páginas fugaces, con el mismo deseo de presentar a Moreno como un alma atormentada por el fantasma de la persecución, y otros hasta encontrar en él un perfil de hombre taimado y ruin. También se ha de dar audiencia a la pasión sectaria, de intransigencia religiosa, que lo acusa de jacobino.

nismo americano por derramar en América la sangre que manchó la Revolución Francesa; y, desde luego, se ha de oír, con el mismo sentimiento de serenidad que las alabanzas de su hermano, las acusaciones repetidas por los historiadores de España.

Lo que más perdura en el sentido adverso a la personalidad de Moreno es, sin duda, el desagravio de su primer adversario político, don Cornelio de Saavedra, transmitido por él mismo y que pronto repetirán sus biógrafos. Saavedra acusa a Moreno, a los pocos años de la actuación de ambos, desde el destierro doloroso que, como la agonía, tiene la virtud de quitar a la bravura humana toda su implacable impiedad. En las *Instrucciones* que envía a su representante para que lo defienda en el juicio de residencia; en sus memorias biográficas, hasta en sus cartas confidenciales, lo señala dotado de la malevolente perfidia que es red o puñal, asechanza o dardo para las almas ingenuas. Saavedra tuvo muchos enemigos, pero ninguno fué tan formidable como el insigne secretario de la Primera Junta, que llevó a su partido la sospecha de que Saavedra traicionaría por ambición la causa sacrosanta de la Revolución de Mayo, ambición que él hirió de frente y con su pluma en la doble forma del decreto y del artículo contra los honores al Presidente.

Es éste, quizás, el fruto más genuino del espíritu de Moreno, porque junta a la eficacia de la oportunidad, que es su característica, el relieve moral de quien lo escribe. El psicólogo no necesitaría, acaso, otro apoyo para definir, con el momento histórico, la fisonomía de estos dos interesantes personajes, que el decreto y el editorial a que nos referimos, dignos de ser considerados entre las más notables piezas literarias de 1810.

David Peña.

Rivadavia

Rivadavia no es un orador, ni un escritor, pero está bien comprendido entre los hombres de letras, porque las fomentó con todo el prestigio de su autoridad política y social.

No podrán sus biógrafos condensar en su volumen las producciones literarias de su pluma, pero nadie podrá negar que la influencia de este estadista perdura hasta hoy en la región del pensamiento. Durante su actuación en el triunvirato se distingue por su empeño en llevar adelante los trabajos iniciados por Moreno; pero es más tarde, bajo el gobierno del general Rodríguez,

cuando desenvuelve los dones de su espíritu con esa serena majestad que lo acompañó hasta la tumba.

De Rivadavia se conocen sus decretos, algunos discursos que pronunciara en el seno de la Junta de Representantes, tal o cual pieza oratoria en exequias fúnebres, como las de Belgrano o las de Rodney, primer representante de Norte América en la República Argentina; proyectos de leyes, cartas extensas e interesantes memorias y mensajes y su correspondencia epistolar, nada de lo cual puede constituir por sí una obra literaria. Pero Rivadavia, sin embargo, figura como el autor de la Sociedad del *Buen gusto*; a él se debe la utilización de los exquisitos dones de la mujer en favor de la sociedad; es el alma de las reuniones en lo de Darragueira y Luca; y no se ha conocido jamás mayor ayuda, desde las altas esferas del poder, en bien de la cultura intelectual, que la que desarrollara este hombre ilustre. Rivadavia es el primero que estatuye premios a la inteligencia; el primero que concibe la conveniencia de estimular las Autobiografías y Memorias, como si un secreto aviso extendiera ante sus ojos la fuerza de la historia y le dijera que la relación personal es una de sus fuentes. Todos sabemos que en la hora de su profunda pena, separado del país, se recoge en el seno de las letras como en un tibio refugio. Traduce a Azara y a Tocqueville y se entrega silencioso y sereno a las delectaciones de Byron.

Rivadavia es amigo de los poetas; tenía para ellos las mejores ofrendas de su admiración. Al joven Luca le decreta, como un insigne honor y como premio, el regalo de una biblioteca escogida. A Juan Cruz Varela lo incita con verdadero entusiasmo a los estudios clásicos; y cuando Alberdi le envía en 1834 su primera producción, Rivadavia, que esperaba tristemente sus pasaportes anclado en *L'Herminie*, contesta al joven escritor en solemne forma, estimulando la prosecución de sus tareas.

No podría, precisamente, hablarse de las civilizaciones de este país, de la evolución de su cultura, de la ascensión que han hecho las ideas en su pasaje de la época colonial hasta la fecha, sin tributar al nombre de Rivadavia el homenaje que mereció, no ya por sus virtudes de estadista, sino por la profunda fe que le mereció siempre el libro, aun en las horas de su abatimiento hondo. Verdad es que Rivadavia pasó una gran parte de su vida en Europa y, dada su contextura moral, no dejó un día de estar en contacto con las más puras fuentes de la alta ilustración. Buscó por todos los rincones del mundo aquellas inteligencias eminentes que pudieran traer a la República el aprovechamiento de su luz.

El fué quien envió a Bonpland en 1816: él fué quien incitó, más tarde, al sabio napolitano Pedro de Angelis y al literato español José Joaquín de Mora, a que se trasladaran al Plata, donde hallarian asegurado su destino. Es el primer espíritu americano que se independiza de todo prejuicio criollo respecto de las potentes fuerzas extrañas, y las llama, las convoca, las estimula, las atrae, con la clara visión de las recompensas futuras.

La memoria de Rivadavia resulta de este modo vinculada a cuanto es genuinamente intelectual. Es el introductor de las primeras obras públicas artísticas, y de las primeras medidas de gobierno que tienden a exonerar de derechos fiscales los elementos de cultura. Persigue ésta hasta en las ínfimas capas populares con los decretos que, si bien fueron blanco de las sornas de sus contemporáneos, han servido, sin embargo, de modelo en los propios días de nuestra actualidad, en que los poderes públicos castigan las faltas de respeto a la mujer, como él intentara castigar el uso de las malas palabras.

Rivadavia es la consecuencia de las teorías francesas. De su residencia en Europa se detuvo mayor tiempo en la corte de Luis Felipe, estrechando vínculos con personalidades de este país que lo subyugaron y absorbieron.

Rivadavia es una entidad muy distinta según el período en que actúe.

Durante el triunvirato, es una prolongación del espíritu de Moreno, porque acepta las consecuencias del impulso que aquél diera a la revolución, cuando la lanzara por la vía de la desesperación heroica. Rivadavia es el antemural de la reacción goda en la conjuración de Alzaga, y es conocida su doble energía para desatar y contener las iras populares. Con la propia fuerza valerosa ataca las primeras manifestaciones de la anarquía localista y de la indisciplina militar; y, apenas serenado su espíritu, se traslada a las cortes europeas improvisándose diplomático, como acababa de improvisarse ministro de la Guerra. El desempeño de Rivadavia en esta misión difícil es la demostración más evidente de sus talentos, porque a la novedad del medio y del asunto debió agregar los de una lucha secreta de defensa contra los propios elementos que tenía por aliados. Este viaje fué aprovechado por Rivadavia en el sentido de su cultura personal también, pues al llegar de regreso, en el período prepotente de la anarquía, le fué dado desenvolver su vasto plan de gobierno como ministro de Rodríguez, en una forma tan esparcida, que se veía en ello el resultado de sus varias observaciones por las capitales de Europa.

Es cierto que la obra de Rivadavia se circunscribió a la provincia de Buenos Aires; pero su ejemplo fué benéfico para todo el territorio del país y para el concepto general de éste en el exterior, como se comprobó muy pronto con el aporte de los capitales extranjeros.

Terminada la administración Rodríguez y renunciada con insistencia la cartera ministerial que le ofreciera nuevamente el general Las Heras, Rivadavia regresa otra vez a Europa a realizar el negociado de las minas, que tanta relación tuvo con su caída definitiva. Vuelve de Europa para ocupar la silla de la Presidencia de la República, y de ella cae a consecuencia de la guerra del Brasil, de Dorrego y de Quiroga.

Dana Peña.

La envidia

La envidia es el acíbar de los impotentes, el grillete de los fracasados. Es un licor venenoso que mana de las heridas abiertas por la realidad en el flanco de las almas vanidosas. Es el pudor de la mejilla sonoramente abofeteada por mano de la superioridad ajena.

El que envidia se confiesa subalterno; su pasión es el estigma psicológico de una humillante inferioridad, sentida, reconocida. No basta ser inferior para envidiar, pues todo hombre lo es de alguien en algún sentido; es necesario sufrir del éxito ajeno, de la dicha ajena, de cualquier culminación ajena. En ese sufrimiento está el núcleo moral de la envidia; muerde el alma como un ácido, la carcome como una polilla, la corroe como la herrumbe al hierro. El envidioso es la primera víctima de su propio veneno; la envidia lo devora como el cáncer a la viscera, lo ahoga como la hiedra a la encina: por eso el Poussin, en una tela admirable, pintó a este monstruo mordiéndose los brazos y sacudiendo la cabellera de serpientes que le amenazan sin cesar.

La envidia es la horca caudina por donde pasan, tarde o temprano, los que viven esclavos de la vanidad. Y pasan lívidos de angustia, torvos, avergonzados de su propia tristura, sin comprender que sus lamentaciones son la más inequívoca consagración del éxito ajeno. Bien se la ha definido diciendo que es el culto de las almas viles a las almas grandes; la adoración del mérito por el despecho: envidiar es estar de rodillas ante una gloria.

La inextinguible tortura moral de estos amargados es, al mismo tiempo, el pedestal granítico de los vencedores.

José Ingenieros.

En el acto de prestar juramento

Discurso leído ante el Congreso Nacional,
el 12 de Octubre de 1904

He trazado en grandes líneas el programa administrativo y político con que asumo el mando de la nación. Más que en estas palabras, necesariamente incompletas, encontraréis los propósitos que me animan en mis antecedentes públicos y en los actos de mi gobierno.

Llego a la primera magistratura de mi país con la experiencia de la vida y a una edad en que no pueden perturbarme ya la ambición, ni el poder. Sería un insensato si, desde la altura en que me habéis colocado, no consagrara la última parte de mi existencia al bien de mis conciudadanos y a la gloria de mi patria. Sé la historia del país, sus heroicos esfuerzos para conquistar la independencia, lo que costó salvarlo de la anarquía y del despotismo, cómo trabajamos para ponerlo en las corrientes de la civilización contemporánea, y no voy a disipar, por cierto, en locas aventuras el caudal de los sacrificios argentinos.

Miro también hacia el porvenir y pienso en que antes de llegar al término de mi mandato constitucional, tendré que presidir las grandes fiestas con que la nación argentina va a celebrar le primer centenario de su vida independiente. En ese día de regocijo para mis conciudadanos, cuando subscriba el resultado de mi acción gubernativa, ante el ejército formado al pie de las estatuas, bajo la bandera nacional flameando en todas las ciudades, hasta en los pueblos del desierto por donde no pasaron los libertadores, le pido a Dios que me permita añadir con patriótica satisfacción esas últimas páginas de un siglo.

Hay un rasgo común en nuestros hombres, que se descubre desde los tiempos de la colonia, en la magnitud de los planes guerreros, en el fragor de las luchas intestinas, en los gobiernos y en los partidos de la época constitucional, lo que todos tenemos en el fondo de nuestras almas, lo que nos hace juiciosos un día y heroicos otra vez: es el sentimiento de nuestra grandeza futura.

Bajo estas impresiones recibo las insignias del mando.

Mis compatriotas saben que no tengo nada que vengar. No hay amarguras en mi vida pública: llevo el alma libre de animosidades y de rencores; no voy a cavar abismos entre mis conciudadanos, sino a presidir con la más alta imparcialidad los destinos de mi patria

Y para los pueblos extranjeros soy desde ahora el Jefe de una nación que tiene un ideal en América. No importa las tendencias de predominio y absorción que prevalezcan en el mundo. En el ejercicio del Poder Ejecutivo voy a conservar las tradiciones de nuestra política exterior: la paz continental como una aspiración, el arbitraje ante el disentimiento irreductible y la justicia, en vez de la fuerza, como fundamento del derecho internacional.

Manuel Quintana.

Oración ténébre en la muerte del General Mitre

Señores:

Se ha extinguido en la noche infinita el astro moral de radiaciones más intensas y múltiples de cuantos han brillado en este continente.

La luz, el calor y la vida de aquel espíritu predilecto de la Providencia, perdurarán con su influencia reflejada sobre el destino de los hombres y de las cosas que fueron constitutivos de su escenario; pero él ya no estará para determinar con su dictamen y su ejemplo las orientaciones saludables; pero él no guiará más la nave a puerto sereno en los días oscuros de la contienda anárquica; pero él no será ya la encarnación actuante del patriciado venerando que imprima el sello de su autoridad moral inmarcescible a las grandes soluciones definitivas.

¡Dios sólo sabe la intensidad de la prueba impuesta al pueblo argentino en esta hora de hondo duelo nacional! ¡Se diría que al cumplirse en el general Mitre la ley inexorable de la evolución física, quedara en el ambiente algo así como un temor colectivo por la estabilidad de ciertos resortes morales que el sentimiento público había puesto bajo su custodia, al abrigo de su tienda inviolable de patricio; se diría que al dormirse, como Wáshington, "bajo su techo en medio del pesar de sus compatriotas y de la veneración de los pueblos", el alma nacional se acogiera anhelosa a una quimera suprema y esperara todavía el despertar de ese sueño; diríase, en fin, que el unánime sentimiento angustiado de la sociedad argentina se uniera en un solo eco solemne de protesta ante el mandato inflexible de la ley de la vida, como si el voto público hubiera consagrado en un solo vivísimo anhelo la idea de la inmortalidad moral y material de su gran ciudadano'

Es que é era nuestra reliquia, nuestro orgullo, nuestro ex-

ponente de pueblo grande en el concepto múltiple de sus atributos; es que él fué tradición, virilidad, altivez, gloria argentina; es que su virtud republicana y su intelecto y su saber, y su grande alma de soldado y de poeta, y su entidad moral de estadista y de repúblico, todo eso nos ha pertenecido y nos ha honrado, dentro y fuera de nuestros límites geográficos, aún más allá de nuestras fronteras continentales.

Quede a la historia la misión superior de incorporar a sus páginas más brillantes lo que corresponde a esta figura benemérita, única entre nosotros por la multiplicidad de sus grandes relieves, y bástele a este momento de supremas tristezas, en que "no hay lágrimas bastantes para tanto duelo", fijar en la mente y en el corazón de su pueblo las altas líneas de conjunto de este arquetipo moral, como enseña de cívicas inspiraciones, como divisa de grandes destinos.

Porque amó la libertad y le consagró sus más nobles esfuerzos, y fué pensamiento y brazo, acción y dirección en sus lides fecundas, su personalidad destacóse siempre en el primer plano de la escena cívica del país, envuelta algunas veces en el vaho caldeado de las luchas políticas, pero nunca velada por una sola sombra que empañara el brillo de su actuación prominente.

Porque orientó en las grandes causas la luminosa trayectoria de su vida, y levantó su espíritu por sobre todo lo efímero y transitorio que hay en la traza informe de las luchas humanas, y practicó serenamente la virtud de sobreponerse a la impulsión misma del medio ambiente político si no radicaba en la base de sus principios inflexibles; por eso fué árbitro de supremos destinos, inspiración viviente de soluciones grandes, encarnación vigorosa de las glorias tradicionales de su pueblo.

Porque inspiró su lema en el bien de la patria y trazó con su espada y con su pluma surcos fecundos a la grandeza moral y material de la República; porque se consagraron siempre al servicio patriótico de las instituciones los afanes más nobles de su azarosa vida y los prestigios mejor fundados de su influencia incontestable; porque combatió la anarquía y el despotismo en los campos de batalla, en las altas tribunas del Parlamento y de la prensa, en el gobierno con austeridad de magistrado, en las filas populares con inspiraciones de apóstol; porque fué fiel a su ideal y a su evangelio, y modeló su tipo en uno de esos hombres que él describe al hablar de Las Heras, "grandes por sí mismos, que no trafican con la gloria, para quienes el mando es un deber, la lucha una noble tarea, el sacrificio una verdadera religión; los que al abandonar el

teatro de la vida pública no tienen que despojarse de un día, y queman aceite de su propia vida en la lámpara de sus vigiliass". Porque auspició con su autoridad magna de patriarca y sus vistas serenas de estadista la paz interna y externa, para fundar en la primera la radiación institucional definitiva y el progreso y engrandecimiento del país, y para cimentar en la segunda las ideas y principios de su credo político, inspirado en los más amplios conceptos de confraternidad americana; porque, en fin, señores, como hombre, como ciudadano, como magistrado, fué honesto, sincero, recto, y delineó su ruta entre la verdad y el deber, y rindió como árbitro de la fuerza o de la ley, homenaje invariable a la justicia y a la libertad, por esos títulos y por tantos otros, la misma sanción pública que en ofrenda calurosa le llevó a su retiro las flores de su afecto y la consagración histórica de su nombre, por esos títulos y por tantos otros, el mismo unánime sufragio de su pueblo, en esta solemne apoteosis a sus virtudes, lo proclama eminente.

La hora de la posteridad llegará para confirmar estos fallos de la opinión pública contemporánea, y aquel juicio histórico ampliará las conclusiones del presente, porque ya habrán fructificado en el desenvolvimiento moral y material del país las grandes enseñanzas que emergen de este coloso del pensamiento y de la acción.

Pasarán los tiempos; otras generaciones habrán ocupado el puesto que les corresponda en la evolución indefinida; la hora actual será un punto imperceptible en el horizonte de las edades lejanas; y este pueblo argentino, en la madura plenitud de su vida, en el amplio desenvolvimiento de sus aptitudes, de su grandeza y de su poder, conservará grabado el nombre de Mitre en el calendario de sus glorias cívicas, símbolo todavía entonces de lo que fué sobre todas las fases de su ser múltiple, modelo ejemplar de ciudadano de un país libre.

Cúmplase, mientras tanto, la dura ley de nuestra misión, y entreguemos estas veneradas cenizas a la implacable requisitoria del sepulcro; descansarán cubiertas por la bandera que su brazo temoló victoriosa, y velarán su reposo las bendiciones populares, mientras su espíritu selecto alienta en el ambiente moral de la patria, y su personalidad benemérita salva los dinteles de la historia coronada de lauros inmortales.

He dicho.

José Figueroa Alcorta.

La madrugada

Como no era dormilona,
Antes del alba siguiente,
Bien peinada y diligente
Se hallaba Juana Petrona,
Cuando ya lucidamente

Venia *clarando* el cielo
La luz de la madrugada,
Y las gallinas al vuelo
Se dejaban *carr* al suelo
De encima de la *ramada*

Al tiempo que la naciente
Rosada aurora del día,
Ansí que su luz subía,
La noche oscura al poniente
Tenebrosa descendía.

Y como antorcha lejana
De brillante reverbero,
Alumbrando el campo entero,
Nacía con la mañana
Brillantísimo el lucero.

Viento blandito del norte
Por San Borombón cruzaba
Sahumado, porque llegaba
De Buenos Aires, la corte
Que entredormida dejaba.

Ya también las golondrinas,
Los cardenales y *horneros*,
Calandrias y *carpinteros*,
Cotorras y *becasinas*
Y mil loros *barranqueros*;

Los más alborotadores
De aquella inmensa bandada,
En la espadaña rociada
Festejaban los albores
De la nueva madrugada

Y cantando sin cesar
Todo el *pago* alborotaban
Mientras los gansos nadaban
Con su grupo singular
De gansitos que cargaban.

Flores de suave fragancia
Toda la pampa brotaba
Al tiempo que coronaba
Los montes a la distancia
Un resplandor que encantaba.

Luz brillante que allí asoma
El sol antes de nacer;
Y entonces da gozo el ver
Los gauchos sobre la loma
Al campiar y recoger.

Y se veían alegres
Por varios rumbos cantando,
Y sus caballos saltando
Fogosos los albardones,
Al galope y *escarciando*.

Y entre los recogedores
También sus perros se veían,
Que retozando corrían
Festivos y ladrones,
Que a las vacas aturdián.

Y embelesaba el *ganao*
Lerdando para el rodeo,
Como era un lindo recreo
Ver sobre un toro *plantao*
Lur, cantando un venteveo.

En cuyo canto la fiera
Parece que se gozara
Porque las orejas para
Mansita, cual si quisiera
Que e ave no se asustara.

Ansí, a la orilla del fango
Del bañado, la más blanca
Y cosquillosa potranca
Ni mosquea, si un chimango
Se le deja *cair* en la anca.

Solos, pues, sin *albidrío*,
Estaban los *ovejeros*
Cuidando de los *chiqueros*,
Mientras se alzaba el rocío
Para largar los corderos.

Después, en San Borombón
Todo a esa hora embelesaba,
Hasta el aire que zumbaba,
Al salir del cañadón
La bandada que volaba;

Y la sombra que de aquélla
Sobre el pastizal refleja
Tan rápida, que asemeja
Un relámpago o centella,
Y velozmente se aleja.

Y los potros relinchaban
Entre las yeguas *mezclaos*;
Y allá lejos *encelaos*,
Los *baguales* contestaban,
Todos *desasosegaos*.

Ansí los ñacurutuces
Con cara fiera miraban
Que esponjados *gambetaban*
Juyendo los avestruces
Que los perros acosaban.

Al concluir la recogida,
Cuando entran a corretiarlos:
Y que al tiempo de alcanzarlos
Aquéllos de una tendida
Se divierten en *cociarlos*.

Y de ahí, los perros trotiando
Con tanta lengua estirada
Se vienen a la *carniada*
Y allí se tienden *jadiando*
Con la cabeza *ladiada*:

Para que las *criaturas*
Que andan por allí al *redor*,
O algún mozo *carniador*,
Les larguen unas *achuras*
Que es bocado de mi flor.

Tal fué por San Borombón
La madrugada del día
En que el *payador* debía
Hacer la continuación
Del cuento aquel que sabía.

Hilario Ascasubi.



I PARTE

HISTORIA LITERARIA

	Pág.		Pág.
LA LITERATURA ARGENTINA DES-		Carlos Guido Spano	15
DE SUS ORÍGENES	7	Ricardo Gutiérrez	15
EPOCA COLONIAL	7	LA POESÍA GAUCHESCA	16
Manuel José de Labardén	8	Bartolomé Hidalgo	17
LOS POETAS DE LA ÉPOCA DE LA		Hilario Ascasubi	18
INDEPENDENCIA		Estanislao del Campo	18
Vicente López y Planes	9	Eduardo Gutiérrez	19
Esteban de Luca	9	José Hernández	19
Fray Cayetano Rodríguez	10	LOS GRANDES PROSISTAS	20
Juan Crisóstomo Lafinur	10	Domingo Faustino Sarmiento	20
Florencio Varela	11	Juan Bautista Alberdi	21
EL ROMANTICISMO - SU OPOSICIÓN		Nicolás Avellaneda	22
AL CLASICISMO	11	Vicente Fidel López	22
José Esteban Echeverría	12	Bartolomé Mitre	22
José Mármol	13	Dalmacio Vélez Sársfield	23
Florencio Balcarce	13	José Manuel Estrada	23
Juan María Gutiérrez	14	Félix Frías	23
Olegario V. Andrade	14	Pedro Goyena	24

II PARTE

INDICE DE AUTORES

	Pág.
ALBERDI, JUAN BAUTISTA	57
ALCORTA, JOSÉ FIGUEROA	191
ALVAREZ, JOSÉ S.	158
AMEGHINO, FLORENTINO	163
ANDRADE, OLEGARIO V.	89

	Pág.
AVELLANEDA, NICOLÁS	44
— El hogar	110
ASCASUBI, HILARIO	78
— Santos Vega	194
— La madrugada	135
BOSCH, MARIANO G	174
BROUSSAC, PAUL	86
— Juvenilia	157
CANÉ, MIGUEL	48
CHASSAING, JUAN	175
— A mi bandera	75
DEL CAMPO, ESTANISLAO	96
DÍAZ, LEOPOLDO	66
— La Luz y la Sombra	164
DOMÍNGUEZ, LUIS L.	156
— Patria	116
— Florencio Varela	60
— El ombú	180
ECHEVERRÍA, ESTEBAN	178
— El desierto	125
ELFLEIN, ADA M.	42
— La despedida	81
ESTRADA, JOSÉ MANUEL	82
— Belgrano y San Martín	100
ESTRADA, SANTIAGO	103
— Mis aficiones bibliográficas	147
FUNES, DEÁN G.	51
— Suceso trágico de Lucía Miranda	45
GARCÍA, JUAN AGUSTIN	189
— Buenos Aires	111
GONZÁLEZ, JOAQUÍN V.	146
— El cóndor	71
GOYENA, PEDRO	106
— La poesía	113
GUTIÉRREZ, JUAN MARÍA	38
— En la Cordillera	142
— San Martín y Bolívar	176
— Mariano Moreno	58
— Paso de los Andes - Chacabuco	108
GUTIÉRREZ, RICARDO	53
— El gaucho	62
GÜIRALDES, RICARDO	73
— Don Segundo Sombra	95
HERNÁNDEZ, JOSÉ	176
— Consejos de Martín Fierro	58
HIDALGO, BARTOLOMÉ	108
— Relación del gaucho Contreras	53
INGENIEROS, JOSÉ	62
— La envidia	73
LACASA, PEDRO	95
— El general Lavalle	154
LARRETA, ENRIQUE	84
— Don Pedro de Mendoza	137
LÓPEZ, LUCIO V.	71
— Las tiendas de antaño	106
LÓPEZ, VICENTE FIDEL	113
— Don Juan Martín de Pueyrredón	38
— Buenos Aires en 1815	142
LÓPEZ Y PLANES, VICENTE	176
— Himno Nacional Argentino	58
LUGONES, LEOPOLDO	108
— Odas Seculares	53
MANSILLA, LUCIO V	62
— Una excursión a los indios ranqueles	73
MÁRMOL, JOSÉ	95
— A Rosas	154
MÉNDEZ, GERVASIO	84
— A San Martín	137
MITRE, BARTOLOMÉ	53
— La abdicación de San Martín	62
— El inválido	73
— El General Belgrano	95
— Güemes	154
MORENO, MARIANO	84
— Fundación de la Biblioteca Pública de Buenos Aires	137
OBLIGADO, RAFAEL	84
— El alma del Payador	137
OYUELA, CALIXTO	137
— Noche de Luna	137

	Pág.
PALACIOS, P. B. (ALMAFUERTE). — Himno Patriótico Infantil	131
PAYRÓ, ROBERTO J. — En la Patagonia	160
PELLIZA, MARIANO A. — El bautismo de la caballería argentina	129
PEÑA, DAVID	133
— Rivadavia	136
QUINTANA, MANUEL	190
— En el acto de prestar juramento.....	190
RAMOS MEJÍA, JOSÉ M. — El carnaval de Rosas	140
ROJAS, RICARDO	143
ROLDÁN, BELISARIO (H.) — Los niños pobres	167
SARMIENTO, DOMINGO FAUSTINO — El hogar paterno	29
— El rastreador	30
— El baqueano	32
— El gaucho malo	34
— El cantor	36
— El gaucho argentino	38
— Facundo Quiroga acosado por un tigre	65
SÁRSFIELD, DALMACIO VÉLEZ .. — Rivadavia	171
SASTRE, MARCOS	132
— El rancho	138
— Un paseo por las islas	151
SMÍDELL, ULRICH	124
SPANO, GUIDO	134
— En el hogar	134
— Mi infancia y mi adolescencia.....	134
VARELA, JUAN CRUZ..... — El 25 de Mayo de 1883 en Buenos Aires.....	56
WILDE, JOSÉ A..... — Cafés, hoteles y fondas del antiguo Buenos Aires	118
— El teatro argentino	122
— Algunos usos y costumbres del antiguo Buenos Aires	126
ZEBALLOS, ESTANISLAO S. — Las primeras ovejas	168

